

Enrique Gil y El Bierzo

Antología

BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO

Volumen X

© *Enrique Gil y El Bierzo. Antología*, Paradiso_Gutenberg, 2015.

© *Nota del editor: El Bierzo en la obra de Gil*, VALENTÍN CARRERA, 2015.

© Fotografías pp. 7, 13, 55, 107 y 161: PEPE ESTELLER.

© Fotografía p. 189, PAZ GUTIÉRREZ ABELLA.

1ª edición en BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO II CENTENARIO 1815-2015,
al cuidado de Valentín Carrera.

Portada: Fragmento de *Amanecer en Yosemite (Sunrise, Yosemite Valley)*, Albert Bierstadt, c. 1870, óleo sobre lienzo, 92,8 × 133 cm., Amon Carter Museum, Texas.
Diseño portada y colección: Denís Fernández Cabrera, Sacauntos.

Esta BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO II CENTENARIO es posible gracias a una generosa beca de la *Fundación Carmen Rosa Carracedo Álvarez* y al mecenazgo de lectores y amigos a través de la plataforma de *crowdfunding* Lánzanos.com. A tod@s, gracias.

Obra Completa: ISBN 978-84-941762-9-6

Volumen X, *Enrique Gil y El Bierzo. Antología*: ISBN 978-84-943682-8-8

Dep. Legal C 2261-2015

Esta obra no puede ser reproducida total ni parcialmente sin la autorización de los propietarios del copyright.

Paradiso _Gutenberg



www.bibliotecagilycarrasco.com

ENRIQUE GIL Y
EL BIERZO
ANTOLOGÍA Y GUÍA DE LECTURA

BIBLIOTECA



GIL Y CARRASCO

Paradiso_Gutenberg

Nota del editor: El Bierzo en la obra de Enrique Gil



El escritor conocido como Enrique Gil y Carrasco –a quien llamaremos Enrique Gil, pues así firmó sus escritos y documentos hasta el último día de su vida– escribió en apenas diez años una obra de volumen considerable dedicada en gran parte al teatro, la literatura y el periodismo de la Villa y Corte, pues Gil fue principalmente un excelente periodista¹.

Se ha extendido entre nosotros la impresión de que su obra estaría casi por entero dedicada al Bierzo. Esto ha sido así porque de Gil apenas se han leído y editado hasta 2015 un par de libros, permaneciendo el grueso de su trabajo semioculto y olvidado. Pero, como ahora veremos, la presencia del Bierzo en las obras completas de Gil apenas representa, en cantidad, un quince por ciento de su producción periodística y literaria.

Hoy en día conocemos ya lo sustancial de la obra de Gil, recogida por primera vez en los ocho volúmenes de la edición sistemática, comentada e ilustrada de BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, que he tenido el honor de editar; también tenemos la certeza de que existen poemas perdidos y queda algún que otro artículo dormido en las hemerotecas.

En aquella década prodigiosa de la vida española y europea (1836-1846), Gil escribió y publicó 37 poemas, una novela larga (*El Señor de*

¹ Véase nuestro ensayo “El periodista Enrique Gil”, en BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, v. IX, *Ensayos sobre Enrique Gil*, 2015.

Bembibre), dos relatos cortos (*El Lago de Carucedo* y *Anochecer en San Antonio de la Florida*) y un centenar de artículos de crítica teatral y literaria, ensayos y viajes, incluida la parte que se conserva de su *Diario Madrid-París-Berlín*.

La obra de Gil ocupa seiscientas páginas en la meritoria edición de Jorge Campos (BAE, 1954), que son 1.400 páginas en las *Obras Completas* de BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO: cuatrocientas mil palabras, para los aficionados a la estadística, escritas de su puño y letra, sin corrector de *Word* y con pocas enmiendas y tachaduras, puesto que Gil era un escritor pulcro, de periodo latino, que construye sus párrafos al tirón.

Sin entrar en el análisis estilístico de su obra, que han hecho personas más autorizadas, la de Gil es una literatura ciceroniana, o del Siglo de Oro si se prefiere, que pide ser leída, casi declamada, en voz alta. Del brasero familiar y el filandón berciano a la tertulia del café del Príncipe, *El Parnasillo*, y a las veladas literarias del Liceo Artístico, pasando por las lecturas colectivas en el refectorio del monasterio de Vega de Espinareda o en el Seminario de Astorga.

Pues bien, en esas cuatrocientas mil palabras, «El Bierzo» aparece mencionado 86 veces, que no son muchas. Ponferrada en 64 ocasiones, Las Médulas, 37, y Villafranca, 11. Catorce veces emplea la palabra «sexo», siempre como sinónimo de género (“el bello sexo”, “el sexo feo”) y si algún curioso o curiosa quiere seguir jugando, tiene las cuatrocientas mil palabras en formato digital, fácilmente explorable, en la web BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO.COM.

Cuatro visitas al Bierzo

En realidad, Enrique vivió poco tiempo en El Bierzo. Catorce años de infancia, sin duda fundamentales, desde su nacimiento en 1815 hasta que ingresa en el seminario de Astorga en octubre 1829; algunos veranos y vacaciones escolares y quince meses en 1835, hasta que en septiembre de 1836 da un portazo y se marcha a Madrid sin que nadie de su familia acuda a despedirle.

Sabemos, por confesión propia, que Gil vuelve al Bierzo en el verano de 1837: su artículo *Los montañeses de León*, aunque se publica en 1839, está fechado por el autor en «Palacios del Sil, 8 de agosto de 1837».

“Desde León te escribí –dice a un hipotético amigo «querido A...»– que pensaba dirigirme al Bierzo pasando por Astorga y visitar sus antigüedades romanas y góticas. Con efecto, he visto las asombrosas minas de Las Médulas...”.

Si la fecha es correcta, Gil estuvo en León, Astorga y El Bierzo (y concretamente en Las Médulas) en el verano de 1837, pero ¿no habría visitado a su padre, que muere el 18 de septiembre de 1837? ¿Tan enfadados estaban? Lo cierto es que un mes después de su viaje a Médulas y Babia, Gil no asiste al entierro de su padre y no vuelve a casa hasta finales de 1839, cuando se siente enfermo y necesita una larga convalecencia:

“Buscando reposo y confortación, tornó a casa después de una ausencia de tres años, y cuidado por su madre no tardó en recobrar fuerzas. Pasó el invierno en El Bierzo, leyendo, viajando moderadamente por la región leonesa, estudiando costumbres y monumentos”².

Un año después, en julio de 1841, vuelve con un mes de licencia por enfermedad, «a disfrutar los aires nativos», “siempre tónicos para la salud de su cuerpo y el equilibrio de su espíritu”, apostilla Gullón, para quien posiblemente en esta época Gil ya había iniciado su gran novela, pues cuando regresa a Madrid cesa en su actividad periodística, entonces en *El Pensamiento*: “Es un silencio fecundo, ya que está componiendo *El Señor de Bembibre*”³.

Regresa de nuevo a Ponferrada, por cuarta vez, en el verano de 1842, “a causa de alguna recaída en la enfermedad o simplemente para evitarla haciendo vida sana en el tonificante ambiente casero”, época de su excursión a San Pedro de Montes, Peñalba y la Aquiana. Y esta será su última visita al Bierzo, que sepamos.

² Samuels, citado por Gullón, p. 88. Desde Ponferrada envía a principios de octubre de 1839 por carta una *Revista teatral* a Mesonero [Picoche, p. 43]. Gil regresa a Madrid en julio de 1840, de modo que la excursión a Las Médulas no pudo ser como dice Gil en otoño de 1840, sino acaso en otoño de 1839, “pero resulta extraño, pues estaba muy enfermo” [Paz Díez-Taboada, p. 166]. Lo más probable es que visitara Las Médulas con ocasión del viaje al lago de Carucedo, en la primavera de 1840; solo así se comprende el lapsus dos años más tarde, cuando escribe los artículos del *Viaje a una provincia interior*, en los que es evidente la lejanía en el recuerdo de la excursión a Las Médulas y la proximidad de la subida a la Aquiana. [N. del ed.].

³ Picoche, p. 46.

Apenas cuatro estancias, una fugas y tres convalecencias de pocos meses: fruto de las dos primeras, *El Lago de Carucedo*, escrito en 1840; durante la tercera empieza a trabajar en *El Señor de Bembibre*; y de su última visita resultan los artículos del *Viaje a una provincia del interior*, publicados en *El Sol* en 1843. Esa es toda su relación física y directa con El Bierzo, no por escasa, menos valiosa.

Una somera indagación estadística confirma esta escasez y desmonta la creencia de que Gil sea un autor exclusiva o principalmente berciano. Un velo interesado –otro más de los muchos que ocultan la vida y obra de Gil– pues Enrique fue en su tiempo un autor europeo, con una obra cosmopolita que igual se ocupa de Colón y la conquista de América como del archivo de Simancas, del último estreno teatral de *Hamlet*, de la ópera *Lucía de Lammermoor*, de la literatura norteamericana o de las sagas escandinavas. No caigamos en el chauvinismo: la presencia del Bierzo en la obra de Enrique Gil dista mucho de ser inmensa y uniforme. Es, más bien, escasa, justita. En total, el quince por ciento de su obra, doscientas páginas de mil cuatrocientas. El Bierzo no figura en su lírica ni en los ensayos y críticas literarias; tampoco en el relato autobiográfico *Anochecer en San Antonio de la Florida*, ni en los artículos de viajes y costumbres.

Las doscientas páginas bercianas

El Bierzo aparece en la obra de Gil en siete poemas inspirados en recuerdos de infancia, en *El Lago de Carucedo*, en *El Señor de Bembibre*, en cinco artículos del *Viaje a una provincia del interior*, en un párrafo de *Los montañeses de León*⁴; y en tres menciones de los *Diarios de viaje*, camino de Berlín.

Tal inventario –que se recoge íntegramente en este volumen– ajusta la imagen real de Gil como autor berciano, sin restar un ápice de valor al hecho indiscutible de que Enrique Gil sea, junto con el Padre Isla⁵, el primer escritor leonés por excelencia, el patriarca de las Letras Bercianas y Leonesas, si es que esta categoría existe. Una obra muy significativa para El

⁴ Véase en BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, v. VI, *Viajes y costumbres (Introducción de Ávida Ares)*, p. 83. También se menciona muy de paso en *El segador*, pp. 119 y 123.

⁵ Autor de *Fray Gerundio de Campazas* (1758), novela de gran éxito, agotada en tres días y prohibida de inmediato por la Inquisición.

Bierzo –también para Astorga y León–, pero su importancia local no nos autoriza a reducir o ensalzar al autor a esta dimensión patriótica (Gil fue bercianista y defensor de la provincia del Bierzo), ocultando su no menos valiosa impronta cosmopolita, como romántico europeo. Un escritor de primera línea en el Romanticismo, infelizmente muerto a los treinta años de edad, en el mejor momento de su carrera literaria.

Era precisa esta aclaración, remitiendo a los lectores devotos al resto de la obra de Gil, esas 1.200 páginas tan desconocidas y tan poco leídas, ignoradas durante ciento cincuenta años, para situar en sus justos términos esta *Antología* centrada en El Bierzo como texto, pretexto y contexto.

En las páginas que siguen la presencia del Bierzo es desigual: leve en la poesía y en *El Señor de Bembibre*; más intensa en *El Lago de Carucedo* y en *Viaje a una provincia del interior*.

De los siete poemas «bercianos», en rigor Gil rotula como «recuerdos de infancia» solo tres: *La niebla*, *La mariposa*, *El Sil*; pero *Un recuerdo de los templarios* y *La campana de la oración* (dedicado a su amigo ponferradino Guillermo Baylina) pertenecen al mismo ciclo. La inclusión de *Una gota de rocío* y *La violeta* en esta antología era inevitable: contad si son siete y está hecho⁶.

Los recuerdos y sentimientos que expresa en Coblenza, San Goar y Hannover en su camino hacia Berlín son pura nostalgia: el viajero, que se sabe muy enfermo, ve en la abadía de Laach el lago de Carucedo y en San Goar nada menos que el valle judío de Agadán, cercano a Valdecañada, y hasta escucha en los ecos de las peñas los mismos escopetazos que cuenta divertido en su visita a Las Médulas. En verdad en su *Último viaje* llevaba El Bierzo a flor de piel.

En cuanto a la presencia del Bierzo en la novela de amor *El Señor de Bembibre* es circunstancial. La trama anacrónica y *ahistórica* podría haberse situado en Monforte, Tordehumos o Salamanca, o en la Escocia de Walter Scott, con igual eficacia narrativa. Azorín consideró la novela “azarosa e infantil; no tiene trabazón lógica; las impropiedades e incongruencias abundan” y solo la salva porque “en las páginas de este libro nace, por primera vez en España, el paisaje en el arte literario. *El Señor de Bembibre*

⁶ Para las notas a cada uno de estos poemas, véase nuestra edición en el volumen I de la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, *Poesía*, pp. 55-89.

no es más que eso: una colección de paisajes”⁷. Sin entrar ahora en la controversia azoriniana, pues *El Señor de Bembibre* es mucho más que una colección de paisajes, lo cierto es que el paisaje verídico del Bierzo eleva el tono de la novela: los veinte fragmentos espigados en esta *Antología* (que incluyen los cinco citados por Azorín y otros de nuestra cosecha) contienen páginas de gran belleza y perfección.

Por último, *El Lago de Carucedo* y *Viaje a una provincia del interior* son las obras verdaderamente bercianas de Gil, en las que la patria y la patria, su geografía y paisaje, ríos, montes, valles, historia, cuentos, leyendas, tradiciones, monumentos, gentes, minería... se reflejan con intensidad.

En resumen: para esta *Antología* cabía la opción de seleccionar las mejores páginas o las más didácticas, pensando en sembrar la semilla entre los estudiantes. Hemos preferido incluir **toda la obra de Gil directamente relacionada con El Bierzo**, en este volumen atractivo y manejable, que suma doscientas páginas de las mil cuatrocientas de sus *Obras Completas*. Que sean los lectores y lectoras de Gil quienes escojan sus pasajes favoritos; que sean los docentes y los estudiantes quienes conviertan este riquísimo arsenal literario en caudal de conocimiento y amor al Bierzo.

Enrique Gil, señalado por Azorín como el mejor paisajista español, es el primero que considera y pone en valor el paisaje berciano en su plenitud, con descripciones magistrales. Su lectura —que sugerimos se haga en voz alta— procura un intenso placer estético, un gozo que ensancha el corazón.

VALENTÍN CARRERA
DICIEMBRE 2015. AÑO ROMÁNTICO

⁷ Azorín, *El paisaje de España visto por los españoles*, Austral, 1941, pp. 17-24. El académico berciano Valentín García Yebra le enmienda la plana en el artículo “Azorín, Enrique Gil y el paisaje del Bierzo” (*ABC*, 8 de julio de 1986).

1. Poesía: Recuerdos de la infancia



UNA GOTA DE ROCÍO

A mi amigo D. José María Ulloa

Gota de humilde rocío
delicada,
sobre las aguas del río
columpiada.

La brisa de la mañana
blandamente,
como lágrima temprana
transparente,
mece tu bello arbol
vaporoso
entre los rayos del sol
cariñoso.

¿Eres, di, rico diamante
de Golconda,
que, en cabellera flotante
dulce y blonda,
trajo una Sílfide indiana
por la noche,
y colgó en hoja liviana
como un broche?

¿Eres lágrima perdida,
que mujer
olvidada y abatida
vertió ayer?

¿Eres alma de algún niño
que murió
y que el materno cariño
demandó?

¿O el gemido de expirante
juventud,
que traga pura y radiante
el ataúd?

¿Eres tímida plegaria
que alzó al viento
una virgen solitaria
en un convento?

¿O de amarga despedida
el triste adiós,
lazo de un alma partida
¡ay!, entre dos?

Quizá tu frágil belleza,
quizá tus dulces colores,
tus cambiantes y pureza,
y tu esbelta gentileza,
tus fantásticos albores,
son imágenes risueñas
de contento y de ventura,
son citas de una hermosura,
son las tintas halagüeñas
de alguna mañana pura.

Que acaso bella te alzaste
entre el cantar de las aves,
y magnífica ostentaste
tu púrpura y oro suaves,
y con ellos te ensalzaste;

que acaso en cuna de flores
viste la lumbre del día,
y blando soplo de amores
te llevó una noche umbría
en sus alas de colores

y en la rama suspendida
de un almendro floreciente
oíste trova perdida,
en el perfumado ambiente
por los ecos repetida.

Ruiseñor enamorado
cantaba encima de ti,
y junto al tronco arrugado
oíste un beso robado
a unos labios de rubí.

Misterios y colores y armonías,
encierras en tu seno, dulce ser,
vago reflejo de las glorias mías,
tímida perla que naciste ayer.

Pero es tan frágil tu existencia hermosa
y tu espléndida gala tan fugaz,
que es un vapor tu púrpura vistosa
que quiebra el ala de un insecto audaz.

Mañana ¿qué será de tus encantos,
de tus bellos matices, pobre flor?
No habrá pesares para ti, ni llantos,
ni más recuerdo que mi triste amor.

Si tu vida fue un soplo de ventura,
si reflejaste el celestial azul,
no caigas, no, sobre esta tierra impura
desde tu verde tronco de abedul.

Pídele al sol que con su rayo ardiente
disipe por los aires tu vivir,
o a un pájaro de pluma reluciente
que recoja en su pico tu zafir.

Que no naciste tú para este suelo,
para trocar en lodo tu beldad;
tú, más baja que espíritu del cielo,
más alta que la humana vanidad.

Quédate ahí pendiente de tu rama,
cual blanco mensajero de oración,
que sólo el verte la esperanza inflama
y alienta al quebrantado corazón.
Quizá al pasar un ángel solitario
te cubrirá con su ala virginal...
si caes envolverá frío sudario
tu forma vaporosa y celestial.

LA CAMPANA DE LA ORACIÓN

*A la memoria de mi desgraciado amigo
don Guillermo Baylina*

Trémulo son
vibra en el viento...

¿Es el acento
de la oración?
¿Es que suspira
la brisa pura
que se retira
por la espesura?

¿Es que cantan las aves a lo lejos
con voz sentida al apagado sol,
bañadas en los últimos reflejos
de su encendido y bello tornasol?

¿Es el blando ruido de las alas
de los genios del día y de la luz,
que van a desplegar sus ricas galas
a otro país de gloria y juventud?

¿Es la voz destemplada del torrente,
que trueca su mugido bramador
en un himno dulcísimo y doliente,
himno de paz, de religión, de amor?

No, que esa voz misteriosa
como el crepúsculo vaga,
cual la niebla vaporosa,
solitaria y melodiosa
como la voz de una maga.

Es más que el leve murmullo
del aura que se despide
y besa el tierno capullo
y un instante más le pide
con melancólico arrullo.

Es más que el triste cantar
de los pájaros pintados
que contemplan admirados
nube rojiza empañar
del sol los rayos dorados.

Es más que la voz sonora
que se escapa del torrente
y en himno tímido llora
el muerto sol de occidente,
y aguarda el sol de la aurora.

Es más blanda y delicada
que la confusa armonía
del ala tornasolada
del espíritu del día,
en los aires agitada.

Que es la voz de la campana,
voz de alegría y tristeza,
de alegría en la mañana,
triste en la noche cercana,
sepulcro de la belleza.

Voz que, dulce y apagada,
en la oscuridad solloza,
o que, rica y acerada,
corre los vientos alada
y entre misterios se goza;

que tal vez recuerda el alma
despertada por su son,
horas de plácida calma,
en que, solitaria palma,
florece el corazón.

Y entonces las oraciones
de la infancia bulliciosa
pasan en blancas visiones,
cual aéreas ilusiones,
por el alma pesarosa,

y las dulces confianzas
de solícita amistad,
las doradas esperanzas,
abandono y bienandanzas
de la venturosa edad,

y las pláticas de amor
entre flores y verdura,
que cantaba el ruiseñor
y embellecía el pudor
de conturbada hermosura.

Todo en los ecos se mece
del misterioso metal,
pero confuso aparece
y sin contornos se ofrece
como vapor matinal.

Que son harto delicados
aquellos suaves placeres
en que yacen apiñados
ensueños idolatrados
con semblante de mujeres,

porque en otro pensamiento
se miran sobrenadar,
y siguen su movimiento,
cual marchan al son del viento
las escuadras por el mar.

Pensamiento, sí, infinito,
que vaga por el espacio,
pensamiento de proscrito,
en las cabañas escrito
y en la frente del palacio.

Las músicas de la vida,
el silencio del no ser,
y la amarga despedida,
y la queja dolorida
de las hojas al caer;

la idea consoladora
de otro mundo de virtud,
y la madre que nos llora
y que, aun muertos, nos adora
contemplando el ataúd,

la imagen de la doncella
que su fe nos dio al pasar,
y que tal vez nuestra huella
busca en moribunda estrella
con distraído pensar;

y el ánima desatada
que va a llamar congojosa
a la puerta nacarada
de la mansión perfumada,
donde el querubín reposa;

y dios y la majestad,
y el son de las arpas de oro
en la mística ciudad,
y aquel inefable coro
por toda una eternidad,

ideas son que oscurecen
las memorias infantiles,
y ante quienes desaparecen
y en humo se desvanecen
los delirios juveniles.

Encumbrada en gigante campanario,
desde allí enseñoera al huracán,
soberana de un mundo solitario
de grave y melancólico ademán.

¿Por qué, di, tanto gozo en la mañana?
¿Por qué al oscurecer tanto pesar?
¿Por qué en tus ecos, lánguida campana,
haces así mi corazón rodar?

¡Ay!, cantas la esperanza en la alborada,
la fe sencilla del primer amor,
y en la noche las sombras de la nada,
desengaños y dudas y dolor.

Tal vez eres escala luminosa
por do se sube a espléndida región;
tal vez eres la senda temblorosa
que guía al ignorado panteón.

Paréceme en las noches más oscuras
oír entre tus ecos de metal
unas palabras tímidas y puras,
perdidas en tu acento funeral.

Palabras de abandono y confianza,
blando perfume de inocencia y paz,
ideas de fantástica esperanza,
memorias de dulcísima amistad.

Memorias, sí, del malogrado amigo,
del malogrado amigo que perdí,
que repartía su placer conmigo,
y descargaba su amargura en mí.

Que desplegó mi corazón de niño,
como el alba las hojas de la flor,
y suavizó con maternal cariño
mis ideas de luto y de dolor.

¿Quién sabe si abandona su morada
cuando vas a cantar la última luz,
y, cruzando la bóveda estrellada,
mezcla a tu son el son de su laúd?

¿Quién sabe si hay un punto en el espacio
de entrambos mundos eternal confín,
más alto que la cresta del palacio
y postrer escalón del serafín?

Tú eres, campana, el punto misterioso,
sobre la tierra levantado estás,
y tú sin duda al celestial reposo
del espíritu amigo servirás.

Lanza tu voz, desplégala sonora,
pues que en ella le escucha mi pasión.
Si es ilusión, campana bienhechora,
¡ay!, déjame morir en mi ilusión.

Porque es triste perder al ser que amamos
y los sueños con él perder también...,
¿para qué averiguar si deliramos?
¿Para qué razonar si obramos bien?

¡Ay!, es tan dulce al alma abandonarse
y mecerse en memorias de placer,
y luego melancólica lanzarse
a buscar la esperanza en el no ser.

Que dios sin duda te colgó en el viento,
como flor del perdido corazón,
cual llama que el helado pensamiento
convierte en un aroma de oración.

Tú que me traes al rayar el día
vagos recuerdos de la bella edad,
y por la noche pálida y umbría
me muestras la confusa eternidad;

tú que entre sombras y tiniebla vana
evocas una forma celestial...,
¡bendita seas, lúgubre campana!
¡Bendito, sí, tu acento funeral!

LA NIEBLA

Recuerdos de la infancia

Niebla pálida y sutil,
que en alas vas de los vientos,
no así callada y sombría
desparezcas a lo lejos,
o en pos de ti correré,
sin vagar y sin sosiego,
porque está sedienta el alma
de tus sombras y misterios.

Acuérdate, engañadora,
del inocente embeleso
con que, niño embebecido,
contemplaba tu silencio
por ver si en él resonaban
perdidos y blandos ecos
de las arpas melodiosas
de las magas de los cuentos.

Crédulo entonces y puro
rasgar intenté tu velo
pensando que me ocultaba
sus palacios hechiceros,
sus fantásticos pensiles,
sus músicas y torneos,
y los flotantes penachos
de encantados caballeros.

Rasgada en pedazos mil,
cual perdido pensamiento,
te vi envolver cuidadosa
y con solícito anhelo

las almenas carcomidas
del alcázar, que en un tiempo
escándalo fue del mundo
por su pompa y devaneos,
sin ver que era vano afán,
y descabellado intento,
velar sus rotos blasones
y sus mutilados fueros
con tu liviano ropaje,
y más liviano deseo.

Y con todo alguna vez
el sol te daba contento
reverberando apacible
del torreón altanero
en el musgo húmedo y triste,
roja chispa de su fuego,
que después tú disfrazabas
hasta mentir el reflejo
de perfilada armadura
o de rutilante yelmo.

¡Cuántas veces me engañaste
con dolosos sortilegios,
haciéndome atropellar,
desapoderado y ciego,
los ruinas del castillo,
cándido infante, creyendo
mirar de pie en su poterna
membrudo y alto guerrero
como lúgubre guardián
de la prez de los abuelos!

¡Cuántas veces ¡ay! mis lágrimas
por tus mentiras corrieron
al ver que mi fantasía
y mi dulcísimo ensueño

tornábanse entre mis manos
manejo de musgo seco,
que en vagas ondulaciones
flotaba a merced del viento!

Y a la verdad no era mucho
que el sol oyera tu ruego,
porque nunca le engañaste
para mostrarse severo,
y, a pesar de tus engaños,
yo te adoraba en extremo.

Y aún te adoro, parda niebla,
porque excitas en mi pecho
memorias de bellos días
y purísimos recuerdos,
porque hay hadas invisibles
en el vapor de tu seno,
y porque, en ti siempre hallé
blando solaz a mi duelo.

¡Ay del que pasó la infancia
a sus ilusiones muerto!
¡Ay de la flor que fragancia
consume y pura elegancia
en apartado desierto!
¡Ay del corazón de niño
que se abrió sin vacilar,
sin reserva y sin aliño,
pidiendo al mundo cariño
y no lo pudo encontrar!

Niebla que fuiste mi amor
y de mi infantil desvelo
amparo consolador,
que sola bajo el cielo
comprendías mi dolor,

¡qué mucho que yo te amara,
yo, desterrado del mundo,
que en ti perdido vagara,
y a ti sola confiara
mi desamparo profundo!

Tú a mi espíritu algún día
dabas tus húmedas alas,
y, demente de alegría,
el vago viento corría
descomponiendo tus galas.

Cuando, en el llano tendida,
los contornos de los montes
ocultabas atrevida,
fingiéndote en los horizontes
vaga mar desconocida,

y de la verde montaña,
que asomaba la cabeza
con altiva gentileza,
isla formabas extraña
de delicada belleza,

bogaba la fantasía
por tu misterioso mar,
y en su ignorancia creía
la virgen isla, lugar
de ventura y de alegría,

y crédula la soñaba
puerto en la vida seguro,
y desde allí imaginaba
un porvenir que llegaba
sereno, radiante y puro.

En tu piélago tal vez
de gótica catedral,
la fábrica colosal
flotaba con altivez,
oh fortaleza feudal.

Y el ánima embebecida
en entrambas se fijaba,
y, ya la veleta erguida,
ya la almena esclarecida,
solitaria acompañaba,
que en los mares de la edad
no flotan, no, de otra suerte
mundana pompa y beldad,
hasta que en la oscuridad
relumbra el sol de la muerte.

Todo confuso y borrado
en tu seno aparecía,
vaporoso y nacarado
y en celajes mil velado
como luna en noche umbría.

Y la mente virginal
que sólo a ver alcanzaba
las rosas en el zarzal,
y otros vientos no soñaba
que la brisa matinal,

tus enigmas resolvía
a favor de la inocencia,
y calma tan sólo vía
y solamente escondía
amor sin fin y creencia.

Que hay una edad placentera
de vistosos arreboles,
pura como azul esfera,
de espléndida primavera
y mágicos tornasoles,
en que se goza el dichoso
porque en la dicha confía,
en que se goza el lloroso
viendo fanal luminoso
allá en la bruma sombría.

De pura nieve y carmín
formada está el alma nueva.
No es mucho, pues, que se atreva
con el destino, y que beba
en las copas del festín.

Vaga niebla sin color,
no es mucho que vea en ti
serenas noches de amor,
labios de ardiente rubí
y verdes prados en flor;

no es mucho, porque ilusiones
de tan vistoso jaez
pasan tan sólo una vez
para velar sus blasones
en perpetua lobreguez.

Su blanca luz placentera
brilla un instante no más,
y en la amorosa carrera
de juventud hechicera
no vuelve a lucir jamás.

Niebla, ya no puedo ver
en tu misterioso espejo
los vergeles del placer,
que el corazón está viejo
de quebranto y padecer.

Pasó mi infancia muy triste,
más pasa mi juventud,
que entonces tú me acogiste,
y hoy mi ventura consiste
en la paz del ataúd.
Mas, ya que has sido mi amor,
envuélveme con tu velo,
dame sombras y consuelo,
que tú sola mi dolor
has comprendido en el suelo.

LA MARIPOSA

Recuerdos de la infancia

Mariposa, mariposa,
que das al viento gentil
de tus alas de oro y púrpura
el espléndido matiz;
que, veleidosa y ligera,
la tímida flor de abril
besas y al punto abandonas
indiferente o feliz;
tú deslumbraste mis ojos
desde el punto en que te vi,
y fuiste la maravilla
de mi embeleso infantil.

Cegáronme tus encantos
y entonces en pos de ti
vagué por valles y montes,
atropellando el zafir
de la fuente solitaria,
en que encendido alhelí
reflejaba su corona
de arrebolado carmín.

Por ti de los verdes prados
hollé el vistoso tapiz,
por ti la esbelta azucena
con su frente de marfil
en mi carrera afanosa
desatentado rompí,

y su cáliz de perfumes,
y su gala juvenil
a los pies del caminante
sin compasión esparcí.

Y tú siempre vagarosa
el aire hendías sutil,
con tu gala envanecida,
sin escuchar ni sentir
las inocentes plegarias
de mi niñez infeliz,
que en fuerza de tu desdén,
empañó con su gemir
el cristal puro y luciente
de su rico porvenir.

Vano fue el blando cabello
rizado en sortijas mil,
vana la frente apacible
de pura rosa y jazmín,
vanos los ojos azules
y su cándido lucir,
vana también mi pureza
de celeste serafín.

Mariposa, mariposa,
flor de un aéreo pensil,
hoy que la infancia ha pasado,
bien te comprendo, ¡ay de mí!
Cayó el mágico cendal
con que vendado viví,
y pude mirar el mundo
desencantado por fin.

Harto entonces tu lección
en la amargura aprendí,
viendo que bello fantasma
en la senda del vivir
tendías las ricas alas
para esconderme la lid
que me guardaba la vida
en su lejano confín.

¡Pobre niño! ¡Qué inocente
cerré sin dudar los ojos
con la esperanza en la frente!
¿Por qué no vía la mente
de las flores los abrojos?
¿Por qué sin faro, ni estrella,
cruzas el mar de la vida,
juventud, pobre doncella,
en sueños de amor perdida,
cándida, inocente y bella?
¿Por qué va tu corazón
como los aires abierto?,
¿no temes que tu ilusión
desvanezca el aquilón
del arenoso desierto?

Cuando a vivir nos lanzaste,
criador del ancho mundo,
¿cómo, di, no reparaste,
que en la noche nos dejaste
de desamparo profundo?
Si era ley el pelear,
¿por qué en vez del flaco pecho,
no nos pusiste espaldar
de diamante, en que deshecho
fuera a estrellarse el pesar?

Porque al fin es el vivir
encarnizada contienda,
y solamente al morir
cae de los ojos la venda
que robaba el porvenir.

Mas de nuestro desvarío
¿quién tiene la culpa, quién?
Tú no la tienes, dios mío,
que no está el cielo vacío,
ni sin flores el Edén.

Si, a despecho de tu amor,
en pos corre el hombre loco
de un fantasma seductor,
deshojando poco a poco
de su inocencia la flor;
si a pesar de las lecciones
que por el mundo esparciste,
acallan sus ilusiones,
devaneos y pasiones
la conciencia que le diste,
¿quién tiene la culpa, quién?
de sus pesares y duelo
si allá en la senda del bien
a mengua tuvo el consuelo
y le apartó con desdén?

¿Por qué imagina atrevida
el alma desvanecida
perpetua la primavera,
sólo con verla ceñida
de su guirnalda hechicera?

¡Ay!, dios abrió el ancho mundo
como un libro a nuestros ojos,
y eran tantos los enojos,
las asperezas y abrojos,
en el volumen profundo,
que sólo nuestra demencia
pudo mostrarnos en él
bosques de mirto y laurel,
y músicas e inocencia
en encantado vergel.

¡Mal haya quien como yo
tuvo un aviso del cielo,
que insensato despreció!,
¡mal haya aquel que buscó
paz y contento en el suelo!

Que no en vano, mariposa,
delante de mí volabas,
porque tú representabas
profecía misteriosa,
que a mi vista desplegabas.

Fantasma de la ventura,
cual ella rica y brillante,
cual ella galana y pura,
mas a par suyo inconstante,
loca, falaz e insegura;

¿por qué los ojos no abrí
para verte sin pasión?
¿por qué insensato perdí
mis alegrías por ti
y la paz del corazón?

Cuando en la fuente bebías,
cuando libabas las flores,
cuando en el viento esparcías
hechizos y bizarrías
de tus alas de colores;
cuando entre sombra y verdura
ibas a perderte errante,
y a gozarte en la frescura
de la selva susurrante
bajo su bóveda oscura;
y luego volvías loca,
batiendo las alas bellas,
festivo enredado en ellas
el céfiro que destoca
mariposas y doncellas,
¿por qué me dejé engañar
de tanta pompa y belleza?
¿No pude ¡ay de mí! pensar
que esta gala, esta pureza,
no era cosa de alcanzar?

Mas si en los juncos posada,
que orlaban la pura orilla
de la espumosa cascada,
de los ojos maravilla,
mostrábaste columpiada,
y allí al parecer dormida,
me convidaba tu encanto,
tu vestidura florida
y tu arrebolado manto
a tender mano atrevida,
¿qué mucho que al fin cediera
a tan rosada ilusión?,
¿qué mucho que el corazón
apresurado latiera
con la mágica visión?

Mas por necio o por liviano
frustrábase mi deseo,
que era necio, bien lo veo,
fiar el contento humano
de tan frágil devaneo.
Porque eras tú mi fortuna,
y volabas por ser mía
y aun tan menguada alegría
larga tal vez e importuna
juzgaba la suerte impía.

Crucé los brazos al fin,
dejé caer mi cabeza,
y en nebuloso confín
perdiéronse con presteza
tus alas de serafín.

Entonces reflexioné
y en tu oscura profecía
melancólico pensé,
mas ¡ay de mi! que tardía
la meditación ya fue.

Tardía, sí, que volaron
mis ilusiones contigo,
y solamente quedaron
incertidumbres conmigo,
que mi vida emponzoñaron.

Mariposa, mariposa,
si hay en el mundo otros niños
con frente de nieve y rosa,
de cabellera sedosa,
puros y blancos armiños,
ten con ellos más piedad
que la que yo te debí,
porque es inhumanidad
ir a deshojar así
de la inocencia la edad;

y si a mi vista apareces
no me recuerdes tus daños,
sino mis cándidos años,
y mis inocentes preces,
y mis dichosos engaños,
¡ay de mí! porque mi gloria,
no está, no, en el porvenir,
ni en su dudoso lucir:
sólo para mi memoria
hay un cielo de zafir.

UN RECUERDO DE LOS TEMPLARIOS

Yo vi en mi infancia descollar al viento
de un castillo feudal la altiva torre,
y medité sentado a su cimiento
sobre la edad que tan liviana corre.

Joven ya y pensativo y solitario,
la misma idea esclavizó mi mente,
y del desierto alcázar del templario
en los escombros recliné la frente.

Un tiempo vi de lustre y poderío
escrito en deleznable caracteres,
porque pasó el honor y antiguo brío,
como liviana pompa de mujeres.

Pasó porque era puro y grande y noble,
y por eso escupió en su frente al mundo,
que de gloria y virtud corona doble
no sientan bien en su pantano inmundo.

De su pujanza y fama esclarecidas
algunas cruces quedan conservadas,
unas por las murallas esparcidas,
otras en las ruinas sepultadas.

También nos queda un cristalino río,
que allá en su juventud azul y puro
velaba con vapores y rocío
el yerto pie de su gigante muro,

y que hoy, más generoso que los hombres,
enfrena al paso su veloz corriente,
en homenaje a los pasados nombres,
en homenaje a la olvidada gente.

Esto queda y no más de los blasones
con que ornaron el mundo los templarios,
y la yedra y sus lúgubres festones
son hoy de sus cadáveres sudarios.

Pero flota en los mares de la muerte
como encantada nave su memoria,
porque es su nombre levantado y fuerte
y colosal su portentosa historia.

Quizá sobre la losa de la tumba
se ostenta el mundo libre y generoso,
y la verdad sonora al fin retumba
en el silencio del final reposo.

Así dormid en paz, ¡oh caballeros!,
dormid en paz el sueño de la muerte,
graves y silenciosos y severos,
al amparo del mundo y de la suerte.

Porque en el mundo fuisteis peregrinos,
y lúgubres pasasteis e ignorados,
y de nieblas vistieron los destinos
vuestro blasón de nobles y soldados.

No alcanzó el mundo su gigante altura
y os coronó la frente de mancilla...
Dormid en la callada sepultura,
paladines hidalgos de Castilla,

que tal vez por su noche tenebrosa
pasará el sol que iluminó esplendente
la templaria bandera victoriosa,
que guarecía la invencible gente.

Grandes y puros fuisteis en la vida,
grandes también os guardará la huesa,
porque es para una raza esclarecida
mágico prisma su tiniebla espesa.

Bien estáis en la tumba, los templarios,
porque si abierais los oscuros ojos,
y otra vez por el mundo solitarios
de la vida arrastraseis los enojos,

tanto baldón y mengua y desventura
vierais en él, y tanta hipocresía,
que la seca pupila en su amargura
otra vez a la luz se cerraría.

No parece sino que con vosotros
todo el honor y lealtad llevasteis,
no parece sino que con nosotros
todo el oprobio y vanidad dejasteis.

Porque en el día irónicos y secos,
y menguados arrástranse los hombres
para llenar sus corazones huecos
del oropel mentido de sus nombres.

Pasó la fe y con ella la inocencia,
y el candor que doraba vuestros años,
pasó la dulce flor de la existencia
cual pasa la niñez con sus engaños.

Hoy las ideas de entusiasmo y gloria
ceden el puesto a viles intereses,
y crecen en el campo de la historia
sobre la tumba del honor cipreses.

Y todo sentimiento generoso
vilipendiado rueda por el suelo,
y la fuerza, cual bárbaro coloso,
vela del mundo el funeral desvelo.

En vez del corazón la mente late,
tibia la sangre y pálida circula;
si un rey a su nación lleva al combate,
sobre la muerte y destrucción calcula;

¿dó están vuestros escudos, caballeros,
la lanza que en los aires rielaba,
los vistosos pendones tan ligeros,
que el moribundo sol tornasolaba?

¿A dónde fueron las templarias cruces
que un día vio Jerusalén divina,
y que bañaban con cambiantes luces
la arena de la ardiente Palestina?

¿Dó está el batir sonoro de las palmas
de tantos melancólicos cautivos,
que por merced de sus sublimes almas
vían del sol los resplandores vivos?

¿Dónde encuentran amparo las mujeres?
el huérfano ¿dó encuentra valedores?,
¿dó, la cabeza los dolientes seres
reclinan por descanso a sus dolores?

Poblada soledad es hoy el mundo,
pantano que abril viste de guirnaldas,
abismo melancólico y profundo
coronado de aromas y esmeraldas.

Por eso vuestras palmas y laureles
silbó con su raquílica garganta,
y amontonó mentiras y oropeles
para borrar vuestra soberbia planta.

Para baldón y vergüenza
la juventud hoy comienza
do paró vuestra vejez,
mas ¡ah! que en nosotros falta
vuestra hidalguía tan alta,
y fama y valor y prez;

y falta vuestra inocencia
y pundonor, y creencia
y religiosa piedad,
y vaga el hombre inseguro,
por el crepúsculo oscuro
de la duda y vanidad;

y no hay estrella en sus mares,
ni esperanza en sus cantares,
ni en su mente porvenir,
porque el mundo que le engaña,
en su corazón empaña
el espejo del sentir.

Que en la juventud florida
bella y desapercibida,
el ánima virginal
en busca va de los hombres,
fascinada con sus nombres
y su apariencia leal.

Y ángeles ve en las mujeres
y amor y luz y placeres
en la senda del vivir,
y por su mágico prisma
mira el mundo que se abisma,
y piensa que va a dormir;

y entonces, fuertes caudillos,
vuestros ánimos sencillos
el alma comprende y ve,
como en mi dorada infancia
vuestra gótica arrogancia
cándido y puro alcancé.

Mas ¡ay de mí! los paisajes,
los cambiantes y celajes
de la rica juventud
son no más lánguidos sonos,
que arrancan los aquilones
de un amoroso laúd,

porque llega el desencanto
en las noches de quebranto
y con su mano glacial
descorre triste y severo,
el pabellón hechicero,
fantástico y celestial

de la vida engañadora
que con falsa lumbre dora
las nieblas del porvenir,
y como encantado velo,
sobre nosotros un cielo
despliega de oro y zafir.

¡Pobres dichas juveniles,
tan lozanas y gentiles,
de tan suave y puro albor!
¿por qué sois mentira sólo
y encubridoras del dolo
del universo traidor?

¿Por qué la edad de pureza,
de pasión y de belleza
nos ha de engañar también,
y robarnos el sosiego,
y con su aliento de fuego
quemar la cándida sien?

¡Ay! cuando desencantados,
náufragos y derrotados,
pisamos la orilla, al fin,
de sus mares turbulentos
con celajes macilentos
en su nublado confín,

sin amor, sin esperanza,
ni gloria ni bienandanza,
que allá en su seno se hundió,
y en lugar de la hermosura,
y en lugar de la ventura,
que la juventud sonó,

vemos arenal tendido,
y pálido y desabrido,
que es forzoso atravesar,
sin árboles ni verdura,
sin una corriente pura
donde la sed apagar.

¿Qué es lo que entonces encierra
la desnuda seca tierra
de esperanza y de placer?
¿Qué visiones luminosas,
infantiles y vistas
pueden ¡ay! aparecer?

Aparecen amarillos
sin fosos y sin rastrillos,
centinelas ni pendón,
vuestros alcázares nobles
con reminiscencias dobles
de hidalguía y religión;
monumentos inmortales,
que envueltos en los cendales
de verde yedra se ven;
islas que en el mar de olvido
con ademán atrevido
levantan la antigua sien.

Maravillosas historias,
y magníficas memorias
quedan y templada cruz,
que despiertan las campanas,
melancólicas o vanas,
que cantan la última luz.

Y entonces el alma sueña
con una voz halagüeña
entre el ruido mundanal,
por más que sea muy triste
ver que solamente existe
en la noche sepulcral.

EL SIL

Recuerdos de la infancia

Río de las ondas claras
y las arenas de oro,
que en los remansos te paras,
y de sus sombras amparas
tu codiciado tesoro,

yo, que mi frente infantil
miraba en ti reflejar,
sin que su terso marfil
pudiera el ardor febril
de la pasión empañar,

¿por qué no escucho un acento
de los días de mi infancia
en tu raudal violento?,
¿por qué pasas turbulento
con tu espuma y tu arrogancia?

¿Desdeñarán tus cristales
ser espejo de tristeza,
cual si pudieran mortales
de mi frente las señales
ir a empañar tu pureza?

Los días de tu cariño
fueron y de mi consuelo,
cuando, bullicioso niño,
vía por ti sin aliño
volar las nubes del cielo.

¡Oh, quién pudiera volver
a tan rosadas auroras!,
¡quién pudiera detener
el huracán de las horas
que llevaron mi placer!

¿Quién volverá al alma mía
los perdidos pensamientos
con que tus ondas seguía,
y allí los desvanecía
pesarosos o contentos?

Y aquel acento sin fin
con que tu blando murmullo
halagaba en tu confín
de la tórtola el arrullo
y el cantar del colorín,

y la voz ronca y sonora
con que al pasar saludabas,
con que triste lamentabas
murallas que son ahora
de la torpe yedra esclavas;

¿dó están, río cristalino,
que las perdió el corazón?,
¿fue su encanto peregrino,
fue su prestigio divino,
calenturienta ilusión?

Cruzan tus aguas mis ojos
hoy solitarios y oscuros,
y no encuentran sus enojos,
ni los helados despojos
de aquellos sueños tan puros.

¿Será que en la mente sólo
moran ventura y pesar,
y que el mundo es un lugar
de mentiras y de dolo,
que disipa el despertar?

Que tus aguas corren hoy
como corrían ayer;
sólo yo mudado estoy,
porque los pasos que doy,
son pasos hacia el no ser.

Temerarios pensamientos
cruzan mi frente marchita,
y en dudosos sentimientos
trémula el alma se agita,
cual nave en contrarios vientos.

Esas aguas que llevaron
con mi niñez mi ventura,
¿en dónde, río, pararon?,
¿quizá las abandonaron
en el mar de la amargura?

Cuando fié mi esperanza
de tus frágiles arenas,
soñaba sólo bonanza,
paz y bienaventuranza
en tus orillas amenas.

Pero tormenta furiosa
tus márgenes ensanchó,
y mugiendo cenagosa,
tus arenas arrastró
con mi dicha candorosa.

Que luego joven y triste
por tus orillas busqué
la paz que dejar me viste,
y a encontrarla no alcancé,
y sólo en la mente existe.

Y, sin embargo, es hermoso
cabe tus aguas soñar,
y el paisaje deleitoso
de un pasado venturoso
en tus cristales mirar.

Es hermoso, claro río,
amontonar las quimeras
sobre tus ondas ligeras,
junto a ese alcázar sombrío,
que descuella en tus riberas.

Que si a tientas caminamos
por las nieblas del vivir,
y cuanto más avanzamos,
otro tanto recelamos
del oscuro porvenir,

no es mucho que inquieta el alma
vuelva a mirar lo que fue,
y llore si yerto pie
huella la pasada calma
y de la infancia la fe.

¿La ilusión es la verdad?
¿O es la verdad ilusión?
¿Es la ciencia vanidad?
¿Es la gloria soledad
del humano corazón?

Las dudas ¡ay! atormentan
el ánimo combatida,
la turban y la amedrentan,
y las flores ahuyentan
del sendero de la vida

Un tiempo descollaron en tu orilla
altas memorias de gigantes hombres,
resplandecientes armas sin mancilla,
nombrados hechos y gloriosos nombres.

En ti el romano, vencedor del mundo,
llevó a beber sus miserables siervos.
Tú consolabas su dolor profundo
delante de los déspotas protervos.

Y tú, al pulir el oro del romano,
que mercenarias manos le labraban,
viste cómo los ojos del tirano
con la codicia vil centelleaban.

Tú sumidos los viste en torpe mengua,
bien así como impúdicas mujeres,
mover tan sólo la cobarde lengua
para cantar sus lúbricos placeres.

Tú miraste la bárbara cuchilla
sus crímenes lavar con sangre roja,
y caer los tiranos en tu orilla,
como en otoño macilenta hoja.

Viste después en la vecina altura
flotar al viento el pabellón templario,
y su alcázar de gótica estructura
retratarse en tu espejo solitario.

Sus nobles y cumplidos caballeros
cantaban en tu margen cristalina
las empresas y honor de sus aceros,
el sepulcro de dios, la Palestina.

Magnánimos, de lustre esclarecido,
con tantas prendas de memoria eterna,
¿cómo ¡ay dios! sus blasones han caído
en pedazos al pie de su poterna?

Ellos tan valerosos y alentados,
ellos tan grandes, de ánimos tan nobles,
¡yacen bajo la yedra sepultados!
¡Allí descansan lúgubres e innobles!

Pasaron los romanos desafueros,
pasaron sus impuras bacanales,
pasaron los templarios caballeros
con sus lucientes armas y señales.

Y de los dos la infancia fue segura,
la juventud de entrambos rica y fuerte:
y ambos cruzaron como sombra oscura
los silenciosos campos de la muerte.

Y tú, río, llevaste sus blasones,
bien como la gentil infancia mía,
bien como llevarás las ilusiones
de mi caduca frente en algún día.

Ya que perdí mis dichas infantiles
tráeme, río, de entonces una flor,
una flor nada más de sus pensiles,
en cuyo cáliz vierta mi dolor.

Gentil y vistosa infancia,
delicado y puro sueño,
flor que un cáliz de fragancia,
ufana con tu elegancia,
viertes en valle risueño,

pues por mi mal te perdí
ven mi mente a sosegar;
recuerda que niño fui,
que entonces no conocí
las tinieblas del pesar.

Tú eres para mí el amor,
un amor triste y perdido,
blando y lejano sonido,
que lleva un viento traidor
al desierto del olvido.

Por la noche y a la luna
cruzan blancas tus memorias,
las aguas de la laguna
como encantadas historias,
como prendas de fortuna.

Y el alma vaga con ellas
abandonada y dichosa,
olvidando sus querellas
a la luz de las estrellas
vacilante y misteriosa.

Y entonces me creo niño,
y soy hermoso, inocente,
el hijo de tu cariño.

LA VIOLETA

Flor deliciosa en la memoria mía,
ven en mi triste laúd a coronar,
y volverán las trovas de alegría
en sus ecos tal vez a resonar.

Mezcla tu aroma a sus cansadas cuerdas;
yo sobre ti no inclinaré mi sien,
de miedo, pura flor, que entonces pierdas
tu tesoro de olores y tu bien.

Yo, sin embargo, coroné mi frente
con tu gala en las tardes del abril,
yo te buscaba orillas de la fuente,
yo te adoraba tímida y gentil.

Porque eras melancólica y perdida
y era perdido y lúgubre mi amor;
y en ti miré el emblema de mi vida
y mi destino, solitaria flor.

Tú allí crecías olorosa y pura
con tus moradas hojas de pesar;
pasaba entre la yerba tu frescura
de la fuente al confuso murmurar.

Y pasaba mi amor desconocido,
de un arpa oscura al apagado son,
con frívolos cantares confundido,
el himno de mi amante corazón.

Yo busqué la hermandad de la desdicha
en tu cáliz de aroma y soledad,
y a tu ventura asemejé mi dicha,
y a tu prisión mi antigua libertad.

¡Cuántas meditaciones han pasado
por mi frente mirando tu arbol!
¡Cuántas veces mis ojos te han dejado
para volverse al moribundo sol!

¡Qué de consuelos a mi pena diste
con tu calma y tu dulce lobreguez,
cuando la mente imaginaba triste
el negro porvenir de la vejez!

Yo me decía: “Buscaré en las flores
seres que escuchen mi infeliz cantar,
que mitiguen con bálsamo de olores
las ocultas heridas del pesar”.

Y me apartaba, al alumbrar la luna,
de ti, bañada en moribunda luz,
adormecida en tu vistosa cuna,
velada en tu aromático capuz”.

Y una esperanza el corazón llevaba
pensando en tu sereno amanecer,
y otra vez en tu cáliz divisaba
perdidas ilusiones de placer.

Heme hoy aquí, ¡cuán otros mis cantares!
¡Cuán otro mi pensar, mi porvenir!
Ya no hay flores que escuchen mis pesares
ni soledad donde poder gemir.

Lo secó todo el soplo de mi aliento,
y naufragué con mi doliente amor
lejos ya de la paz y del contento
mírame aquí en el valle del dolor.

Era dulce mi pena y mi tristeza,
tal vez moraba una ilusión detrás,
mas la ilusión voló con su pureza,
mis ojos ¡ay! no la verán jamás.

Hoy vuelvo a ti cual pobre viajero
vuelve al hogar que niño le acogió,
pero mis glorias recobrar no espero
sólo a buscar la huesa vengo yo.

Vengo a buscar mi huesa solitaria
para dormir tranquilo junto a ti,
ya que escuchaste un día mi plegaria,
y un ser hermano en tu corola vi.

Ven mi tumba a adornar, triste viola
y embalsama su oscura soledad;
sé de su pobre césped la aureola
con tu vaga y poética beldad.

Quizá al pasar la virgen de los valles;
enamorada y rica en juventud,
por las umbrosas y desiertas calles
do yacerá escondido mi ataúd,

irá a cortar la humilde violeta
y la pondrá en su seno con dolor,
y llorando dirá: “¡Pobre poeta!,
ya está callada el arpa del amor”.

2. El Lago de Carucedo (tradición popular)



Introducción



Hacia los confines del fértil y frondoso Bierzo, en el antiguo reino de León, siguiendo el curso del limpio y dorado Sil, y detrás de la cordillera de montañas que su izquierda margen guarnecen, dilátase un valle espacioso y risueño, enriquecido con los dones de una naturaleza pródiga y abundante, abrigado de los vientos y acariciado del sol. Tendido y derramado por su centro, alcánzase a ver desde la ceja de los vecinos montes un lago sereno y cristalino, unido y terso a manera de bruñido espejo, en cuyo fondo se retratan los lugares edificadas en las laderas del contorno, esmaltados y lucidos con sus tierras de labor rojizas y listadas de colores; los nabales en flor que parecen menear en el espacio sus flotantes y amarillas cabelleras, como otras tantas nubes de gualda, y los blancos campanarios de las iglesias, que la ilusión óptica producida por la blanca oscilación de las aguas convierte a veces en delgadas, altísimas y frágiles agujas.

Tan agradable perspectiva sube de punto y embellecese más y más según se va acercando el observador, porque los cortes y senos de las colinas que rodean el lago forman bahías y ensenadas ocultas, donde las aguas parecen

aún más adormidas y quietas, y donde se perciben inmóviles y como encallados barquichuelos del país, que no este nombre sino el de canoas merecían, pues que se reducen a dos troncos desbastados y huecos, groseramente labrados, unidos y sujetos por dos travesaños, sin proa, sin vela, sin quilla y hasta sin remos la mayor parte. Entre norte y ocaso levántase la pequeña aldea de Lago sobre un altozano de suavísima inclinación que parece bajarse a beber las ondas, y sus casas pequeñas y revocadas por de fuera se miran como otros tantos cisnes en la rada que por allí entra en tierra un buen espacio. Crecen en sus huertos y en los del vecino pueblo de Villarrando, situado un poco más arriba, frescos y hojosos árboles que dibujándose en la líquida llanura a raíz de las cuevas y cimas áridas y negruzcas del Monte de los Caballos, que toda aquella ladera domina, le dan toda la apariencia de un bello y deleitoso cuadro encerrado en un marco oscuro.

Por el lado del Oriente está asentado el pueblo de Carucedo en una fértil cuanto angosta llanura, y en la misma dirección y sobre las crestas de los montes más lejanos se distinguen las almenas y murallas del castillo de Cornatel, casi colgado sobre precipicios que hielan de espanto, verdadero nido de aves de rapiña, que no mansión de barones y caballeros antiguos.

Los viñedos, sotos y sembrados del pueblo llegan hasta las Médulas, famosas en tiempo de los romanos por las minas abundantísimas de oro que abrieron y explotaron en su término, y de las cuales se conservan maravillosos restos; y cerca de sus últimas casas y siguiendo la orilla meridional del lago campean grupos de venerables, seculares y bellísimas encinas, cuyas ramas, cual si estuvieran abrumadas de recuerdos, bajan en festones y colgantes por demás vistosos, a modo de árboles de desmayo o de guirnaldas verdes y lustrosas; las montañas que caen hacia aquella mano están algo más desviadas, y a diferencia de las que enfrente se encumbran, por donde quiera y hasta en la punta más enriscada de los peñascos hacen alarde de gruesos alcornoques, robles corpulentos y menguados madroños. Por la parte occidental sujetan las aguas unos áridos y descarnados peñascales, y un poco más allá extiéndense largas filas de castaños y nogales que rematan la orla del lago, y hacen en el estío perpetua y deleitable sombra.

Si a esto se añade que multitud de lavancos azulados, de descoloridas gallinetas y otras mil aves acuáticas nadan en ordenados escuadrones por la sosegada y reluciente llanura; si se juntan y agrupan en la imaginación el humo de las caleras que de ordinario arden alrededor; el trinar y el revolver

de los pájaros, los rumores de los ganados, los cantares vagos y casi perdidos de los barqueros y pastores, y toda la quietud de aquella vida pacífica, concertada, activa y dichosa, fácil será de adivinar que pocos paisajes alcanzan a grabar en el alma imágenes tan apacibles y halagüeñas como *El Lago de Carucedo*.

Era una tarde serena de las últimas de marzo, en que el sol se acercaba a más andar al término de su carrera, cuando un viajero joven, que largo tiempo había estado contemplando con embebecimiento tan rico panorama, entró en una barca donde armado de su largo palo le aguardaba un aldeano de las cercanías, mozo y robusto. Difícil cosa sería deslindar ahora y señalar camino al confuso tropel de imaginaciones que se disputaban la atención de nuestro viajero; y en verdad que nada tenía de extraño el ademán de distracción apasionada y melancólica en que iba sentado a la punta de aquella primitiva embarcación. Estaba el cielo cargado de nubes de nácar que los encendidos postreros rayos del sol orlaban de doradas bandas con vivos remates de fuego: las cumbres peladas y sombrías del Monte de los Caballos enlutaban el cristal del lago por el lado del Norte y en su extremidad occidental pasaban con fantasmagórico efecto los últimos fuegos de la tarde por entre los desnudos ramos de los castaños y nogales, reverberando allá en el fondo un pórtico aéreo y milagroso de espléndidas e imaginarias tintas matizado y de prolija y maravillosa crestería enriquecido.

Las manadas de aves acuáticas retirábanse en buen concierto, y calladas como el sepulcro: el ángel de los ensueños dulces y virtuosos había enfrenado las auras más sutiles, y apagado todos los rumores del día, cual si brindase al mundo un sueño de paz en su lecho de sombras y perfumes; y una estrella pálida y sola que por cima del casi borrado castillo de Cornatel había comenzado a despuntar en el confín más remoto del Oriente, cárdeno y confuso a la sazón, venía a embellecer aquel indefinible cuadro con la esperanza de una noche pura y estrellada.

El lago iluminado por aquella luz tibia, tornasolada y fugaz, y enclavado en medio de aquel paisaje tan vago, tan agraciado y tan triste, más que otra cosa, parecía un camino anchuroso, encantado, solitario, místico y resplandeciente que en derechura guiaba a aquel cielo que tan claro se veía allá en su término, y que cruzaba la imaginación en su desasosegado vuelo, complaciéndose en adornarlo con sus galas más escogidas, y en colorarlo con sus más hermosos matices.

Delante de tantas maravillas y a solas con una naturaleza tan tierna, tan virginal y misteriosa, ¡qué mucho que los pensamientos de nuestro viajero flotasen indecisos y sin contorno, a manera de espumas, por aquellas aguas sosegadas! ¡Qué mucho que su corazón latiese con ignorado compás, si por dicha se acordaba, y así era, de haber visto el mismo país en su niñez, cuando su corazón se abría a las impresiones de la vida, como una flor al rocío de la mañana, cuando era su alma entero campo de luz y de alegría, vergel oloroso en que el rosal de la esperanza daba al viento todos sus capullos, sin que la tempestad de las pasiones le hubiese llevado la más liviana hoja, sin que la lava del dolor hubiese secado el más tierno de sus tallos! Hay ocasiones en que siente el hombre desprenderse de este suelo y elevarse por los aires la parte más noble de su ser; y en que arrebatado a vista de un crepúsculo dudoso, de un cielo claro y de un lago adormecido, con los ojos húmedos y levantados al cielo y con el pecho lastimado, prorrumpe y dice con el tiernísimo y divino fray Luis de León:

*¡Morada de grandeza!
¡Templo de claridad y hermosura!
El alma que a tu alteza
nació, ¿qué desventura
la tiene en esta cárcel baja, oscura?*

Al tercer verso de tan sentida endecha llegaría nuestro buen viajero, cuando la voz desapacible del barquero le atajó en su vuelo celestial, diciéndole:

— ¡Ah, señor! mire, allí por bajo del Lago húbole en otro tiempo un convento.

Aunque no muy satisfecho el joven de ver así cortado el hilo de sus pensamientos, miró fijamente al barquero, y como viese pintado en su rostro un vivo deseo de contarle algo más acerca del convento inundado y sorbido por las llamas, le contestó:

—Vamos, tú sabes algo de ese cuento, y te lo he de agradecer si me lo refieres.

—Yo, la verdad que le diga —repuso el barquero—, no le sé toda la historia; pero si quiere aprenderla, mi tío don Atanasio, el cura, dejónos un proceso muy grande de su letra todo, que trae cuanto pasó bien por menudo.

—Pero, vamos —le replicó su compañero—, tú algo has de haber oído por fuerza, y eso es lo que te pido que me digas.

Encaróse con él entonces el barquero y estuvo examinándole un buen rato, cual si a sí propio se preguntase si detrás de aquella levita abotonada, de aquel corbatín y aquella gorra, no habría escondida tal cual punta de ironía y de burla. Por desgracia, el viajero que encontraba no poco de cómico en semejante examen, hubo de dejar asomar a sus labios una ligera sonrisa, con que, desconcertado y mohíno el barquero, le dijo con aire de enojo:

—Yo no le puedo decir más, sino que por un pecado muy grande se anegó todo esto.

—Pues vaya —repuso el otro—, endereza hacia la orilla, que los papeles de tu tío me lo declararán sin duda mejor.

Bogaron, con efecto, hacia allá; amarró su piragua el aldeano, y tomando la vuelta de Carucedo, volvió a poco rato con los papeles de su tío el cura, diciendo al viajero:

—Si los quiere, ahí los tiene, porque en casa sólo sé leer yo, y escribir también —añadió con énfasis—, que aun voy poniendo mi nombre; pero como mi tío tenía cuasi revesada la letra, cánsaneme mucho los ojos. Además, que el diablo cargue conmigo si algunas veces le entiendo una jota de cuanto dice.

Agradecióle el viajero el presente con corteses razones y, sobre todo, con un cortés peso duro que hizo reír el alma del paisano; el cual, dando un millón de vueltas en la mano a su sombrero de paja, y deseando a su compañero mil años de vida en un cumplimiento muy prolijo, y enroscado, sin duda para probar que sabía algo de letras, se fue más contento que el día que estrenó sus primeros zapatos.

Parecióle a nuestro viajero por extremo curioso el manuscrito, y acortando ciertas sutilezas escolásticas que el buen don Atanasio no había economizado a fuer de teólogo, lo adobó y compuso a su manera. Como es muy amigo nuestro y sabemos que no lo ha de tomar a mal nos atrevemos a publicarle.

I. La primera flor de la vida

*Fuéme la suerte en lo mejor avara.
Sombras fueron de bien las que yo tuve.
Escuras sombras en la luz más clara.*

[Herrera]



A últimos del siglo XV alzábanse todavía las torres del monasterio de monjes bernardos, llamado San Mauro de Villarrando, en el recodo que forma en el día *El Lago de Carucedo* por entre norte y ocaso, y a la jurisdicción y señorío de su abad estaban sujetos los pueblos de aquel contorno. Sin embargo, tenían a buena dicha vivir bajo tan blando yugo, porque era su señor un santo hombre lleno de caridad y evangélicas virtudes, hasta tal punto que en toda aquella turbulenta época las demasías del poder no habían costado una lágrima a ninguno de aquellos vasallos.

Contábanse dos entre ellos afortunados sobre todos y felices, porque se amaban con el primer amor, y no parecía sino que para eso sólo los había juntado allí la suerte, pues que ninguno había nacido en aquellos fértiles valles, y además un misterio impenetrable envolvía en densas sombras el origen de entrambos. Del joven, que tenía por nombre Salvador, sólo se sabía que siendo aún rapazuelo y con no poco recato, había llegado a la portería de San Mauro en compañía de un viejo, al parecer escudero, y desde entonces, y sin otra recomendación que una carta sigilosa para el

abad, habíase criado a la sombra de aquellos claustros, siendo por sus buenas artes y generosa índole el amor de los religiosos, y en especial del venerable fray Veremundo Osorio, su santo prelado. Había cobrado éste un cariño verdaderamente paternal al joven Salvador, y ora dimanase de esta sola causa, ora ajustase su conducta a las reglas de la ya mencionada epístola, lo cierto es que no contento con emplear la aplicación de su discípulo en diversos estudios, amaestrábale además en toda clase de ejercicios guerreros, y echaba en su alma los cimientos de un cumplido caballero y buen soldado. Y era así, porque en verdad que nunca alma más noble animó tan varonil y hermosa figura; nunca corazón más valeroso latió en el pecho de un hombre. Tachábanle, sin embargo, los que le trataban, de adusto y desabrido en ocasiones: pero nadie se lo llevaba a mal, porque los más discretos achacábanlo al misterio de su vida, y los demás disculpaban estas mudanzas de genio con los vaivenes propios de todo carácter apasionado y ardiente.

El origen y calidad de María, que así se llamaba la doncella que amaba a nuestro Salvador, no era menos oscuro ni dudoso. Allí había llegado con una anciana, de nombre Úrsula, que se decía su madre, y estas dos mujeres, como si se creyesen seguras en aquel apartado rincón de la tierra, habíanse establecido en el pueblo de Carucedo, comprando en su término algunos bienes, y además, un escaso rebaño que la joven María apacentaba en aquellos recuestos. Salvador, que sin tregua perseguía a los animales montaraces, la vio y amó en la soledad: y esta pasión, que como una flor crecía al manso ruido de las cascadas, y entre el murmullo de las arboledas, tornóse con el tiempo árbol poderoso que echó en el corazón de entrambos profundísimas raíces.

Sin embargo, estos amores que en boca de todos andaban, no llegaron a oídos del anciano Osorio tan pronto como era de esperar, merced al recogimiento de su vida; pero la habitual y melancólica distracción en que vino a caer su discípulo, su hijo querido, no tardó en revelarle que alguna profunda espina estaba clavada en su corazón. Porque es de notar que el alma de nuestro Salvador, sedienta de cariño y de ternura, no se entregaba con todo a las bellas y alegres esperanzas de que sembraba el porvenir la inocente y crédula María; antes bien acostumbrado a la soledad y silencio del claustro, imaginativo y grave de condición, y abrumado además con el secreto de su nacimiento, secreto fatal que hasta cumplir los veinticinco años no era lícito arrancar a cierto misterioso papel que el abad guardaba;

en su corazón alternaba el resplandor de la dicha con las sombras de la duda y de la incertidumbre, y un millón de recelos, a modo de aves agoreras, poblaban siempre el camino de sus pensamientos. Combatido de tantos y tan dolorosos vaivenes, amaba, no obstante, cada día más, porque si es dulce cosa el amor a los veinte años, para un corazón llagado de amargura se convierte en un consuelo inefable y celestial.

Como quiera, el buen Osorio, que sólo había llegado al puerto de quietud a través de los escollos y tormentas de las pasiones, leía harto claro en la frente de aquel joven el origen de su tristeza y la lucha de encontrados afectos que se disputaban su espíritu. Las semillas de virtud y de honor que en él había derramado, con mano pródiga, y que ya comenzaba a dar tan abundantes como sazonados frutos, ponían su alma al abrigo de toda inquietud en punto a los intentos de Salvador; porque bien sabía que sus sentimientos podrían acarrearle en buena hora la desdicha, nunca, empero, la deshonor; no obstante, deseoso de sondear su llaga, y aun de remediarla, si ya no es que llegaba tarde, en un largo paseo que dieron un día al caer el sol por la huerta del monasterio, tendida a la sazón por el espacio que ocupan hoy las aguas del lago, sin duda hubo de sacar a plaza tan delicado asunto, porque la conversación fue larga, agitada y misteriosa. Volvían ya lentamente a la abadía, cuando antes de entrar se oyó que Salvador decía con respeto al abad:

—Sí, padre mío; cuanto me habéis dicho, antes me lo he dicho yo; el sacrificio que de mi entereza reclamáis, ya hace tiempo que lo tengo yo resuelto, porque bien sé que el honor es de más subido precio que la felicidad y que la vida, y ese mísero honor y la veneración filial que os debo me mandan aguardar el fallo del terrible papel; pero dejar de amarla es imposible, añadió con violencia, y más imposible aún que vos me lo ordenéis. Su amor es para mí como la luz, como el aire, como la libertad, y no tengo más corazones que a mí se inclinen, que el de un viejo cercano ya del sepulcro y el de un ángel que me abre las puertas de la vida. Mirad: el otro día soñé que un guerrero me la robaba, y cuando desperté, me vi en pie en mitad de mi aposento, con los cabellos erizados y en la mano mi cuchillo de monte, con el cual buceaba el corazón de mi enemigo.

El buen abad meneó entonces la cabeza suspirando y apoyándose en el brazo de Salvador, entraron los dos muy despacio por un embovedado y estrecho pasadizo que guiaba a la escalera principal, donde se separaron.

Larga y desvelada fue aquella noche para el enamorado mancebo, que apenas vio los primeros destellos de la aurora blanquear en el oriente, con el arco a la espalda y su fiel cuchillo al lado, tomó la vuelta de las Médulas en busca de una deliciosa hondonada donde solía ir María a apacentar su hato. Formaban los peñascos de alrededor una especie de media luna vestida de encinas enanas, de desnudos alcor-noques y de arces en flor, y en una fresca gruta que en el costado derecho se descubría entapizada de musgo y de olorosas violetas, estaba sentada la bella pastora, fresca y galana sobre todo encarecimiento. Las líneas purísimas de su ovalado rostro, sus rasgados ojos negros llenos de honestidad y de dulzura, su frente, blanca y apacible como la de un ángel, la nevada toca que recogía sus cabellos de ébano, el airoso dengue encarnado que ligeramente sonroseaba su cuello de cisne, y su plegada y elegante saya, le daban una apariencia celestial.

En aquel momento debía pensar, sin duda, en sus amores, pues acariciaba con distraída mano a su leal perro y estaba casi melancólica de puro feliz. Desarrugóse al verla la frente del gallardo cazador, y apresuradamente se acercaba a su encuentro, cuando por encima de las rocas que enfrente de la gruta se extendían, acertó a mecer el viento una pluma de águila. Paróse entonces y mirando con cuidado, sintió que le daba un vuelco el corazón al ver debajo de la pluma un gorro de ricas pieles, y debajo del gorro un semblante adusto y desabrido que con ojos codiciosos devoraba desde allí las gracias de la descuidada niña. Conocióle al punto Salvador, que harto conocido habían hecho a aquel hombre sus desafueros por todas las cercanías: pensó en su sueño, requirió su puñal, y de sus labios se escaparon confusamente no sé qué palabras, que así parecían arrancadas por una momentánea cólera, como hijas de una resolución firme, inexorable y duradera. Entonces fue cuando los ojos del desconocido se encontraron con los suyos, y viendo aquel varonil y denodado semblante que con tanto ahínco le encaraba, bajó lentamente de su risco, lanzándole antes una mirada de despecho. Internóse después en la espesura, y a poco rato se oyó el son lejano y confuso de un cuerno de caza que tocaba a recoger los dispersos cazadores.

Púsose a pensar entonces en su situación nuestro valiente mozo, y como por una inspiración súbita se le viniesen de tropel a la memoria ciertas palabras sueltas y terribles de la anciana Úrsula, que revelaban no sé qué misterios de persecución y amargura, resolvióse a dar parte de este suceso al venerable Osorio antes que a nadie: pero como su corazón, acostumbrado a

mostrarse todo entero a los ojos de María, difícilmente podría rescatarle el nuevo secreto que le abrumaba, resolvióse a no hablarla en aquel día. Por otra parte, ocupaban su imaginación negros recelos e inquietudes: así fue que se quedó ron-dando a manera de vigilante sabueso hasta la caída de la tarde, en que su amada, recogiendo sus ovejas, se encaminó al pueblo, no sin mirar muchas veces con desasosiego y tristeza alrededor, cual si se viese burlada en alguna dulce esperanza. Siguióla a lo lejos su apesarado amante, hasta que la vio desaparecer bajo las encinas que adornan la entrada de Carucedo, y en seguida aceleró el paso hasta llegar a la abadía.

Era la hora del crepúsculo vespertino, y aunque había aún bastante claridad en el aire, ya los objetos lejanos iban perdiendo sus contornos envueltos en los primeros vapores de la noche: sólo el castillo de Cornatel, gracias a las líneas rigurosas de sus muros y a su situación que le hacía descollar sobre el fondo oscuro de los montes lejanos, aparecía aún claro y distinto.

Todo este paisaje miraba el piadoso abad desde la larga azotea de su cámara, cuando entró Salvador descolorido, sombrío y desgreado.

—¿Cómo así, Salvador? —le preguntó Osorio sobresaltado—; no parece sino que has recibido alguna herida mortal, según lo pálido y turbado que llegas.

—Mortal, en verdad, padre mío —respondió este—, mi sueño no era una mentira, sino un presentimiento de mi leal corazón. Su fantasma ha tomado cuerpo a mis ojos, y me la quiere robar.

—¡Cómo! —interrumpió el abad asombrado—, ¿hay por aquí quien se atreva a semejante desmán? ¿No saben que a mi báculo de paz acompaña la espada de la justicia? ¿Quién es el temerario?

Extendió Salvador el brazo hacia el oriente y le mostró la masa del castillo de Cornatel, que todavía se alcanzaba a ver en la cresta de la montaña.

—¡Don Álvaro Rebolledo, el castellano de aquella fortaleza! —exclamó el religioso con espanto.

—El mismo —replicó Salvador con una frialdad que daba demasiado a entender la firme resolución que alimentaba su alma. Hubo entonces una breve pausa y era de ver al hombre de la edad y de la prudencia, dolorosamente trabajado por amor de sus hijos, y al hombre de las pasiones y de la juventud, sereno y tranquilo, como quien ha llegado a una de aquellas situaciones extremas y solemnes en que es imposible volver atrás la planta. El abad fue el primero a romper el silencio.

—¿Y qué has pensado, Salvador? —le dijo ya con calma.

—He pensado —respondió éste, mirándole con sus ojos garzos y rasgados fijamente— que soy hombre, amante caballero, si no por mi alcurnia, a lo menos por mi corazón.

—Y por tu alcurnia también —repuso gravemente Osorio—, que puesto que tu nacimiento sea también un misterio para mí, todavía la carta del santo abad de Cardeña me declara que Dios te hizo noble como la primera luz que viste.

Salvador alzó los ojos al cielo, donde ya brillaba una estrella rutilante, y enjugó una lágrima de gratitud al verse igualado con su rival. Osorio lo vio y le dijo:

—Escucha, hijo mío, estamos a la boca de la caverna del tigre, y si comparamos nuestras fuerzas con las tuyas, más desvalidos y flacos nos hallaremos que el cervatillo de los montes. Ese hombre, caudillo de la devoción y bando del poderoso conde de Lemos, señor de Ponferrada, puede llamar en su ayuda a multitud de hombres de armas de su guarnición, y aunque yo armase todos mis vasallos, no alcanzaríamos a parar su ímpetu y soberbia. Ya ves que todo propósito de venganza nos perdería sin remedio.

—Pero, señor —replicó el mancebo—, ¿ni aun rescoldo y cenizas quedan en el pecho de ese hombre de la santa hoguera del honor?

—Ni aun eso queda —contestó el santo abad—; los vicios han empedernido su corazón y secado en su alma la fuente del bien. Sus vasallos lloran hilo a hilo en la noche su humillación y desventura, como el antiguo profeta; y a modo de los cautivos israelitas, por su dinero beben su agua y con su dinero compran su pan. Sin embargo, si es cierto que aun el impío se pone en pie delante de la cabeza calva, yo iré al encuentro de ese hombre y le hablaré en nombre de su Dios, que también es mi Dios.

—¿Y María? —repuso con angustia Salvador.

—Fíate de mi prudencia —contestó el religioso—, porque si algo llegase a entender la pobre Úrsula, tengo por cierto que ni tú mismo sabrías el paradero de las dos y las perderías para siempre.

Al otro día, muy de mañana, el santo abad, con su báculo y su diurno, emprendió el largo camino que mediaba entre el castillo y la abadía. Llamó de paso a la puerta de Úrsula, y entrando por ella con no poca extrañeza de las dos mujeres, como viese a la doncella a punto de salir con su ható, apartó un poco a la anciana y le dijo con sosiego:

—No dejéis salir a María hasta que esté yo de vuelta, porque se ha levantado pleito entre el señor de Cornatel y mi abadía sobre el señorío de ciertos terrenos, y hasta dejar orillado este asunto me pesaría de ver que ninguno de mis súbditos quebrantase la tregua que tengo determinada. Allá voy, y por la tarde os diré lo que resuelto dejemos.

Aunque el acento del piadoso varón rebosaba tranquilidad y calma, no por ello dejó de mirarle con ansiedad, mientras hablaba, aquella mujer.

—Padre mío —le preguntó con zozobra—, ¿nos amenaza algún nuevo riesgo? ¿Todavía no está llena la medida de nuestras persecuciones? ¿Será cierto que nos vemos asomadas a un abismo?

—Conque, según eso —repuso el prelado, sonriendo con cierto aire jovial—, ¿en abismo nos convertís a mí y a mis santos religiosos? Pues en verdad que no deberemos quedaros muy obligados por la transformación.

Y viendo que ni aun así quedaba tranquila, añadió con gravedad:

—Por ahora, no hay que temer, porque estáis bajo mi guarda y amparo.

Y en seguida enderezó sus pasos hacia el castillo de Cornatel. Hacía poco que había salido el sol cuando se puso a trepar el agrio repecho a cuyo término se levanta, aún en el día, esta fortaleza, y cuando llegó a la barbacana ya estaba bien alto. Los ballesteros que allí estaban de guardia, cuando vieron llegar a un religioso solo, con su bastón de peregrino, apresuráronse a franquear la puerta, y su comandante, cruzando con él el puente levadizo y guiándole por una estrecha y oscura escalera de caracol, le acompañó hasta una especie de antesala, donde unos hombres de desalmada presencia se entretenían en jugar a las tres en raya con un copioso jarro de vino y unos vasos de estaño sobre la mesa. Respondieron con algo de desabrimiento al saludo del abad, y pidiéndole después uno de ellos permiso con tono irónico para continuar en su pasatiempo, mientras otro daba parte al amo de la visita, sin curarse más de su huésped que si se tratara de un tonel vacío, tornaron a su tarea. A poco rato volvió el mensajero e introdujo al abad en el aposento de don Álvaro.

—¡Qué diablos trae por aquí semejante abejaruco! —preguntó uno de aquellos perdonavidas—. ¿Será que nuestro amo piense convertirse? Tú, Tormenta, que has hecho de introductor, di, hombre, ¿qué gesto puso don Álvaro cuando le anunciaste la llegada del padre?

—El mismo que pones tú, Boca Negra, cuando por tu acostumbrada torpeza ves que te van llevando el dinero bonitamente, sin acertar a poner tres en raya una sola vez.

—Conque, ¿es decir que Dios no le ha tocado todavía el corazón? —replicó con alegría Boca Negra—; ¡sea su nombre bendito y alabado! Porque en verdad os digo, mis ovejas, que si al capitán se le antojase de repente tornarse hombre de bien, no sé lo que había de ser de nosotros.

—Sin embargo, ¿quién sabe —repuso otro—, si este buen fraile hará con él lo que el Salvador hizo con el buen ladrón? Que aunque en verdad no sea él como Cristo, tampoco nuestro amo llega, ¡mal pecado!, ni a la suela del zapato del buen ladrón.

Riéronse los valentones de la ocurrencia, y para remover estorbos y quitar amargores de boca, determinaron de tirar al fraile, si otra vez volvía, por una ventana que daba a un precipicio de más de cien varas, y volvieron a su juego.

Abrióse, por fin, después de largo rato, la puerta del aposento de don Álvaro, y aparecieron en su dintel el castellano y el abad. Acalorada debería de haber sido la plática, pues que los semblantes de ambos venían alterados, si bien el de don Álvaro no respiraba sino avilantez y orgullo, mientras el de Osorio revelaba toda la dignidad de un alma elevada y de una conciencia pura. Acompañóle el caballero con altiva cortesía hasta la escalera de caracol, y saludándose allí fríamente volvióse el uno a su recámara y el otro salió paso a paso del castillo, turbado el ánimo y lleno de mil negros pensamientos. Sin embargo, cuando llegó a casa de Úrsula, compuso y serenó su venerable rostro para decirle que todavía no quedaban aclaradas las dudas, y que de consiguiente cuando María sacase a pacer su rebaño lo llevase a las lomas y valles vecinos al monasterio, hasta que por vías amistosas aquel litigio se arreglase. Tenían ambas mujeres ciega confianza en las virtudes del abad, y así se pusieron en sus manos, como pudieran entregarse en las de Dios. Aceleró en seguida el religioso sus tardos pasos, y ya el sol se ponía entre nubes de oro, de púrpura y morado, cuando llegó al atrio de San Mauro, donde, ardiendo en inquietud y vivas ansias, le aguardaba Salvador.

—¿Qué nuevas traéis, padre y señor mío? —le preguntó con acento turbado, saliéndole precipitadamente al encuentro y agorando desdichas a vista de su apesadumbrado continente.

—He soltado mi voz en el desierto —contestó el anciano—, y ni aun en aquellas bóvedas he encontrado un eco que repitiera mis palabras de paz y de amor. El malvado libra su esperanza en sus caballos y sus armas—; y harto claro me ha dejado ver sus inicuos planes. Salvador —dijo después resueltamente—, el honor de María corre peligro aquí, y es preciso que se marche.

El joven se retorció las manos de desesperación.

—Ya yo mismo la hubiera acompañado hasta ponerla en salvo —continuó el santo abad—; pero el impío ha tendido sus redes, y no levantará mano hasta consumir su perdición. Así que mañana, al romper el alba, mandaré un correo a mi hermano el abad de Carracedo, que tiene aprestado cierto número de lanzas y peones para ayudar a los reyes en la guerra de Granada, y pediré que me acorra en este trance con una fuerza poderosa para defender a María y a su madre en su viaje, y sacarla de las garras del león. En tanto, aunque no es de sospechar que a nuestros mismos ojos suceda ningún desmán, tu deber es guardar a la huérfana desvalida y mirar por ella: que Dios y tu derecho sean contigo.

Dicho esto, partió aquel santo varón a encerrarse en su celda.

—Que Dios y mi derecho sean conmigo —repitió Salvador—, y que la mengua y el oprobio caigan sobre el que sólo se atreve a desamparadas mujeres.

Rayó la luz del siguiente día y ya el mensajero de Osorio caminaba la vuelta de Carracedo, cuando salía la joven zagala con sus ovejas en busca de las laderas del norte, no poco sentida y aun enojada de la indiferencia de su amante, mientras éste, por su parte, juguete de la esperanza y de la inquietud, temblando por María y ardiendo en deseo de venganza, se encaminaba a un encumbrado pico que llamaban los naturales la Espera del Corzo, y que señoreaba todo el país. No muy lejos y en la cumbre de una baja colina había un delicioso prado natural, de umbríos castaños y espesos matorrales guarnecido, en mitad del cual brotaba una copiosa fuente que con sus aguas reverdecía aquella alfombra de esmeralda y flores, llamada el Campo de la Legión, recuerdo sin duda del antiguo dominio de los romanos en aquella región. No bien acababa de apostarse nuestro cazador en su atalaya, cuando por entre los castaños del Campo de la Legión apareció un rebaño y detrás de él una mujer de aéreo talle y peregrinas formas. Conocióla al punto y murmuró en voz baja:

—¡Es ella!

Sentóse la niña a la margen de la fuente, y con pensativo y triste ademán púsose a mirar las frescas olas que entre la yerba se perdían: clara señal de que alguna nube empañaba el cielo azul de sus ilusiones. Mirábala Salvador embebecido, y sin embargo, atento a su seguridad antes que a los impulsos de su propio corazón, escudriñaba con sus ojos de águila todas las honduras y collados; pero sólo vio aldeanos desparramados por los montes, que sin

duda iban a hacer leña. No dejó de llamarle la atención su número, pero el arreo le quitó todo recelo. Así se pasó la mañana, y ya estaba bien entrada la tarde cuando Salvador, viendo que por el camino del castillo no asomaba el menor bulto y que todo estaba tranquilo y en reposo, bajó de su risco para ir a consolar la pena de María, y torciendo a la izquierda presto llegó al pie de la colina por cuya meseta se extendía el Campo de la Legión. Comenzaba a trepar su blanda cuesta cuando llegaron a sus oídos agudos y lastimeros ayes, y como conociese de cuyo pecho salían, voló en busca de la doncella como ciervo herido en busca de los arroyos del valle. Llegó desolado a los matorrales que guarecían la pradera y se quedó confuso al ver a don Álvaro. ¿Por dónde había venido? Pero, ¿qué le importaba saberlo? ¿No lo tenía allí a solas? Así es que en aquel punto le pareció más hermosa su venganza que la misma María. Estaba la cuitada a los pies del feroz guerrero, y en vano se esforzaba éste en levantarla, mostrándose hasta cortés y rendido; porque la triste, deshecha en llanto, con los cabellos en desorden y la toca caída, desolada y arrastrándose de rodillas, sólo pensaba en desasirse de las nervudas manos de aquel hombre, y para ello le conjuraba por lo más sagrado.

—¡Oh!, por Dios, por Dios santo, noble caballero —le decía con angustia—, soltadme, ¿qué honra sacaréis de atropellar así a una pobre muchacha, vos que debíais protegerla, porque sois fuerte, porque sois noble?... ¡Soltadme, por amor de vuestra madre, por amor de la mía, que se moriría de verse sola! ¡Soltadme y toda mi vida rogaré por vos de rodillas, y no me acordaré sino de que fuisteis generoso y de que os dolisteis del desvalido!

—María —respondió el caballero alzándola del suelo con violencia—; te amo tanto, que antes que sin ti volvería sin vida a mi castillo.

—¡Mentís, cobarde, mentís! —repuso la doncella encendida en cólera; ¡villano; ¡mal caballero! Salvador, Salvador mío —gritó con desesperación—, ¿cómo no vienes en mi ayuda?

—¡Aquí estoy! —respondió a su espalda una voz bien conocida—.

Soltó don Álvaro a la niña, que casi exánime fue a caer a los pies de Salvador, abrazando sus rodillas y exclamando:

—¡El corazón me lo daba! ¡El corazón me lo daba que no me faltarían Dios y tu brazo, vida mía!

—Ahora piensa en ti —contestó Salvador—; por la encañada de los ruiseñores vas segura y desembocarás en el convento: ampárate de sus muros, que yo al punto te sigo.

—No iré tal sin ti —replicó ella—, aquí moriremos juntos.

—No es tu vida lo que buscan, sino tu honra —dijo Salvador—. Huye —añadió con angustia—, porque los bandidos de este hombre andan cerca, y si viese que caías en sus manos, yo mismo te daría de puñaladas.

La doncella huyó.

Quedáronse frente a frente los dos rivales, mirándose con ojos encendidos. A los pies de don Álvaro había un capote de aldeano que explicó a nuestro joven el misterio de esta aventura. Por altivez callaba el caballero, y Salvador callaba también, porque apenas era dueño de los extraños ímpetus que arrebatában su alma. Reportóse, sin embargo, como pudo, y dijo a su rival:

—En verdad, señor caballero, que no hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague. Solos estamos y Dios es nuestro juez.

—¿Sois noble? —le preguntó Rebolledo con ironía.

—Sí, a fe —contestó sin descomponerse Salvador—; y prueba de ello es que pude, y aun quizá debí, pasaros en claro y a mansalva con una flecha, y no lo hice por buscaros cara a cara.

—Voy a llamar a mis arqueros para que os prendan y os hagan volar desde el más alto torreón de mi castillo al riachuelo que pasa por debajo, y que tiene, según dicen, un agua tan fresca, que allí podréis templar vuestra cólera.

Aunque Salvador tenía el arco armado, dejóle hacer, y aplicando el caballero su cuerno de caza a los labios, sacó de él un punzante y prolongado gemido. Al punto, aunque lejano, respondió otro de igual especie.

—Bien está —dijo entonces.

—Conque, ¿tenéis miedo? —repuso Salvador, prorrumpiendo en sardónica y destemplada carcajada—. ¡Vive Dios que me maravilla!, porque en este mismo sitio acabáis de dar tales muestras de vuestra persona y con tan formidable enemigo, que el mismo Lanzarote os hubiera envidiado por ellas. Sin embargo, la precaución es cuerda, porque nunca me propuse que los cuervos se comiesen vuestro noble corazón, antes pensaba hacer que os enterrasen con la debida honra; pero una vez que vuestros arqueros van a tomarse ese trabajo, sacad vuestro puñal como yo el mío, y armas iguales, y a prisa, porque ya veis que tengo poco espacio. No os acobardéis, ¡vive Dios!, porque, como decimos por aquí los villanos, de hombre a hombre no va nada.

—¡Perro! —dijo el caballero desenvainando su puñal, y casi ahogado de cólera—; tengo de arrancarte la lengua y azotarte con ella el rostro —y diciendo y haciendo se fue para Salvador. Comenzó entonces una porfiada lucha, en que por una parte la destreza y la cólera, y por otra la bravura y agilidad, peleaban con igual esfuerzo. Ya hacía un rato que batallaban sin ventaja, cuando a raíz de la colina oyóse ruido de armas y de gente.

—Tu fin se acerca —dijo don Álvaro.

—Y el tuyo llegó ya —respondió Salvador, y dando un prodigioso y no pensado salto, derribó por tierra a su contrario y le hundió el cuchillo en el pecho hasta la cruz.

—¡Socorro! ¡Socorro! —gritó don Álvaro, revolcándose en su sangre, en tanto que sus atónitos arqueros acudían a dárselo, y Salvador huía por el opuesto lado.

—¡Socorro! ¡Confesión! —repetía con ansia, y en esto se le cortó el habla y expiró apretando el puñal con fuerza convulsiva.

—Por allí se escapó el asesino —dijo uno de los arqueros.

—Es Salvador, el de la abadía —repitieron dos a un mismo tiempo, y asomándose todos allí, ya no vieron a nadie. A los pocos minutos entraba Salvador en el aposento de Osorio palpitante y sin aliento.

—¿Y María? —le preguntó—: ¿dónde está María?

—¿Qué es esto, Salvador? —exclamó el abad espantado.

En breves y desordenadas razones le contó Salvador lo ocurrido.

—Huye —dijo entonces él abad—, y escóndete en la cueva de las Médulas que llaman la Palomera, que esta misma noche iré a buscarte y a llevarte noticias de María.

Sin aguardar a más, salió el mancebo, cruzó rápidamente la huerta del monasterio, saltó la cerca, y por un valle que llaman en el día Foy de Barreira, tomó el camino de las Médulas.

A poco rato se dirigían pausadamente a Cornatel los arqueros del castillo, conduciendo el cuerpo de su señor en una camilla hecha de ramas.

Las once de la noche serían cuando una especie de sombra se deslizó por la boca de la Palomera.

—¡Salvador! —dijo.

—¿Quién me llama? —respondió éste.

—Yo —respondió el afligido abad. —Hijo mío —añadió —cumpliéronse mis desdichados pronósticos: Úrsula y María han huido sin llevarse más que sus alhajas, y aunque gentes de mi confianza las han seguido hasta la

barca en que cruzaron el Sil, allí se han perdido del todo sus huellas. Por otra parte, tú no puedes permanecer en el país, porque los arqueros de don Álvaro te han visto y te amaga la venganza de un poderoso.

—¿Conque es decir que en un mismo día pierdo todo cuanto amaba en la tierra? —contestó Salvador.

—Todo —respondió aquel varón piadoso— menos la honra y el amor de nuestro Padre común que está en el cielo.

Salvador sollozaba en la sombra y el viejo sentía partírsele el alma.

—¿Han llegado ya los hombres de armas de Carracedo? —preguntó, por fin, el joven.

—Esta noche han llegado.

—¿Y cuándo parten para Andalucía?

—Mañana volverán a su monasterio y pasado saldrán de allí la vuelta de Córdoba.

—Con ellos me voy, padre mío: quiero morir bajo los estandartes de la cruz.

Con esto salieron de la cueva silenciosos y tristes, y por trochas y veredas desusadas llegaron a la abadía. A la mañana siguiente, antes de rayar el día, salió Salvador con sus nuevos compañeros, no sin recibir antes las lágrimas y bendiciones del buen abad, amén de un bolsillo bien provisto, que, según dijo, le habían entregado al confiarle su educación. Cuando llegaron a la cima del Monte de los Caballos, volvió el suyo Salvador para mirar por última vez aquellos sitios.

Derramaba el alba sus pálidas claridades por detrás del castillo de Cornatel, esmaltaba los rojos y agudos picos de las Médulas, y apenas blanqueaban a su escasa luz las torres de San Mauro: todo lo demás aparecía borrado y confuso. Pensó entonces en aquel santo hombre, guarda y amparo de su niñez, en aquel amor perdido, en aquellas esperanzas convertidas en humo, y con los ojos anublados, exclamó:

—¡Oh!, ¿cuándo volverán a mi corazón la frescura y el verdor que han caído de él?

Enjugóse en seguida las lágrimas, serenó el semblante y, apretando los ijares de su palafrén, fue a reunirse con los soldados.

II. La flor sin hojas

Vanitas vanitatum, et omnia vanitas.



Si el corazón de Salvador no hubiese salido tan roto y ensangrentado de su primera prueba, sin duda, se estremeciera de entusiasmo y de alegría al verse llamado al sublime juicio de Dios, de que iba a ser teatro la Vega de Granada, y en que la cruz y la media luna se aprestaban a pelear por el imperio del mundo y de los siglos; pero si, como dice un famoso poeta, "la flor y verdor de la vida mortal pasa con el día, y por más que torne abril, no torna a verdear ni a florecer", no extrañaremos que el cazador de San Mauro caminase la vuelta de Andalucía pensativo y triste en medio de sus regocijados compañeros.

Llamábase Juan Ortega de Prado el que aquel tercio acaudillaba, y era natural del Bierzo; soldado de gran corazón y altos pensamientos, endurecido en las fatigas de la milicia, codicioso de honra antes que de botín. Aficionóse por extremo de la gentileza y brío de nuestro Salvador, y cautivado de su trato apacible y cortés, de su hidalguía y hasta de su misma tristeza, estrechó con él amistad y buena correspondencia, en términos que no poco suavizó sus pesares y dolorosos recuerdos, ensanchando a sus ojos

el camino de las armas y de la militar nombradía. Como quiera, la saeta estaba fija y enarbolada en su pecho, y a todas partes llevaba su dolor consigo; pero una esperanza lejana que a manera de crepúsculo dudoso alumbraba su alma por ventura, y además su natural denuedo y noble sangre le encendían en ansia de pelear.

Aguijado de tan generosos ímpetus, llegó con sus compañeros a Córdoba a principios de febrero de 1482. Estaba la tierra toda alborotada y embravecida con la pérdida y desastre de Zahara, acaecida en los últimos días del año anterior, y a fuer de capitanes experimentados, aprovechábanse Diego de Merlo, asistente de Sevilla a la sazón, y don Rodrigo Ponce, marqués de Cádiz, del general encendimiento, juntando a orillas del Guadalquivir, buen golpe de gente con que tomar justa satisfacción del daño y agravio recibido. No desperdició Juan Ortega la ocasión que se le venía a las manos, antes con gran diligencia encaminóse con su tercio a Sevilla, donde se presentó al marqués de Cádiz, que no poco se holgó de llevar en su compañía tan buena lanza, y le despidió con suma cortesía. Habían venido nuevas de que la villa de Alhama tenía flaca guarnición, y ésa desapercibida, y determinados de entrarla de rebato, con gran precaución y cautela salieron ambos jefes de Sevilla, llevando consigo dos mil y quinientos de a caballo y cuatro mil peones.

Palpitábale el pecho de extraña manera a Salvador al ver cumplido uno de sus más ardientes deseos. Caminaban con gran prisa y recato por sendas excusadas y tan ásperas que la fatiga casi llevaba apagada la sed del botín y el odio a aquella gente descreída, cuando llegaron al fin del tercer día a un valle por todas partes cercado de recuestos y altos collados, donde los soldados supieron que estaban a media legua de Alhama, con lo cual les volvieron las esperanzas y el brío. Concertáronse el de Cádiz y el asistente sobre la manera de dar el ataque, y acordaron que Juan de Ortega y Martín Galindo (soldados también de gran fama) se adelantaran con trescientos soldados prácticos y escogidos y vieran de apoderarse del castillo. Excusado nos parece decir que Salvador caminaba de los primeros, al lado de su capitán, y que llevaba uno de los cargos más atrevidos de tan ardua empresa. Era una de aquellas noches templadas y serenas que extienden sus estrellados pabellones sobre la dichosa Andalucía, cuando nuestros aventureros se acercaban recogidos y silenciosos al castillo de Alhama. Hicieron alto guarecidos de unas matas de árboles que allí cerca crecían, y en tanto Martín Galindo, Ortega y Salvador llegaron por diversos lados, a

raíz de la misma muralla, para ver si algún rumor por dentro se escuchaba; pero el fuerte castillo asemejábase a un vasto sepulcro, y ni los pasos del centinela ni el relincho del caballo daban a conocer la estancia de los guerreros. Estuvo nuestro joven largo rato con el oído atento y cuidadoso, sin escuchar sino los latidos de su corazón: nada turbaba el silencio del interior ni de las afueras. Arrodillóse entonces e hizo una fervorosa plegaria a la madre de Dios, de quien siempre había sido muy devoto, pidiéndole denuedo contra los enemigos de su nombre. Este nombre santo trájole a los labios otro de dulce y doloroso recuerdo, y pensando que tal vez iba a morir sin que bañase su huesa ni una sola lágrima, sintió apretársele el corazón.

Volvían en esto de su ronda Ortega y Martín Galindo, y como le hallaran de hinojos todavía, díjole el primero en tono bajo y un tanto irónico:

—¿Os ofrecéis por caballero de la Virgen, Salvador, que así os ponéis a orar antes de la batalla? Pues por la de la Encina que creí que habíais tenido lugar para eso en San Mauro.

Pesóle la burla a Salvador; pero nada dijo, sino que llegando con gran prisa a donde el grueso de la gente estaba, y arrebatando una escala, arrimóla en seguida a la muralla y subió con valerosa determinación. Mientras Ortega y Galindo hacían lo propio por su lado. Esparciéronse los tres por los adarves, matando tal cual centinela dormido que encontraban; pero Salvador, ganoso de aventajarse a todos en aquella memorable facción, echó por una escalera que guiaba al patio, con intención de abrir la puerta a los de afuera y allanar la rendición del castillo. Hízolo así, bajando brioso por medio de aquella oscuridad y temeroso silencio, y ya casi alcanzaba el logro de su invento cuando al pasar junto al cuerpo de guardia que estaba cerca del rastrillo, acertó a salir un moro descuidado y medio desnudo. Sintió rumor de pisadas y preguntó con voz entera:

—¿Quién va?

Respondióle Salvador hiriéndole de una puntada, que le hizo dar en tierra, gritando con las ansias de la muerte:

—¡Al arma, al arma!, los enemigos tenemos dentro.

Despertóse a las voces la guardia, y saliendo en tropel cerraron con Salvador, que por su parte sólo sentía el malogro de su empresa. Procuraba ganar terreno hacia la puerta, pero cercábanle por todas partes sus enemigos, y aunque sus golpes caían tan recios que no había adarga que los

parase, era poco lo que adelantaba. Conoció sus deseos el moro que allí mandaba, y gritó entonces con todas sus fuerzas—:

—¡El rastrillo! ¡Bajad el rastrillo!

Pero, no fiándose de nadie, abalanzóse a la escalera con intento de hacerlo por sí propio, mientras los demás, viendo los desmedidos esfuerzos que hacía Salvador para ganar la puerta, redoblaron asimismo los suyos. Apurada era su situación, porque el estruendo que sonaba en los pasadizos del castillo, harto claro le daba a entender los peligros que sin duda corrían sus compañeros, y una vez echado el rastrillo, podían los de adentro acudir a la muralla; volcar las escalas, y entonces sólo les quedaba una muerte gloriosa y la pesadumbre de ver desbaratada una hazaña de tan venturoso principio. Acorralábanle en tanto más y más sus enemigos, y aunque había ya tres tendidos delante de él, ciegos de ira y de vergüenza los demás, atropellaban por todo temor con menoscabo de sus vidas. En este tiempo el jefe de la guardia, puesto ya sobre un terraplén superior, les gritaba:

—¡Apretadle, que va a caer el rastrillo y es nuestro —cuando, dando una gran voz y diciendo: “¡Mahoma, valme!”—, cayó con la cabeza hendida por el medio del terraplén abajo. En seguida, y a modo de torbellino salían por una puerta de la escalera dos guerreros que traían malparados delante de sí unos cuantos moros, y que sin reparar en el número arremetieron con los contrarios de Salvador. Eran los tales Martín Galindo y Juan de Ortega, y aprovechándose nuestro mancebo de tan útil diversión, corrió a la puerta del castillo, abrióla de par en par y dio larga entrada a los de afuera, que de rondón se precipitaron, rompiendo y destruyendo cuanto se les ponía por delante. Reuniéronse entonces los tres amigos, y puestos a la cabeza de los suyos, poco tardaron en matar o prender el resto de la guarnición, quedando dueños y señores del castillo. Al día siguiente, después de una porfiada y recia batalla, entraron asimismo en el pueblo los cristianos, acaudillados por los mismos capitanes de la noche anterior, que se aventajaron maravillosamente a todos los demás.

Puso esta pérdida en gran consternación a la morisma, como que veían a los enemigos en el corazón de sus tierras, y sobre ella se compusieron endechas y romances de tristísima tonada. El viejo rey Albohacén juntó aceleradamente su ejército de tres mil de a caballo y cincuenta mil peones, y con ellos caminó la vuelta de Alhama. Combatióla encarnizadamente durante muchos días, y aun llegó a sacar de madre el río de que se provee aquella villa, pero nada pudo contra el esfuerzo de los cristianos.

Distinguióse Salvador en todos los lances y escaramuzas, poco contento de la alta prez que ganara de antemano, de modo que el marqués de Cádiz cobróle gran estimación y le hizo muchas honras.

Como quiera, el aprieto de nuestra gente era tal, que toda la Andalucía se alborotó y conmovió. Contábase por el más poderoso entre los señores de esta tierra a don Enrique de Guzmán, duque de Medina-Sidonia, y en él tenían puesta toda la esperanza, si bien flaca por andar revuelto y enemistado con el de Cádiz, pero era harto hidalgo para anteponer particulares enojos al pro comunal y a la ley de la caballería; así fue, que sacando el estandarte de Sevilla, y juntándose con don Rodrigo Téllez Girón, maestre de Calatrava; don Diego Pacheco, marqués de Villena, y otros señores, acudió al socorro de sus hermanos. Alzaron el cerco los moros y se retiraron sin pelear, mientras los cercados salían al encuentro de sus libertadores con lágrimas de alegría en los ojos. El de Cádiz fuese con los brazos abiertos para don Enrique, y con palabras en sumo grado comedidas y corteses, pusieron término a las desavenencias que traían divididas las dos casas, sellando el pacto con el general alborozo. Pasaron alarde al otro día del ejército cristiano, y a su vista fueron armados caballeros por el de Cádiz Juan Ortega y Salvador, calzándoles las espuelas el de Medina-Sidonia.

Por lo que toca a Martín Galindo, que ya lo era de Santiago, hicieronle presente de una banda de honor y de un riquísimo alfanje cogido en el saco de Alhama. Todos aquellos señores les honraron a porfía, saludándolos como a hombres los más arriscados y valientes que en aquella facción se hubiesen mostrado. El de Cádiz, sin embargo, no fue dueño de sí propio, y hartó mostró la predilección que le merecía Salvador, en los encarecimientos con que lo presentó a los demás caballeros, maravillados de ver tan relevantes prendas en tan cortos años. Sacó entonces nuestro joven dos cartas del seno y entregó una al maestre de Calatrava y otra al marqués, aguardando en silencio el resultado. A los pocos renglones que hubieron leído, vinieron entrambos a abrazarle, diciendo el maestre:

—¡Cómo así! ¿Por qué el deudo cercano del valeroso Veremundo Osorio, del mejor amigo de mi padre, no viene a manifestarse a quien tanto le desea?

No menos cortés se mostró el de Cádiz, que amaba también y respetaba al santo abad, a quien alcanzara en el mundo durante su juventud. Salvador adivinó al punto todo, puesto que nada supiese de antemano. El amor del

piadoso cenobita acompañábale aun allí, y si le había adornado con un apellido ilustre, que en él se extinguía, habíalo hecho para que el mundo le acogiese con más honra. Sintió el nuevo caballero una emoción profunda; y, sin embargo, respondió al maestre y al marqués que había querido aguardar a que su brazo y su prosapia le abonasen al mismo tiempo; pero que sus favores de tal modo excedían el valor de entrambos, que no sabía cómo mostrarles su agradecimiento.

—Escuchad, Salvador —le dijo el maestre después de mirarle con atención largo rato—, aunque ni vuestra cuna ni vuestros hechos os subiesen tan alto, todavía hay en vuestra persona un no sé qué, que habla en favor vuestro. Mucho me habíais de honrar si me recibíeis por vuestro amigo y compañero de armas, y no tengo reparo en pedíroslo, porque supongo —añadió con donaire—, que no sois enemigo de mi noble orden ni que os desdeñaréis de vestir un día su santo hábito. El de Cádiz, que lo oyó, dijo a Salvador:

—El maestre me ha ganado por la mano, y harto más ganaréis en los escuadrones de Calatrava que no en mis banderas; pero, sin embargo, debéis saber —añadió apretándole la mano— que don Rodrigo Ponce de León os estima y honra de tal manera que le encontraréis con sus haciendas y su brazo siempre que le hubiéreis menester. Los demás caballeros hicieronle también por su parte grandes ofrecimientos, y despidiéndose del bizarro Juan de Ortega, salió de Alhama con don Rodrigo Téllez Girón, del cual no se volvió a separar.

Resplandeciente era la aurora de la carrera militar de Salvador, y ni él mismo pudiera esperar galardón tan alto. Tratábale el maestre con una amistad llena de miramiento y aun de ternura, que más que otra cosa parecía fraternal cariño, los caballeros de Calatrava teníanle asimismo en mucho, y la gloria le entreabría las puertas de oro de su encantado alcázar. Sin embargo, no era feliz: de continuo se le venían a la memoria las rientes praderas de San Mauro, las soledades llenas de los acentos de su amor, y aquel vergel de recuerdos dulces y marchitos que animaba la imagen de María a modo de mariposa bellísima y errante: tan cierto es que el amor en un alma nueva se convierte en una pasión imperiosa y exclusiva que todo lo sujeta y subordina a su influjo.

Habían despachado un correo el de Cádiz y el maestre al venerable Osorio, dándole cuenta de las hazañas de Salvador y de la acogida que le habían hecho; y el mensajero que volvió al poco tiempo trajo cartas de

gracias para los dos, y una más larga para nuestro mancebo. Decíale en ella, que, a pesar de sus vivas diligencias, no había podido dar con el paradero de Úrsula y María, pero que no por eso pensaba aflojar en sus pesquisas. Hablábale además con efusión y orgullo de la alegría que recibiera con las nuevas de su primera campaña, y concluía son saludables consejos y paternal ternura. Esta carta, que Salvador abrió y leyó con indecible ansiedad, amortiguó aquella esperanza pálida y débil ya de suyo que relucía en su alma, y abrió de nuevo las llagas de su corazón. Afortunadamente volvió a resonar en Andalucía el estrépito de las armas, y a traer oportuna diversión a sus pesares. Sucedió por entonces el cerco de Loja, y sabido es que habiendo entrado los moros de rebato en los reales cristianos, cayó herido mortalmente de dos flechas el maestre de Calatrava. Con el espanto, dieron los nuestros las espaldas, y cobrando ánimo, los moros arremetieron con no vista furia contra el escuadrón de la orden que, al punto, se agrupó en torno del caído maestre, y mantuvo sola la pelea hasta sacarle del campo; empresa con que salió al cabo Salvador, no sin recibir antes dos heridas. Aquella misma noche expiró don Rodrigo Téllez Girón: lástima grande para todo el ejército por ser personaje de altas prendas, y en la flor de su edad, que no pasaba de los veinticuatro años. Ni aun en la muerte desmintió la particular amistad que había mostrado a Salvador, y expiró teniéndole asido de la mano y encomendándose muy encarecidamente a don Gutierre de Padilla, clavero mayor de la orden.

Cuánto sintiese Salvador esta muerte, y cuán hondo le pareciera el vacío que en su corazón dejaba, no hay por qué ponderarlo: baste decir que había mirado al maestre con un afecto extraño y misterioso, que venía a ocupar en su pecho el lugar de los dulces cariños de familia, y que su falta ensanchaba sin medida aquel horizonte de soledad que por todas partes descubría. Al día siguiente, alzó el rey sus reales y se retiraron en buena ordenanza de Loja. Acudió el marqués de Cádiz a consolar a Salvador en cuanto se lo permitían los riesgos del camino, y tornó a hacerle los más cordiales ofrecimientos; pero don Gutierre de Padilla le dio a entender, que los adelantos y cuidado de aquel mozo eran ya deuda de la orden, promesa de que no se apartó jamás.

No le seguiremos por nuestra parte en todos los azares y peligros de esta porfiada guerra, durante la cual, ninguna luz le trajeron sobre la suerte de María las diversas cartas que desde San Mauro, le enviaba el santo abad. Recibió una cuando pusieron los reyes el cerco a la ciudad de Granada,

edificando a su frente la villa de Santa Fe; y en ella le decía que había vuelto atrás de los linderos mismos del sepulcro hasta donde le llevara una dolorosa enfermedad, pero que recobrado algún tanto, había tornado a sus pesquisas sin alcanzar por eso más que antes; y, por último, que iba perdiendo la esperanza de lograr ningún indicio, y aun de volver a ver a su hijo querido, según la postración en que había quedado. De esta suerte los años empujaban hacia la huesa al hombre que le había servido de padre; el maestre, que como hermano le había mirado, descansaba ya en su fondo, y aquel amor que un día le sirviera de norte y de fanal desaparecía en las sombras del misterio o de la muerte quizá. Miró detrás de sí: allí, la soledad y el vacío; volvió los ojos hacia adelante: allí, los combates y su estruendo; alegróse de verlos tan cercanos y precipitóse en ellos con delirio.

Habíase escaramuzado reciamente una tarde, y Salvador se empeñó tanto en aquella ocasión, que vino a dar en una especie de emboscada donde más de veinte moros le embistieron a la vez. Matáronle el caballo, y aunque, haciendo espaldas de una pared, se defendía valerosamente, era ya su muerte segura, cuando saliendo a galope de un bosquecillo de naranjos un caballero cristiano, cerró de tal suerte con los moros, que dando con dos en tierra y atropellando a los demás, los puso en despavorida fuga. Cogió entonces de la brida el caballo de uno de los muertos, y entregándoselo a Salvador, ambos salieron de aquel lugar la vuelta de Santa Fe. Caminaban en silencio, y nuestro joven maravillado examinaba con suma atención y curiosidad el arreo y apostura de su misterioso compañero. Era éste alto de cuerpo, llevaba baja la celada de su casco, una banda morada cubríale parte del peto y espaldar, y traía en el escudo por divisa un navío con las velas tendidas y en alta mar. Llegaban ya muy cerca de los reales, cuando Salvador rompió el silencio diciendo:

—En verdad, señor caballero, que merecíais no ya un hábito el más calificado de España, sino un reino por vuestra bizarra conducta. Alzad, os ruego, la visera, si queréis honrarme mostrándome el rostro de mi libertador, y aun su nombre para grabarlos en mi memoria eternamente.

—Mi reino no es de este mundo —repuso el desconocido con voz grave y sonora— y aunque he estado cerca de esta generación muchos años, ellos no han conocido mis caminos.

Sorprendido se quedó Salvador al oír estas palabras bíblicas y solemnes, pronunciadas con un acento indecible de fuerza y de verdad. El guerrero prosiguió con tono llano de afabilidad y de dulzura.

—Pero vuestra cortesía me obliga tanto, que puesto que en acorremos más haya sido mi ganancia que la vuestra para hacer alarde de semejante acción no sólo os descubriré mi rostro, sino que también os diré mi nombre: Llámanme Cristóbal Colón.

Esto diciendo, alzó la celada y mostró a Salvador un semblante reposado y lleno de autoridad. Eran sus ojos garzos, rubio su cabello, y su mirada de águila caudal y poderosa. Había en aquella cabeza un no se qué de inspiración, de fortaleza y de genio tan robusto y pronunciado, que Salvador se sintió penetrado de admiración y respeto, y como flaco rapaz delante de un coloso. Entraron en esto en Santa Fe, y se separaron cortésmente llevando nuestro mozo el ánimo preocupado y lleno de la idea de aquel hombre misterioso. Preguntó a un caballero de Calatrava quién era Cristóbal Colón, y contóle al mismo tiempo la aventura. Dióse a reír el caballero, y le dijo:

—Es el loco más hidalgo y más valiente que he visto; pero son tan sandios los proyectos que resuelve en su imaginación, que le han mermado el seso. Habéis de saber que pretende descubrir nada menos que un nuevo mundo, y ha presentado los proyectos a la corte; pero aunque ha fascinado a algunos, los más le han lástima por su desatino.

Poco se contentó Salvador de oír hablar con tan escaso comedimiento de un hombre a quien sin saber por qué, tenía en mucho; amén de que se le hacía duro de creer que la locura ejerciese tamaña superioridad. Era su carácter naturalmente entusiasta, y su color de dar las gracias a Colón por su ayuda, pero en realidad para descorrer algo del velo que le encubría, encaminose a su posada. Hay lazos secretos y simpatías que ligan a las almas elevadas, y las reúnen en un punto, bien así como una mísera luz atrae a dos mariposas que vuelan en distintas direcciones. Por otra parte Salvador había cultivado las ciencias entre los monjes de San Mauro, y por una intención pronta y feliz comprendió los planes gigantescos del gran Cristóbal; de modo que el predominio del genio y el ascendiente de la razón le cautivaron al mismo tiempo con seducción irresistible. Desde entonces prohió con ardor aquella idea milagrosa, y fue para el gran Colón como un hermano o como un hijo.

Entre tanto amaneció el día venturoso de la rendición de Granada. Era cosa de ver la pompa y majestad de los reyes y sus hijos, las armas y el arreo de los grandes, la tristeza de los moros, y el júbilo colmado de los cristianos. Entró el rey en el castillo de la Alhambra, seguido de la flor de la

caballería española, y después de hecha oración en acción de gracias, fray Hernando de Talavera, arzobispo electo de aquella ciudad, puso la cruz arzobispal, que delante de sí llevaba el de Toledo, en lo más alto de la torre principal y del homenaje, con el estandarte real y el de Santiago a los lados. Siguióse un alarido inmenso de alegría, que llegaba a los cielos; todos los ojos estaban arrasados en lágrimas, y los corazones parecía quererles salir del pecho a aquellos soldados valerosos. Volvieron los reyes a sus reales después de recibir el parabién y homenaje del nuevo reino, y aquella misma tarde, entre los diversos premios que se repartieron, puso don Fernando de su propia mano el hábito de Calatrava a Salvador, y doña Isabel le regaló una cadena de oro, lisonjero galardón de su valentía y denuedo.

No era cumplido, sin embargo, su gozo, porque los recuerdos que entenebrecían su corazón, casi cerraban el paso a la luz de esperanza y de gloria que destellaban aquel día las cumbres de la Sierra Nevada; pero aun de este leve resplandor que le llegaba, parecía ofenderse la suerte. Departiendo estaba con Colón sobre el intentado viaje, cuando un correo que llegó al rey desde Galicia le trajo la última carta de fray Veremundo Osorio. Lleno de tribulación noticiábale el anciano cómo había descubierto el paradero de María, pero que más se holgara de no haberlo logrado jamás, pues que su triste amante la había perdido para siempre, y debía rogar a Dios por ella. Desde muy atrás se había arraigado semejante idea en el ánimo de Salvador; pero la realidad desnuda y yerma, acabó de romper en su pecho un resorte que imaginaba ya quebrado, y cortó el último hilo que podía guiarle en el laberinto de la vida. Vio seca de repente la fuente del consuelo; miró en torno de sí y hallóse solo; buscó el estruendo de las batallas, y por donde quiera palpó el silencio de la paz; nada encontraba, finalmente, donde saciar el ansia de su alma calenturienta y desquiciada. Colón, que comprendía su amargura, le habló entonces de un viaje portentoso, de peligros y de hazañas allá en el confín de la tierra, de una gloria duradera más que el mundo y que las edades; y la mente exaltada de Salvador guió sus alas hacia estos campos de luz que aquel gran hombre le mostraba.

Después de mil trabajos y penas salió por fin Cristóbal Colón del puerto de palos de Moguer, el día 3 de agosto, de 1492, enderezando su rumbo hacia Canarias, y aunque hasta allí pudo llevar sosegados los ánimos de su gente, su viaje en adelante fue un tejido de sublevaciones y de peligros en que a no haber contado con el corazón de Salvador, se hubiese hallado de

todo punto solo. La inmensidad de aquellos mares solitarios donde el ojo y el brazo del mismo Dios eran los únicos que pudiesen verlos y ampararlos, y la amistad de aquel hombre extra-ordinario, que caminaba al través de los abismos en busca de una tierra desconocida, derramaron en el alma vacía y desconsolada de nuestro mozo un consuelo inefable y grande como su dolor. Caminaban entretanto, y su camino parecía sin fin. Los ánimos mezquinos de aquella gente sin fe, encendiéronse, por último, en tales términos, que ya ni la elocuencia y serenidad del almirante, ni el denuedo de Salvador, podía impedirles que volviesen las proas hacia España. Colón, en semejante extremidad, les prometió y juró de hacerlo así, con tal que a los tres días no encontrasen tierra; pero apenas los conjurados le dejaron solo con su único amigo, cuando desatinado y alzando los ojos y las manos al cielo, exclamó con el acento de la desesperación:

—¡Oh Dios mío, Dios mío! ¿Me vedaréis como a Moisés la entrada en la tierra prometida, a mí que nunca he dudado de vuestra grandeza, a mí que no he tenido más consuelo en mis tribulaciones que una idea de gloria para vos y para mis hermanos? ¡Oh Dios mío, Dios mío!

Salvador fuera de sí se volvía y revolvía a todas partes, como si pidiese auxilio al espacio y al silencio, cuando de repente y con el rostro inflamado asió del brazo al almirante y le mostró una bandada de pájaros que batían sus alas hacia ellos.

—Vedlas, —le dijo con entusiasmo—, ved las palomas del arca santa, Dios os las envía sin número, cuando a Noé vino una sola.

Eran, en efecto, todas avecillas de poco vuelo, claro indicio de la tierra cercana; pero aquel plazo fatal de los tres días era como la espada de Damocles para el desolado Colón.

Aquella misma noche, a cosa de las diez, velaban ambos amigos en el castillo de popa, cuando llamó el almirante la atención de Salvador, señalándole una luz como de antorcha, que a lo lejos relumbraba. Subía el resplandor, bajaba y escondíase como si lo llevase una persona en la mano, y los dos lo observaban palpitando, hasta que Colón exclamó con voz de trueno:

—¡El Nuevo Mundo! ¡El Nuevo Mundo! He aquí que las tinieblas cubrían su faz, y yo lo he sacado de las tinieblas. Yo soy el espíritu de Dios, que era llevado sobre las aguas.

Al decir esto centelleaban sus ojos de tal modo, y estaba tan sublime, que Salvador cayó involuntariamente de rodillas delante de aquel hombre, exclamando también:

—Sí, capitán, sois grande como el espíritu del Señor, que cabalgaba en el torbellino—. Avergonzóse Colón entonces de aquel movimiento de orgullo, y dijo alzando a Salvador:

—Nunca el vaso de barro se levantará contra el alfarero que lo formó; del Señor es la redondez del orbe y la plenitud del mar, y nosotros no somos sino gusanos delante de Él.

Abrazáronse en aquel punto los dos amigos, y largo rato estuvieron así sin hablar palabra. Dos horas después ya las tripulaciones cantaban el *Te Deum* en acción de gracias.

La tierra que vieron al amanecer era la isla de Guanahaní, a quien Colón puso por nombre San Salvador, tanto en memoria del Dios que le había salvado, como de su generoso compañero. Tomaron tierra en seguida, en medio de los isleños asombrados, y Colón plantó el estandarte real y la cruz entre las aclamaciones de los suyos, que entonces le adoraban como a un Dios. Aquellos salvajes parecían de condición blanda y pacífica, y Salvador se internó en la isla, porque su corazón necesitaba latir a solas. Ostentaba aquella tierra todas las galas de la virginidad y de la juventud; sus pájaros, sus árboles, sus flores, todo era nuevo y milagroso; sus arroyos corrían más dulcemente que los pensamientos de una niña de quince años; era aquello la primer sonrisa de la naturaleza, un sueño de esperanza, de amor y de ventura. Todos los pensamientos de su vida pasada agolpáronse entonces de tropel a la memoria de Salvador, corrió de sus ojos larga vena de llanto, y con el pecho hinchado de sollozos, exclamó:

—¡María! ¡María mía! ¿Por qué no nacimos los dos en este paraíso, lejos de los poderosos de la tierra? Nuestras horas se deslizarían como estos cristalinos arroyos, e iríamos a dar en el océano del sepulcro con toda nuestra felicidad e inocencia. ¡Ángel de luz que estás junto al trono de Dios! Heme aquí solo y errante en estas playas apartadas, el corazón sin amor, y el alma sin esperanza. ¡Oh María, María!

Murmuró en voz más baja y se sentó llorando en la soledad con indecible amargura. Recobróse por fin al cabo de una buena pieza, y enjugándose las lágrimas fue a reunirse con sus compañeros y con Cristóbal Colón, de quien no se separó hasta su catástrofe, bien conocida de todos. Sabido es que los grillos y una sentencia de muerte fueron el galardón de sus servicios, y aunque el rey le recibió con distinción después, y se enojó por demás de la barbarie del juez Bobadilla, ni castigó a éste ni devolvió a Colón sus honores y prerrogativas.

Salvador pensó entonces en la justicia de los hombres y en las mentirosas glorias del mundo; la hiel que por tanto tiempo había ido filtrando en su corazón se derramó de él y emponzoñó su alma. Vio agostada aquella riquísima cosecha de fama y de honor que había soñado; se sonrió amargamente, y exclamó meneando la cabeza:

—Vanidad de vanidades, y todo es vanidad.

Volvió entonces su corazón al Padre de las misericordias, y diciendo un adiós eterno al desgraciado Colón, tomó el camino de San Mauro de Villarrando, resuelto a aguardar la muerte bajo sus bóvedas silenciosas.

III Yerro y castigo

—*Sólo a una mujer amaba...!
Que fue verdad, creo yo,
Porque todo se acabó,
Y esto solo no se acaba.*

Calderón. *La vida es sueño*



En una hermosa mañana de primavera del año 1493, un caballero de Calatrava armado de todas armas se apeó en la portería de San Mauro de Villarrando, y ya pisaba el umbral, cuando acertó a ver delante de sí la pasmada figura del padre Acebedo portero de la abadía, que con atónitos ojos le miraba.

—¿Tan mudado vuelve un antiguo amigo que no le conoce el padre Acebedo? —le dijo el recién llegado.

—¿Quién os había de conocer, Salvador —respondió el buen religioso abrazándole—, tan galán y gentil como venís con esa cruz de caballero al lado?

—Harta prisa me di para ganarla con aquellos perros —repuso Salvador con aparente jovialidad—, pero decidme, ¿y el santo Osorio?... —añadió, procurando encubrir su zozobra

—¿Pero sabéis que venís flaco y malparado en tales términos que nadie diría que erais vos? ¿Estáis enfermo?... ¡Jesús! ¿Y es éste aquel mozo tan

gallardo? ¡Vaya! ¡Si parece que la vejez le ha cogido de improviso en lo mejor de su camino!

—Pero, ¿el venerable abad? ...—replicó Salvador con impaciencia.

—¡Ah, hijo! —contestó el buen portero—, está tan postrado con la carga de los años, que apenas se puede decir que vive. Ha mandado levantar una especie de ermita en su vivienda en la Hondonada del Naranco, y allí pasa las horas en la soledad sin venir nunca al monasterio... Estos días pasados hablaba mucho de vos y de la pesadumbre que le causaría morir sin que le cerráseis los ojos. Pero os ponéis tan pálido... ¿queréis tomar alguna cosa?

—No, nada —replicó Salvador procurando ocultar su turbación—; sólo os pido que le prevengáis acerca de mi llegada, porque podría hacerle mucho daño mi repentina visita.

—Sí, por cierto —dijo el padre Acebedo—, voy allá volando, pero venid vos también a aguardar la ocasión de abrazarle en la huerta.

Encamináronse en efecto los dos hacia allá, y el honrado portero con su prisa y alegría urdió con tanta sencillez como torpeza una fábula por entre cuyos hilos el buen abad vio harto claro lo que aquello quería decir; y levantándose con no vista y maravillosa presteza, se encaminó a la puerta gritando:

—¡Salvador! ¡Hijo mío! ¿Por qué no vienes?

Corrió éste desolado al encuentro exclamando:

—¡Oh, padre mío, padre mío! —y en el mismo dintel se abrazaron ambos sin ser poderosos a decir una palabra. Repuestos por fin y sosegados al cabo de una buena pieza, habló de esta suerte aquel varón piadoso:

—El cielo ha oído mis oraciones, y ahora después de haberte abrazado ya puede venir la muerte. Como los días del hombre pasan semejante a la flor del heno, y los míos están contados, anhelaba verte para descubrirte el secreto de tu familia y nacimiento. Largos años te aguardé; pero como no volvías y el plazo iba ya vencido, y a mi diligencia estaba encomendado el abrir el pliego, rompí el sello y lo vi todo. Si en tu corazón se anida la vanidad mundana, regocíjate y alza la cabeza, porque eres hijo de los poderosos de la tierra. Doña Beatriz de Sandoval fue tu madre; y el que te engendró, mi compañero de juventud y dulce amigo don Pedro Girón, maestre de Calatrava.

—¿Con que, según eso —preguntó Salvador con ansiedad— el maestre don Rodrigo Téllez Girón, que murió en el cerco de Loja, era mi hermano?

—Sí por cierto; la misma sangre corría por vuestras venas.

—¡Conque era mi hermano! —respondió Salvador con una voz interrumpida de sollozos—, conque era mi hermanó y murió en mis brazos, y no pude estrecharle en ellos y decirle: ¡Hermano mío! ¿Cómo fui tan sordo, que no escuché la voz de la naturaleza que tan alto hablaba en mi corazón?

Salvador no había llorado ni aun al despedirse de Cristóbal Colón; sus últimas lágrimas habían corrido en las soledades del Nuevo Mundo, como testimonio de los dolores de un mundo antiguo. Desde entonces la esperanza voló de su corazón; de su misma tristeza sólo quedaron heces amargas y desabridas, y al tocar con sus dedos el bello cadáver de su amor y de sus ilusiones, sólo encontró un esqueleto descarnado y frío. Como quiera, la revelación de aquel secreto había pulsado en su alma una cuerda que imaginaba rota, y que respondió en son doliente a las palabras del abad; tan cierto es que allá en el fondo del corazón humano siempre hay un eco que responde a los dolores. Salvador había nacido de un amor que no recibió la bendición de la Iglesia, en la época revuelta y desdichada del reinado de Enrique IV; sus padres murieron cuando niño, y los celos de la madre de don Rodrigo Girón, que temblaba que el maestrazgo de Calatravas, concedido a su hijo, no pasase a su hermano, le acompañaron desde la cuna con tal constancia, que de seguro hubiese caído bajo sus golpes, si el buen abad de Cardeña, pariente de su madre, no le hubiese puesto al abrigo de los ignorados valles de Carucedo. Era su suerte la de conocer la vida por sus amarguras, y los amores de la tierra por los vacíos que su pérdida deja en el alma.

Pasado un buen espacio, y como el abad le viese ya más sosegado, le habló del porvenir que le aguardaba, de los deberes de su nacimiento y de la fortaleza y magnanimidad propia de los hombres, y en especial de los caballeros. Salvador le respondió:

—Escuchadme, padre mío, porque mi resolución es seria y profunda, y quiero que la conozcáis. Ya sabéis que en mis dulces años amé con la pureza de los ángeles a un ángel que vino a consolar y embellecer estos valles, y que aquél amor se disipó como el rocío de las praderas. Entonces me lancé por el camino de la gloria, y delante de la vencida Granada el rey me vistió el hábito que veis; pero mi alma estaba enferma de soledad y de ansia de mayor nombradía. Busqué con un hombre enviado de Dios un nuevo mundo al través de la inmensidad y de los abismos del Océano y la tierra prometida desplegó a nuestros ojos todas sus galas y riqueza. La vista

de aquellas playas sólo trajo lágrimas a mis párpados, vacíos a mi corazón y desengaños a mi entendimiento. Por premio de nuestros trabajos el gran Colón y yo hemos tenido grillos a los pies, y la cuchilla del verdugo sobre nuestra cabeza. Ya lo veis, padre mío; el amor es una flor del cielo que se agosta en esta tierra empapada en lágrimas, y la gloria no pasa de una dorada mentira. ¿Creéis por ventura que un corazón tan llagado como el mío se curará con el humo de las vanidades mundanas? ¿No era más bello el nombre que labré con mi espada, que el que la suerte tardía me ofrece ahora como por una burla cruel? Yo he venido a buscar el consuelo al pie de los altares y en el seno de la oración: Mi resolución es invariable, y si mañana mismo me abriéseis las puertas del santuario y recibiéseis mis votos, tened por cierto que la bendición de mi padre bajaría sobre mi cabeza, cubierta con la cogulla de San Bernardo.

Siguióse una larga pausa a esta declaración, sin que ni el religioso, ni el caballero se diesen prisa a romper el silencio.

—Salvador —le dijo por fin el anciano—, maravillado me dejás con tu resolución, y aunque no seré yo quien te la reprenda, menos te encubriré las dudas que me asaltan. Dudas tremendas por cierto; porque si el despecho y no la resignación te traen al silencio del claustro; si en vez de un corazón humilde llevas a las aras de Dios uno lastimado de orgullo y de desesperación, por ventura encontrarás la pelea donde pensaste hallar el descanso. Créeme, hijo mío, Dios no envía sus ángeles de consuelo sino a las almas que se desprenden y desatan de las aficiones de la tierra. Dime, ¿si llegases a encontrar un día a la mujer que amaste, no maldecirías de la hora en que naciste?

Brilló entonces en los ojos de Salvador uno de aquellos relámpagos que dan muestras de las tempestades interiores, y dijo con suma zozobra:

—¿Pero no me dijisteis que murió?

—Sí, murió para ti y para todos, aunque su alma vivirá eternamente para Dios. —replicó el anciano prontamente.

—Pues entonces —añadió Salvador con sordo acento—, tanto mejor, y por caridad dadme vuestro santo hábito, que si no me juzgáis digno de él lo iré a pedir a la puerta de otro cualquier monasterio.

El prelado vacilaba todavía, hasta que el mancebo le dijo con entereza:

—¿Qué teméis? ¿No veis que mi frente ha comenzado ya a encalvecer, y que no hay ilusiones, ni engaños por dulces que sean, que resistan a treinta y tres años de pesares?

El religioso entonces como vencido, alzó los ojos al cielo y exclamó:

—¡Hágase la voluntad de Dios!

A los pocos días tomó Salvador el hábito de San Bernardo en la iglesia de la abadía, y asimismo profesó; cosa en que vino el santo Osorio, vencido de sus ruegos, y usando de las facultades que tenía para dispensar el noviciado. Fácil es de conocer la admiración que causaría a todos los monjes semejante suceso; tanto más, cuanto que el nacimiento del nuevo hermano ya no era un misterio, y que además todos le habían visto llegar adornado con la cruz de una de las órdenes militares más gloriosas de España. Miraron como un predestinado al hombre que en la flor de su edad de aquel modo tenía en menos la halagüeña fortuna que el mundo le brindaba; y desde entonces le mostraron una especie de respeto que su austeridad y devoción aumentaban y engrandecían sobremanera. De allí a pocos días acaeció la muerte del venerable fray Veremundo Osorio, que pasó a mejor vida consumido de caridad y con toda la paz y el sosiego del justo, y en su lugar y como testimonio de veneración a su memoria, eligieron por sucesor suyo a fray Salvador Téllez Girón.

El nuevo abad trataba con dulzura verdaderamente paternal a todo el mundo; el rigor y la penitencia sólo consigo propio los usaba, y su mano no contenta con enjugar las lágrimas que la muerte de su predecesor había hecho correr en el país, derramaba sin cesar beneficios y consuelos. A pesar de tanta caridad, los monjes antes esquivaban su compañía que la solicitaban. A veces encontrábanle paseando en un claustro solitario, y aunque pasasen junto a él, ni los sentía ni los saludaba; tan embebido andaba en sus meditaciones. Otras veces los que más cerca de él estaban en el coro oíanle pronunciar, en vez de los versículos sagrados, palabras incoherentes y sin sentido cuya significación no comprendían, pero por el acento con que salían de su boca, sucedía que les dejaban helados de espanto. Habitualmente permanecía encerrado en el oratorio de cámara abacial, donde se guardaba la imagen de una Dolorosa de que años antes había hecho merced al monasterio; y arrodillado delante de ella pasaba las horas. Parecía salida aquella virgen del pincel afectuoso y puro de Alberto Durero, así por la casta suavidad de la expresión, como por la corrección suma del dibujo y la delicada belleza de las líneas. Había desaparecido de su rostro toda la flor de lozanía y de juventud con que los pintores han solido adornar a María; no quedaban más que los misterios del dolor en aquella frente pálida y marchita, y la gracia y la magia primitiva, propia de la

madre de Dios, oscurecidas por las nubes del pesar. Salvador, que según pudimos ver en el asalto del castillo de Alhama, era muy devoto suyo, acudió a demandarle su amparo y a mostrarle las heridas de su pecho; y en verdad que durante algunos días creyó que la reina de los ángeles le miraba con amor, porque encontraba un inexplicable consuelo en contemplar su dulcísimo semblante, manantial para su alma de suaves y desconocidas imaginaciones, que tanto se asemejan al recuerdo de las dichas pasadas, como a la esperanza de las venideras. Y, sin embargo, absorto en la contemplación de aquella imagen soberana, poniéndola a manera de talismán sobre sus más enconadas llagas, y amándola con toda la efusión de su alma, sentía su corazón apartado de la paz del justo, y como codicioso y celoso del amparo de aquella purísima virgen. Más de una vez se preguntó con la sangre helada de terror si las memorias de su vida pasada no venían a mezclarse, disimuladas e invisibles en sus religiosas meditaciones; y si en aquel semblante angélico no le representaba la fantasía otro semblante que por largo tiempo se había aposentado en su alma.

—Pero, ¿dónde —se replicaba sosegándose—, dónde aquella belleza infantil y florida? ¿Dónde aquella frente en que la alegría pusiera su asiento? Combates son estos del enemigo común —añadía ya con calma—; velemos y estemos en pie porque anda alrededor de nosotros como león rugiente buscando víctimas que devorar. Resistámosle con pecho fuerte, y andemos con valor nuestra jornada, pues que peregrinos somos en la tierra.

Así lo ponía en verdad por obra; pero sus combates interiores hacían su semblante cada día más adusto y sombrío, y daban a su voz cierto eco duro y destemplado que alejaba a las gentes.

Un año había pasado desde que le nombraron abad, y las cosas estaban en el estado que dejamos dicho, cuando una tarde que oraba delante de la Dolorosa de su oratorio, aconteció que nuestro conocido el padre Acebedo asomó presuroso por el cancel de la cámara, y se dirigió allá. Abrió la puerta con mucho tiento, y vio al prelado de hinojos en la tarima del altar, tan embebecido, que no le sintió.

—Sí: razón tenía aquel santo varón, —decía en voz baja y desconsolada— los espíritus de la calma no han venido a mí, y donde me fingí el descanso he palpado la incertidumbre y la pelea. ¡Oh Virgen pura! ¿No está limpio todavía mi corazón de las aficiones terrenas, y moriré sin que cierre mis ojos un sueño de paz?

La soledad del lugar, la luz oscura y apagada que entraba por una estrecha y aguda ventana de vidrios de colores, y que apenas dejaba ver el bulto confuso del abad delante de la borrada imagen de la Virgen y el acento desolado de aquellas breves palabras, amedrentaron al buen portero; así es que volvió atrás, hizo ruido y llamó al prelado, temeroso de enojarle si le sorprendía. Salió éste con aquel aspecto grave y recogido que tanto imponía a sus monjes, y le preguntó:

—¿Qué traéis, padre portero?

—Padre nuestro —respondió éste inclinándose—, de dos días a esta parte cunde en los alrededores una superstición extraña: dícese que una maga, o bruja, o no sé qué visión, viene por las noches a la fuente de Diana, y tan amedrentados tiene a los paisanos, que hasta los mismos criados del monasterio se excusan de llevar allí sus bueyes.

—¿Y no habéis vos procurado desvanecer semejantes mentiras? —preguntó el abad con tono severo.

—Sí; padre nuestro —replicó el portero— pero, ¿de qué puede servir mi humilde opinión delante de supersticiones tan añejas?

—Bien está —contestó el prelado—, id con Dios, que yo atajaré semejantes desvaríos.

Por el camino que antiguamente guiaba a las Médulas, y que, según dijimos en la primera parte, es un valle que en el día llaman Foy de Barreira, se encontraba a la mano derecha la linda y graciosa fuente de Diana, en una especie de retiro delicioso, que brindaba al pasajero con las sombras de sus árboles y la frescura de sus aguas. Los años y los hombres la habían, empero, destrozado, y sólo se conservaba el pedestal de la estatua derecho en medio del pilón aportillado, y el torso mutilado de la Diosa misma, caído por tierra a pocos pasos de distancia, y vestido de musgo y de hierbas silvestres. En aquel lugar habían pasado las primeras pláticas de amor entre Salvador y María, y, sin embargo, acercábase aquél sereno y repuesto a semejantes sitios, porque allí mismo había ido a desafiar importunos recuerdos, y allí mismo entendió dejarlos vencidos.

Alumbraba la luna desde la mitad de los cielos espléndidos y azules, cuando Salvador llegó a la fuente. Sus argentados rayos pasaban trémulos por entre los sauces que amparaban el manantial sagrado en otro tiempo, y con el leve movimiento de sus hojas fingían un encaje aéreo de reluciente plata que, al dibujarse en la rizada superficie del pequeño estanque, formaba un extraño mosaico, lleno de formas caprichosas y vagas. Reinaba alrededor silencio profundo, y sólo el monótono murmullo del agua y el

canto lejano y riquísimo del ruiseñor turbaban la calma de las soledades. Como nada se divisaba por allí, el monje se sentó sobre la estatua de la Diana, cuando un rumor semejante al del aura de la noche, sonó a su lado, y vio pasar a la maga que, sin reparar en él, se sentó a la orilla de la fuente y se puso a mover las limpias ondas con su mano. Maga debía de ser en verdad, porque ni su blanco y tendido velo, ni su estatura aventajada, ni su esbelto y delicado talle, ni su ropaje extraño eran de humana criatura. Levantóse Salvador como sobresaltado, y comenzó a observar los movimientos de aquella fantástica criatura, que vuelta de espaldas hacia él, pronunciaba al parecer misteriosas palabras, que se perdían entre el ruido de la fuente. Levantóse a poco rato, y encaminándose hacia donde estaba el abad, quedóse éste helado de un religioso terror, viendo delante de sí la virgen misma de su oratorio. Venía andando lentamente, y, cuando ya llegaba cerca, pronunció, con triste y apagada voz, estas palabras del Cantar de los Cantares:

—Sostenedme con flores, cercadme de manzanas, porque desfallezco de amor.

¡No era la Virgen! Salvador dio un grito de aquellos que hielan la sangre, y cayó sin sentido sobre la estatua de Diana.

Cuando volvió en sí, halló a la maga de rodillas junto a él, rociándole la cara con agua de la fuente. Levantóse entonces acelerado, quiso huir, y como si la mano del destino le sujetara, permaneció inmóvil mirando con ojos desencajados aquella blanca y melancólica visión, hasta que al fin exclamó con una voz que partía las entrañas:

—¡María! ¡María! ¿Por qué tu sombra en estas soledades? ¿Qué has venido a pedir a los hijos de los hombres?

—¿Quién eres tú —respondió ella con una particular sonrisa—; tú, cuya voz me trae a la memoria la imagen de mis pasadas alegrías?... Aquí mismo —continuó yendo y viniendo con desatentados pasos—, ¡aquí mismo fui tan alegre y tan dichosa! Pero todo pasó y hoy ando sola por medio de los bosques y en el silencio de la noche, como la sombra de los muertos, y la corona se ha caído de mi cabeza.

Salvador entonces fuera de sí, se acercó a ella y le asió una mano, sin que hiciese el menor ademán, antes le miraba con una infantil y prolija curiosidad.

—¡Esto es verdad! —dijo Salvador— ¡Mis manos estrechan esta mano!, esto no es un antojo de mi loca fantasía. ¿Con que eres tú, María, la misma María?

—No soy la misma —replicó ella con gravedad— porque antes era María la dichosa, la bien querida, y hoy soy María la desdichada y la llorosa. Y sin embargo —añadió con una loca alegría, harto más dichosa soy que antes, porque aquellas redes de hierro me ahogaban, y ahora respiro el aire de la mañana en las alturas, y veo ponerse el sol, y salir las estrellas, y me siento en la orilla de las fuentes a platicar con los ángeles que bajan entre los rayos de la luna para consolarme. Pero ¿quién eres tú, que me has hablado con palabras tan dulces como las del hombre que amé en mis primeros años?

—Es que soy yo, yo, Salvador, mírame bien, ¿no me conoces?

—¿Quién? ¡Tú, Salvador! —repuso ella palpando su cabeza— ¿Dónde están, pues, tus hermosos cabellos castaños? ¿Dónde tu arco y tus flechas? ¿Dónde tu arreo de cazador y la gentileza de tu persona?

Y luego añadió como reflexionando:

—Tú no puedes ser, porque Salvador baja también algunas veces en los rayos de la luna y trae una ropa resplandeciente, y no ese triste hábito que tú vistes.

—Está loca, ¡loca, Dios mío! —exclamó Salvador retorciéndose los brazos.

—¡Loca, loca! —repuso ella repitiendo maquinalmente sus palabras— Bien pudiera ser que lo estuviese, porque he llorado y sufrido tanto que las lágrimas han consumido mi juventud y mi alma.

Dicho esto púsose a caminar alrededor de la fuente, cantando en voz baja versículos de Job y de Jeremías. Traía vestido el hábito de las novicias de san Bernardo, y una corona de flores marchitas en la cabeza; estaba flaca, descolorida y macilenta; de tanta lozanía y beldad sólo quedaba el óvalo purísimo de su cara y sus rasgados ojos; y la Dolorosa del monasterio pudiera pasar por traslado de aquella marchita hermosura. Salvador estaba allí a un lado sombrío y amenazador.

—Según eso —dijo con amargura— mis meditaciones, vigiliyas y plegarias han sido incienso quemado en los altares de la tierra. Según eso, mis armas se han vuelto contra mí, y las piedras del santuario se han alzado para herir mi prosternada cabeza.

María pasaba entonces por delante de él cantando el versículo de Job:

—Hablaré con amargura de mi alma; diré a Dios "no quieras condenarme"; manifiéstame por qué me juzgas así.

—Tenía razón el santo Osorio —dijo el monje después de una breve pausa—, muerta estaba para mí, pero no para los pesares. Y yo la lloraba

perdida en las soledades del Nuevo Mundo cuando ella me llamaba quizá desde el silencio del claustro... Es verdad —añadió mirándola—, las penas han secado el tallo de la flor, y el soplo de la muerte se llevará sus hojas amarillentas, como el viento de la noche sus palabras desordenadas y dulcísimas.

La monja pasó de nuevo entonando el verso de Job.

—“¿Por qué me sacaste de la matriz? ¡Ojalá hubiese perecido para que yo no me viera! Hubiera sido como si no fuera, desde el vientre trasladado al sepulcro”.

Y en seguida se paró delante del abad, y dijo con voz apagada:

—“¡Oh, vosotros todos los que pasáis por los caminos, atended y ved si hay dolor semejante a mi dolor!”

Siguióse a estas palabras un profundo silencio, en que el eco lejano y distinto de las rocas repitió “¡semejante a mi dolor!”

—¡Oh!, sí —murmuró Salvador con voz sorda—; dolores hay que no caben en el corazón del hombre, y que sólo deberían llegar en las alas del ángel de la muerte.

María se había vuelto a sentar en el borde de la fuente, y miraba a la luna con distracción profunda. Recio combate pasaba en tanto en el alma del monje, y clara muestra daban de él su agitación incesante y viva, y las sombrías ojeadas que lanzaba alrededor.

—¿Qué he de hacer? —dijo por último en voz alta—. ¿Le he de abandonar cuando Dios la ha privado de su razón y el mundo de su amparo? María —añadió acercándose a ella—, es preciso que dejes este sitio y vengas conmigo.

Miróle ella fijamente y le contestó:

—Sí, iré tal, porque me hablas como quien se apiada de los infelices, y no me encerrarás entre las redes de hierro; ¿no es verdad? Mira, yo necesito ver los campos, las aguas y la luna, porque en su luz bajan los espíritus blancos que me hablan de mis pasadas alegrías.

Echaron a andar en silencio, y dado que la loca lo interrumpía alguna vez volviendo al cántico de las sagradas poesías, y se paraba a sacudir las gotas de rocío que a manera de líquidos diamantes colgaban de las ramas de los abetos, todavía llegaron a la puerta del monasterio, cuando no bien el alba comenzaba a reír. Paróse, sin embargo, la infeliz asustada, y dijo con desconsuelo:

—¿Sabes que me moriré si me vuelves a las rejas de hierro?

—Sí —respondió el abad con cariño; y por eso te llevo a unos campos llenos de flores y alumbrados por una luna resplandeciente.

Llamó en seguida al portero, y abrió esta la puerta de par en par; pero, cuál fue su asombro al ver aquel fantasma de mujer que cruzaba el ámbito de la portería con paso lento y triste ademán. Dio un grito de horror y se arrimó a la pared para no caer.

—¿Estáis en vos, padre Acebedo? —le dio el abad agarrándole.

—¡Ah! ¿Sois vos, padre nuestro? —respondió el asustado portero con indecible alegría— ¿Conque parece que vuestra paternidad la ha convertido al gremio de nuestra santa Iglesia?

—¿Qué estáis ahí hablando de conversión ni de Iglesia? —replicó el abad no poco enojado.

—Sí, padre nuestro, a la maga o bruja, o lo que es, que ha pasado por delante de mí...

—Necio sois en verdad; ¿no reparáis que es hermana nuestra, y que viste nuestro santo hábito? Está loca la infeliz, y sin duda se habrá escapado de algún convento.

—Tal vez estará endemoniada, y entonces entre los dos con sendos estolazos y conjuros la podremos librar del enemigo malo y...

Adelante pasara en sus remedios si una colérica mirada de su prelado no le atajase a lo mejor.

—Id —le dijo éste fríamente— y preparad el Retiro del Abad, porque allí quiero que descanse esta desdichada, que tal vez la soledad y el sitio la curarán harto mejor que vuestros consejos.

El pobre portero caminó a prisa para cumplir lo que se mandaba, no sin antes murmurar de la sabiduría de los prelados que siempre han de tener razón por más que a los súbditos les sobre.

El Retiro del Abad era la morada solitaria que había mandado construir el santo Osorio para pasar en ella los últimos días de su vida, y consistía en una reducida vivienda y una capilla en que se habían prodigado los primores del arte gótico. Dominaba esta graciosa fábrica la Hondona del Naranco, y a su vez, aunque más allá de la cerca de clausura, la enseñoreaban los negruzcos y descarnados peñascos que en el día sirven de límite occidental al Lago de Carucedo. Llegábase al pequeño edificio por un largo y frondoso emparrado, y desde sus miradores se divisaban los frescos y floridos vergeles de la abadía, las verdes colinas de los alrededores, y la masa grave y severa del monasterio; mientras a los pies, y en una

deliciosa hondura, se distinguían grupos de granados y cerezos, cuyos troncos desaparecían entre romeros y retamas, que por su parte hacían sombra a un reducido número de colmenas, cuyas abejas sin cesar susurraban entre las flores. El único árbol corpulento que allí crecía era un robusto castaño, en cuyo ramaje anidaban las tórtolas y palomas torcaces. En suma, era un sitio aquel que así se prestaba a los misterios de la meditación y del recogimiento, como a la contemplación de las escenas grandes y elocuentes de la naturaleza.

A este lugar condujo Salvador a María, y se separó de ella, diciéndole:

—Todo lo que ves puedes disfrutar y correr cuando quisieres; también la luna platea estas soledades, y aquí tienes un altar para pedir a Dios que vengan a ti esos ángeles que te consuelan.

Dicho esto, se alejó en compañía del padre Acebedo, que por su parte había cumplido con los deberes de la caridad trayendo del monasterio leche y frutas para alimento de la loca. Esta se había quedado contemplando la salida del sol por entre los montes del Oriente, sin echar de ver la falta de sus compañeros, que por su parte llegaron a la abadía sin hablar palabra; el abad, a causa de la tormenta que trabajaba su alma, y el portero amedrentado de su ceño y ademán sombrío.

Nuestros lectores se servirán volver atrás con nosotros, y recordar el día en que María y su desdichada madre salieron aceleradamente de Carucedo, sin que supiésemos quiénes eran, a dónde iban, ni qué propósitos eran los suyos. Hoy, que todos estamos enterados gracias al buen genio que acompaña la curiosidad de los historiadores, podemos anunciar que María era hija de un poderoso señor de Asturias, que don Alonso de Quirós se llamaba, y que de secreto se casó con nuestra Úrsula, doncella de buen linaje, pero tan inferior a su esposo en bienes de fortuna y en calidad, que toda su parentela se desabrió con él por demás, y comenzaron a denostarle sin recato ni miramiento. Tan adelante llevó las injurias un su deudo lejano, que don Alonso le provocó a singular combate; pero la fortuna, que tan ceñuda se le mostraba, tampoco de esta vez le favoreció, y quedó muerto en el campo, dejando a su mujer y a su hija de pocos meses cercadas de viudez y orfandad espantosas. Temiendo que Úrsula reclamase algún día la herencia de su hija, aquel linaje orgulloso la persiguió y vejó en tales términos, que la infeliz, abandonada de todos y por donde quiera rodeada de lazos y asechanzas, se vino a refugiar al valle de Carucedo, atraída de la fama de las virtudes del difunto abad.

Ya sabemos el triste fin de aquel descanso que imaginaba sólido y seguro, y que la pobre mujer, viendo a su hija expuesta a las persecuciones de un hombre desalmado y poderoso, huyó sin esperar consejo de nadie y en las de su terror, a buscar la protección de un caballero digno de este nombre, y que la amparase de sus perseguidores. Pero las tribulaciones habían minado su vida, y la muerte la sorprendió en un pueblo de las montañas de León llamado San Martín del Vallo. Con cuánta amargura cerrase los ojos esta desdichada, no hay por qué encarecerlo; baste decir que dejaba a su hija desamparada y sola en el mundo, y juguete de los malvados. Sin embargo, como a veces la fuente del consuelo brota en el arrenal mismo del dolor, aconteció que la abadesa de un convento de religiosas bernardas, que había en aquel pueblo, la asistió con todo el esmero de la caridad cristiana, y la prometió mirar por su hija, con lo cual murió más resignada, encargando a ésta que buscase en el claustro un puesto contra las tempestades mundanas.

María por su parte, vuelta en sí de tan acerbo golpe, declaró el estado de su corazón a la piadosa abadesa, su nueva madre, y esta mujer, compadecida de la pobre huérfana, envió un mensajero al venerable Osorio, pidiéndole noticias de Salvador en una carta recatada. Duraba todavía la guerra de Granada, y el buen religioso, postrado por una larga enfermedad, estaba ya abandonado por muerto cuando llegó el mensajero de la abadesa de San Martín. Viendo frustrado el objeto de su viaje, procura éste al menos, como discreto, indagar el paradero de Salvador, que para todos era un misterio. Sin embargo, como donde quiera hay gente que todo lo sabe, no faltó quien le dijo que los arqueros de don Álvaro Rebolledo le habían preso y asesinado en su fuga, en venganza de la muerte de su señor. Como quiera que sólo siniestros indicios recogiese en sus pesquisas, dio la vuelta a San Martín, y a los pocos días tomó María el velo, y profesó, cumplido su noviciado.

Este velo santo, empero, no calmó la fiebre de sus dolores; y aquel corazón que no concebía más que el amor, que sólo para amar había nacido, se secó cuando la esperanza se derramó de él como de vasija quebrada. Era, por cierto, sobrado recio el combate que sin cesar trabajaba a aquella tierna y delicada criatura; así es que su razón se resintió al cabo de poco tiempo y vino por fin a perderla del todo. Sin embargo, su locura era dulce y apacible, y de continuo hablaba de las alegrías perdidas, de las aguas y de la luna. Veíasela pasear a veces repitiendo versículos de los libros

sagrados, que aplicaba casi siempre a su situación, y sólo se mostraba placentera mirando al astro de la noche y comunicando, según decía, con los ángeles blancos que venían a hablarle de las esperanzas del cielo. Así se pasó mucho tiempo hasta que un día su demencia pareció tomar otro carácter más sombrío, y comenzó a llorar amargamente, quejándose de que aquellos montes la ahogaban, y diciendo que iba a morir. Estaba el monasterio de San Martín, asentado en un valle angosto, cercado de peñascos y de silvestre aspecto, y como su situación encrudeciese la manía de la loca, la abadesa determinó trasladarla al de San Miguel de la Dueñas, en el Bierzo, que todavía se levanta a orilla del río Boeza, en la feraz ribera de Bembibre, y en situación deliciosa. Aquel país ameno y pintoresco quietó por algún tiempo su ansiedad, pero poco tardó en decir que aquellas rejas la sofocaban, hasta que una noche escaló el muro de la huerta, y vagando por los montes, llegó al término de San Mauro, sin otro alimento que raíces y frutas silvestres.

Volvamos ahora a Salvador, que ceñudo, callado y a paso lento entró en la cámara abacial. Encerróse en su aposento, y paseándose desatentado y como loco, y poniéndose la mano sobre el corazón:

—¿Con que es verdad —exclamó— que siempre la he traído fija y clavada aquí como un dardo del infierno? ¿Con que a ella me encomendaba de hinojos ante los muros de Alhama, por ella lloraba en los bosques de Guanahaní, y delante de ella he venido a postrarme en el retiro del claustro? La piedra busca su centro, sin poderlo evitar; los ríos se arrastran al océano, y el hombre cumple su destino. En vano vela y despedaza su cuerpo, porque la hora llega y todo se acaba.

En realidad era su suerte en demasía miserable, y no es de extrañar que dudase y se desesperase.

De esta suerte se pasaron algunos días, y los monjes de San Mauro se preguntaban unos a otros:

—¿Qué tendrá nuestro buen prelado, que los ojos se le hundan, el rostro se le seca y de día en día se consume? ¿Para qué asistirá siempre al coro si acaso está enfermo, ni para qué caminará de esa suerte el primero por la senda de la penitencia?

Enfermo estaba en verdad, y no poco, porque su espíritu era un verdadero campo de batalla, y sus fuerzas desfallecían de tanto pelear. Al contrario, la monja se mejoraba y sosegaba de día en día, y muchas veces se le oía cantar con tono menos triste. Visitábala siempre Salvador en

compañía de algún religioso, y sus palabras, si bien llenas de dulzura, eran graves y comedidas. Verdad es que más tarde, y en la soledad de su celda, se revolcaba por el suelo como San Jerónimo en el desierto, pero sus monjes nada adivinaban; tal era su circunspección y reserva.

La fuga de María alarmó, como era natural, a las religiosas de San Miguel, y por todas partes despacharon avisos y mensajeros en busca suya. Uno de ellos, después de haber recorrido todas las montañas de la Guiana, llegó por fin a San Mauro y entregó al abad una carta, dándole además cuenta de su mensaje. Púsose aquél pálido como la muerte; pero reponiéndose al punto, respondió al mensajero que la religiosa extraviada estaba allí, pero que de tal modo adelantaba en el recobro de su razón, que había resuelto guardarla por unos días más, después de lo cual él mismo la acompañaría con dos monjes y la dejaría en su casa. Otro tanto dijo por escrito a la abadesa, y con esto despachó al mensajero, que, sin perder tiempo, dio la vuelta a San Miguel. Largo tiempo permaneció el abad sentado en su taburete, revolviendo en su encendida imaginación mil encontrados y locos proyectos, como quien está en vísperas de una de aquellas crisis tremendas que deciden de la vida entera.

—¡Eso no! —dijo, por fin, levantándose como un león herido—. Apartarla de mí es imposible. He registrado los lugares más secretos de mi corazón, y en ninguno encuentro fuerza para llevar a cabo tan horrible propósito.

Salí en seguida de la celda, y sólo y con acelerados pasos se encaminó al Retiro del Abad. No estaba en él María, pero al punto la divisó sentada al pie de un romero y cerca de una colmena, mirando con atención la actividad de las solícitas abejas. Llegóse a ella y le dijo:

—¡María, mírame bien! ¿No te trae mi voz a la memoria el recuerdo de tus días alegres?

—Sí —respondió ella con ingenuidad—; ya te lo he dicho otra vez.

—Pero, ¿no me conoces! —añadió él con ansia—. ¿No conoces a tu Salvador?

Midióle la doncella de alto a bajo con sus lánguidos y hermosos ojos, y le replicó:

—No; tú no eres Salvador, porque mi amante había nacido para llevar el arco de los cazadores o el casco de los guerreros y no el hábito de los monjes.

Salvador se quedó por un rato suspenso, y en seguida, con la velocidad del rayo, tomó el camino de la abadía. En verdad que si hubiera reparado en la escena que a su alrededor se ofrecía, tal vez hubiera reflexionado más

la extraña resolución que acababa de tomar, porque el cielo estaba cubierto de pardas y pesadas nubes, el aire caliente y espeso; los ciervos corrían bramando por las montañas, volaban los pájaros como atontados, y en las entrañas de la tierra oíanse una especie de rugidos sordos y amenazadores. Otra no menor tempestad, empero, rugía en el alma del desdichado, y así, sin hacer caso del trastorno que parecía amagar a la naturaleza, llegó a su celda, vistióse por debajo de su hábito el traje de cazador, ocultó asimismo entre sus ropas el arco y flechas y su gorra con plumas, y tomando en las manos su antiguo rabel, enderezó de nuevo sus pasos hacia la Hondonada del Naranco. Poco tardó en oírse entre las retamas el son del instrumento que acompañaba una canción de caza; y María, como si despertase del letargo de su locura, se levantó trémula, palpitante y escuchando con ansiedad, hasta que, por fin, exclamó:

—¡Salvador, Salvador!

Salió éste entonces con el gentil arreo de cazador, y la doncella, delirante y fuera de sí, vino a caer desmayada entre sus brazos. Mucho tardó en volver en sí, hasta que por último, repuesta ya, tornó a abrazar a Salvador, diciéndole con inefable ternura:

—¡Salvador! ¡Alma mía!

—¡María! ¡Amada de mi corazón! —respondía éste, cuando la gorra de cazador se le desprendió de la frente y descubrió la cabeza rasurada y el cerquillo de un monje.

La doncella, al verlo, desatóse de sus brazos como pudiera de los lazos de una serpiente—; miró con zozobra en torno suyo y vio el hábito de Salvador caído entre los brezos; reparó en seguida en su propio ropaje, lanzó una mirada errante y desencajada al convento, y como con aquel sacudimiento repentino recobrase su razón, mil ideas tan claras como espantosas se agolparon en su mente, y exclamó cubriéndose la cara con ambas manos:

—¡Oh, desgraciado, desgraciado! ¿Cómo has podido abusar así del infortunio de una loca ofrecida a Dios, tú que también has hecho tus votos delante de los altares? ¿Cómo has podido arrojar a tus pies ese hábito que para santificarte tomaste? ¡Vuélveme a mi claustro solitario y déjame morir con mi inocencia!

Salvador se quedó confuso y como anonadado por un rato, mordiéndose los labios y con los ojos clavados en tierra, hasta que con resolución desesperada le dijo, señalándole su hábito caído:

—¡Sí; lo he hollado porque me separaba de ti y porque todo lo atropellaría para llegar donde tú estás! ¿Sabes que después que te perdí he sido poderoso y afamado y que la nombradía y la riqueza me parecieron sin ti lodo despreciable? ¿Sabes que por huir de tu memoria me acogí como tú a un altar, y que el altar me rechazó y que el destino, con ímpetu irresistible, me ha lanzado a tus pies? Pues bien; ¡cúmplase mi estrella! ¡Ya nunca me separaré de ti, y al que quisiera dividirnos le arrancaría el corazón con mis manos!

En esto un bramido sordo se oyó allá en el seno de los montes, y la doncella dijo acongojada:

—¿No temes que la tierra se abra debajo de tus pies y que tus palabras te separen de mí por toda la eternidad?

Aumentóse entonces el ruido subterráneo, y el suelo comenzó a temblar bajo sus pies.

—¡Oh! —añadió la virgen con las manos juntas—; vuélveme al santo asilo de donde me arrancó mi locura, que tenemos al cielo irritado y la muerte nos cerca por todas partes.

—¡No! —respondió Salvador, ciego de amargura y de despecho— ¡Jamás me separaré de ti, y venga la muerte a sorprenderme a tu lado con tal que ruede yo en tus brazos por los abismos sin fin de la eternidad!

No bien acababa de pronunciar estas palabras cuando estalló el terremoto con la mayor violencia; vínose a tierra estrepitosamente el Retiro del Abad; cayóse igualmente la cerca de la clausura, y de los peñascos que enseñoreaban la hondonada brotó con fragor horrible una catarata semejante a las del diluvio, que se despeñó inundando y arrastrándolo todo.

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! —exclamó María cayendo de rodillas—. ¡Perdón para nosotros!

Tomóla Salvador en sus brazos y abalanzóse a subir el repecho; pero un trozo del edificio, que rodando venía, arrastró consigo a los dos desdichados, que desaparecieron bajo el remolino de aquella súbita inundación. Los monjes, asustados del terremoto y del estrépito de la catarata que ya invadía los sotos y la huerta del monasterio, salieron de tropel y subieron al Campo de la Legión, donde de rodillas y con las manos juntas rogaban a Dios. Aquel diluvio subterráneo continuaba en tanto vomitando su enorme columna de agua, y en menos de una hora ya toda la abadía presentaba la superficie turbia y alborotada de un lago tormentoso,

por donde de trecho en trecho asomaban las cimas de los árboles más altos y las torres de la iglesia, como los mástiles de un navío colosal sorbido por las olas.

Entonces fue cuando un extraño espectáculo atrajo las miradas de todos los monjes, y era que un ropaje blanco y negro, como sus hábitos, flotaba sobre las aguas como el manto del Señor cuando caminaba con pie enjuto sobre la mar irritada, mientras un cisne de blancura resplandeciente, alzándose del agua y posándose en la cima de las rocas de donde brotaba la inundación, cantó con una dulzura y tristeza infinitas como si a morir fuese; después de lo cual levantó el vuelo y se perdió en las nubes.

Acordáronse al ver esto del prelado, a quien algunos habían visto encaminarse al Retiro del Abad, y de la pobre loca; y sobre ellos y sobre la aparición del hábito y del cisne se formaron extrañas conjeturas que cada uno glosaba y coloreaba a gusto de su imaginación, si bien todos estaban acordados en que un gran pecado debió producir tamaño trastorno. De todas maneras, los monjes, consternados y privados de su asilo, se retiraron a Carracedo, rico monasterio situado en la ribera del Cúa; y en el país quedó la tradición que acabamos de contar.

Conclusión

Y es lástima en verdad que todo ello no pase de una de aquellas maravillosas consejas, que donde quiera sirven de recreo y de alimento a la imaginación del vulgo, ansiosa siempre de cosas milagrosas y extraordinarios sucesos; porque el asunto despojado de la hojarasca teológica de "mi tío don Atanasio el cura", que decía el barquero, y salva la flojedad y desaliño del curioso viajero, no deja de ofrecer interés. Por lo demás, *El Lago de Carucedo* tiene el mismo origen que la mayor parte de los otros, y lo único que le ha producido son las vertientes de las aguas encerradas en un valle sin salida. Por otra parte, es más que probable que ya en tiempos de los romanos existiese; porque las cercanías están llenas de vestigios de estos valerosos conquistadores, y suyo, y no de otra mano, parece el conducto subterráneo por donde esta hermosa balsa de agua descarga en el Sil parte de sus caudales y que desemboca por debajo del pueblo que llaman Peña Rubia. Tal es la verdad de las cosas, desnuda y fría; como casi siempre se muestra.

3. Viaje a una provincia del interior



I. Bergidum

Prólogo del viajero

Muchas son las plagas y desdichas que aquejan a España; pero una de las mayores consiste en los extraños juicios que fuera de sus confines se forman siempre que se trata de sus usos y costumbres, de su cultura y sus artes y, sobre todo, de la índole de sus habitantes. Extranjeros que, sin fijar apenas su atención y como de pasada, visitan las costas y países del Mediodía, se empeñan en no ver en los españoles sino árabes, un sí es no es amansados y dulcificados por el cristianismo, pero árabes, en fin, bravíos todavía y feroces, que no viven en tiendas por la sencilla razón de parecerles más cómodas las casas, ni beben la leche de sus camellas por la no menos sencilla de no haberlas. Algunos otros (si bien muy contados) que cruzan las Provincias Vascongadas y observan la noble altivez de los caracteres, la patriarcal sencillez de las costumbres, la limpieza, comodidad y alegría de las viviendas y su extraño cuanto sabio régimen interior, regalan a la nación entera estos preciosos dones, y a sus ojos la España es la patria y natural asiento de las libertades municipales, de las más respetables tradiciones históricas y de los usos más apacibles y benignos que imaginarse pueden. Por este raro mecanismo viene a resultar en último caso, que a no ser por una de sus muchas anomalías, andaría la Península aderezada con su turbante, que no habría más que pedir; o cuando no, se sentaría debajo de los árboles a elegir un gobierno y a danzar como los hijos de Guillermo Tell. Esto es España en la boca y obras de los concienzudos viajeros modernos. ¿Qué hacen de todas las provincias del interior y de su parte más occidental? ¿O no son para ellos España Castilla la Vieja, Extremadura, el reino de León y el de Galicia? ¡Raro suceso y ligereza inconcebible! ¡Olvidarse al tratar de una nación de los países que han sido cuna de su libertad y de su monarquía, y hablar de su espíritu, costumbres y creencias sin tener en cuenta la patria de Pelayo, de Jovellanos y de Feijoo! *¡C'est ainsi qu'on écrit l'histoire!*

Por lastimosa cuanto perjudicial que sea para nosotros tan errónea opinión, harto arraigada en Europa para nuestro mal, fuerza es confesar que sus autores merecen alguna disculpa. Hasta el día han sido tan escasos los medios de transporte y tan pocas las comodidades, que sin duda se necesitaba superior estímulo para arrostrar tamaños inconvenientes y todo el mundo sabe que, encaminándose generalmente los viajes más a la diversión que a la enseñanza, son muy contados los que se avienen con privaciones y estrecheces, propias más bien de peregrinos devotos que no de profanos y curiosos observadores. Por otra parte, acostumbrados al espectáculo de naciones ordenadas y compactas, ya por haber pasado encima de ellas el nivel revolucionario, ya por la energía y ciencia del gobierno que, extendiendo su acción con igualdad y prontitud, sabe asimilar aun sus más discordes elementos, poco tiene de extraño que clasifiquen y juzguen por inducción al pueblo español, sin comprender los vivos y fuertes matices en que se reparte y degrada su nacionalidad.

De las grandes comunidades europeas tal vez la nuestra es la única que presenta el ejemplo de un conjunto formado sin la fusión de las revoluciones o de las conquistas, pues harto sabido es que los reinos en que antiguamente se dividía la península ibérica han venido a reunirse bajo la mano y gobierno de un solo monarca, más por enlaces y alianzas que no por guerras y sumisiones forzadas. En esto consiste la poca eficacia de los vínculos que atan los miembros de este cuerpo; en esto las notables y profundas diferencias de sus provincias que tan curiosas y dignas de observación las hacen a los ojos del filósofo y del artista; pero que tan doloroso síntoma de indisciplina e individualismo ofrecen en una época de concentración moral y material y, por último, esta es la explicación de los yerros que cometen la mayor parte de los escritores extraños, siempre que para castigo de nuestros pecados nos toman por su cuenta.

Esta es su excusa, pero ¿cuál será la nuestra cuando con tanta incuria y abandono tratamos los legados de nuestra historia y las tradiciones de nuestros padres? ¿Con qué específico podremos paliar este síntoma aflictivo, este cáncer tremendo pudiéramos añadir con más exactitud aún, que así ataca y corroe las entrañas mismas de nuestra nacionalidad? No somos de los que llevan al campo de los hechos y de las cuestiones prácticas las ilusiones del deseo o los colores de la imaginación, ni pedimos a un pueblo que todavía lucha con los dolores de su parto político los grandes esfuerzos y duraderos monumentos que sólo nacen de la paz y de la fuerza

para crecer en el regazo de la verdadera y sólida cultura; pero entre tantas publicaciones como ven la luz del día, sin que sus ojos sean por cierto muy dignos de nuestro noble sol, ¿no se podían tener en cuenta nuestros recuerdos y las condiciones de nuestra índole individual? Esta afinidad de periódicos artísticos y literarios que sin más norte que una ganancia inmediata y ruin se han ocupado en traducir a roso y belloso ¿no podían adoptar siquiera una base nacional e indígena y cultivar nuestros gérmenes naturales sin empeñarse en aclimatar plantas que constantemente rechazarán nuestro suelo? ¿Tan poco digna de respeto es la bandera especial del pueblo español, tan menguado su sentimiento íntimo, que así se deja arrinconada aquélla entre las inútiles antiguallas y así se tuerce y desnaturaliza éste, como si fuese menester buscarle fuera pujanza y vida con qué existir y desarrollarse? La mayor parte de las publicaciones españolas, con leves y muy honrosas excepciones, prescinden de nuestra historia y de los monumentos de nuestras artes; de real orden se ha demolido y demuele y, cuando no, se deja caer lo que en pie queda después de tantas guerras y trastornos; lo pasado va hundiéndose en las tinieblas eternas del olvido: lo presente nos aflige y desconsuela: el porvenir está preñado de incertidumbres y temores y, sin un esfuerzo de las inteligencias elevadas y de los corazones generosos, pronto nos veremos como un bajel que encalla en una playa inhospitalaria y desierta.

Hacia el regazo feliz

Un viaje emprendido en este año desde la capital sólo por motivos de salud y esparcimiento del ánimo, nos ha inspirado todos estos pensamientos. De paso por Palencia, León y Astorga, hemos procurado observar lo que quedaba de su antigua grandeza y, al llegar a las risueñas montañas del Bierzo término de nuestra peregrinación, debemos decir en obsequio de la verdad que más acopio habíamos hecho de tristes ideas que no de sensaciones halagüeñas. ¿Quién habla en el día de la catedral de León y de los conventos de San Isidoro y San Marcos? ¿Quién, después de Ponz, ha vuelto a mentar la iglesia de Astorga con el asombroso retablo mayor, obra de Gaspar Becerra? ¿Quién, antes ni después, se ha acordado de este rincón maravilloso del Bierzo, de las raras propiedades y milagrosas riquezas de su suelo, de sus agraciados paisajes y variadas perspectivas, de sus interesantes monumentos y del sin fin de recuerdos que encierra? El padre Flórez, en su

España Sagrada, ha recogido datos y noticias preciosas, pero que al cabo apenas tienen relación sino con la historia y arqueología; y desde entonces todo ha quedado en silencio. Lástima grande por cierto, pues las artes y las ciencias a la par podrían, sin duda, ensanchar su esfera, registrando este país hasta el día olvidado si no ya desconocido. Tal vez la extraña formación de los montes y la disposición poco común de los terrenos harían dar un paso más a la geología en su nueva y gloriosa carrera. Tal vez la mineralogía ganaría algo en sus relaciones con lo presente y lo pasado, reconociendo el depósito inmenso de metales que encierran estas montañas y observando los gigantescos trabajos con que los romanos supieron beneficiar las ricas minas de Las Médulas, abandonadas en el día, aunque probablemente no agotadas. Acaso en la cumbre de estos cerros y en sus valles escondidos, un nuevo Lagasca⁸ encontraría medio de abrir a la España otro manantial de riqueza. Pero aun cuando por semejante camino nada llegase a adelantar el entendimiento humano, de seguro podría enriquecer su herencia en otros puntos no menos capitales. De seguro la arqueología encontraría ocasión de emplearse con provecho en el examen de los diversos objetos hallados en las ruinas de las poblaciones romanas. De seguro daría por bien empleado su tiempo y su trabajo el arquitecto que estudiase los restos que del género lombardo nos quedan todavía y, sobre todo, la curiosísima iglesia de Peñalba. Y, por último, el pintor que dibujase las vistas de Las Médulas, del apacible y hermoso lago de Carucedo, de la cuenca deliciosa de Vilela y del campestre anfiteatro de Corullón, de la frondosa ribera de Bembibre y de las fértiles orillas del Sil, si a esto añadía la perspectiva de sus castillos y conventos colgados unos sobre el abismo, señoreando otras lindas colinas y otros, por fin, asentados en verdes y risueñas llanuras, conocería que dentro de nuestro país hay un sustancioso y delicado alimento para la imaginación y que, en emanciparle de los eternos lagos de Suiza y de los no menos eternos monumentos de Italia, se le haría un servicio no pequeño.

De lo que no ha muchos años permanecía en pie, ha desaparecido ya gran parte; otra no menor de lo que resta está para seguirlo muy en breve. En cuanto a nosotros, que hemos nacido en el regazo feliz de esta tierra y

⁸ Gil rinde homenaje al científico Mariano Lagasca, director del Real Jardín Botánico de Madrid, quien compartió exilio en Londres con Espronceda durante la «década ominosa», entonces recientemente fallecido, en 1839. [N. del ed.].

pasado en ella los alegres días de la infancia, y los no tan alegres de la primera juventud, hemos creído justo dedicarle este leve testimonio de nuestro amor y recuerdos. Tal vez el torbellino de la suerte nos arrojará a una playa extranjera dentro de poco; tal vez la mano se helará cuando quiera coger de nuevo la pluma. El tiempo y las cosas pasan como las hojas de los árboles, sin que para ellos haya primavera vivificadora: ¡extraña manía la del pobre entendimiento humano que a toda costa quiere dejar estampada su huella en la arena movediza de su camino!

Vestigios romanos

De los pueblos que hasta ahora han aparecido en El Bierzo para eclipsarse en seguida, el romano es el que ha dejado vestigios más indelebles por la extraordinaria energía de que estaba dotado y los grandes pensamientos que abrigaba. Como frontera de los indomables astures, como punto de comunicación con Galicia y, en fin, como emporio de la mayor riqueza mineral que en aquellos tiempos se conocía, conservaba esta tierra, con el esmero que dan a entender los trozos de sus vías sembrados aún por varias llanuras, la línea eminentemente militar de fuertes que se extendía hacia Asturias y la cuidadosa elección de sitios para edificar sus poblaciones, que todas podían rápidamente comunicarse por medio de humaredas y lumbradas, telégrafos eternos, hijos de la naturaleza y propios de todas las edades.

A la izquierda del pueblo de Pieros, caminando a Galicia, se encuentra una espaciosa colina que, desde luego, cautiva la atención del viajero porque todas las de los alrededores tienen la figura cónica más o menos pronunciada, al paso que ésta aparece truncada y con una bellísima explanada en su cima. Crece la curiosidad y el interés al verla rodeada de algunos fragmentos de muralla vestidos de yedra, vides y zarzas, que parecen empeñados en contener el sucesivo y forzoso desmoronamiento. Son sus laderas fértiles viñedos que crecen en una tierra rojiza de muy buen tono y efecto y descienden a las riberas del Cúa y del Burbia por ambos lados en plácido y manso declive. En esta eminencia estaba situada la ciudad de *Bergidum*, capital de todo el distrito que de ella tomó su nombre y que Antonino menciona en su *Itinerario*, señalando la ruta desde Braga a Astorga. La distancia a que pone esta ciudad del pueblo en cuestión, los pedazos de muro que se ven en su circunferencia y las

medallas, monedas, lámparas, instrumentos de labranza, lápidas y armas que en él se han encontrado, manifiestan claramente su estirpe romana.

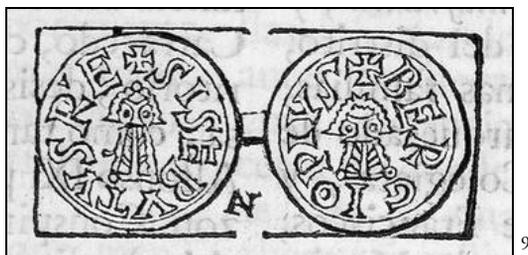
Aunque desde cualquiera parte de su falda que se mire esta extraña colina, al punto se conoce su hermosa situación, pues en el corazón de un país rico y variado se dibuja sola y orgullosa sobre el fondo del cielo, todavía se experimentan al llegar a su cresta sensaciones tan nuevas como deliciosas. Era una tarde de julio cuando, en compañía de dos amigos de aquellos que sin duda por su precio concede tan escasamente el cielo, subimos a ella. Un viento fresco del poniente movía las vides sobre los escombros del templo de Baco, el cielo estaba claro y diáfano, sólo unas nubes de color de plomo con vivas franjas de púrpura servían de lecho al sol que se ponía. A nuestros pies teníamos la villa de Cacabelos, el Cúa, que corría por entre sotos y arboledas fresquísimas, y la grande y blanca mole del monasterio de Carracedo. Un poco más adelante, Ponferrada, cubierta en gran parte con su magnífico castillo de templarios, se extendía por un hermoso altozano y, muy cerca de ella, se alzaban iguales como dos gemelos los castros de Columbrianos y San Andrés, antiguos campos atrincherados de los mismos cuyo polvo removíamos a la sazón con nuestras plantas. A la derecha se desplegaba la cordillera altísima de la Aquiana; el Sil, centelleante como una serpiente de escamas de oro a los últimos resplandores del sol, se deslizaba besando su falda y, al paso en su orilla derecha, llana y sosegada, se esparcían las praderas de Villaverde y Dehesas. En la izquierda, ya más quebrada y pintoresca, veíase desembocar el río Oza por la vega de Toral de Merayo. Rimor enclavado en un angosto valle, Priaranza vistosamente asentado en la cuesta, el castillo de Cornatel semejante a un nido de águilas colgado sobre un horroroso precipicio y, por último término, las tajadas cárcavas y caprichosos picachos encendidos de Las Médulas que a lo lejos parecen vivas llamas sin cesar alimentadas por una mano invisible. A nuestra espalda, aunque más reducido, no era menos agradable el paisaje. La cuenca deleitosa de Vilela dilatada a orillas del Burbia sus huertas y prados, sus campos de trigo y sus castaños, y a su frente, en un recogido seno de los montes subía, en lucida y desordenada gradería con sus higuerales y vergeles, el pueblo de Corullón coronado por un antiguo y alto castillo. Describir ahora todos los accidentes, la diversidad de tonos y la variedad de contrastes de este riquísimo paisaje excedería los límites de un bosquejo: baste decir que el paisajista más exigente no tendría motivo para quedar descontento. La plataforma tendrá

como dos mil varas de circunferencia. Su figura es ovalada más que redonda y desde ella se registra y domina todo el país.

Cuando bajamos de este maravilloso mirador donde nuestro silencio habló más que nuestras palabras, versó naturalmente la conversación sobre aquel pueblo de reyes que Dios mostró sobre la haz de la tierra para que la domeñase y juntase bajo su mando y disciplina y, de esta suerte preparada, recibiese mejor y más prontamente la divina luz del Evangelio. La sola elección del terreno en que fundaron a *Bergidum*, prueba muy bien la audacia de sus pensamientos y el poder de sus medios; porque la montaña debió de ser rebajada en su mitad para dejar su espaciosa mesa en el estado en que hoy se ve. Como centro administrativo y militar, nada deja que echar de menos al deseo; como punto a la vez saludable y pintoresco, apenas la imaginación acierta a trazárselo mejor y no titubeamos en decir que, si del lado del norte, en vez de los montes monótonos y cerrados que en el día se levantan, encontrase la vista la inmensidad del mar, sería sin duda uno de los más hermosos puntos del globo.

Bergidum resistió a las invasiones de los pueblos del norte y sin duda pereció en la irrupción de los árabes. Según el padre Flórez, duraba todavía en tiempo del rey nuevo Teodomiro y una rarísima medalla que inserta del rey Sisebuto, manifiesta que aún existía en el siglo VII.

Cuando después de la restauración de la monarquía se vuelve a mencionar este pueblo, ya se trata de su reedificación. Vivos los recuerdos y tradiciones de su grandeza, y prendados los reyes de su bella situación, intentaron varias veces restaurarlo, pero los monjes bernardos de Carracedo se opusieron vigorosamente y compraron del rey Fernando II y de su hijo don Alfonso IX la seguridad de que jamás se reedificaría.



⁹ Detalle de la “rarísima medalla” que menciona Gil, reproducida por el P. Flórez: “Yo tengo una Moneda de oro rarissima (si no es única) del Rey Godo Sisebuto, que

Don José Fernández Carús, abogado de Ponferrada, sujeto de instrucción y talento nada comunes, conserva en su poder una copia de estos documentos que no dejan de ser curiosos. Nada tenía de extraño en verdad que los religiosos con tal viveza solicitasen la perpetua desolación de aquel lugar, porque, además de pertenecerles su terreno, fácil era columbrar que el nuevo pueblo crecería como la espuma y bien pronto menguaría su autoridad y poder.

Villafranca, a despecho de una situación infelicísima, se había ido formando poco a poco al calor que le daba el tránsito extraordinario de peregrinos extranjeros que por el camino francés iban a adorar las reliquias del Apóstol Santiago y es seguro que el *castro de la Ventosa* (nombre con que, olvidado entre el vulgo el romano, había comenzado a designarse el collado de *Bergidum*) hubiera caminado con rápidos pasos por la senda de las mejoras y del engrandecimiento.

Batalla de Cacabelos

En este sitio se escribió durante la guerra gloriosa de la Independencia una sangrienta, si no principal, página de su historia¹⁰. El general inglés Moore, acosado en su retirada, más que por las fuerzas del mariscal Soult, por la indisciplina de su propio ejército, paró en Pieros el 3 de enero de 1809, resuelto al parecer a hacer rostro al enemigo. Envio más allá de Cacabelos cuatrocientos tiradores y otros tantos jinetes, ocupó el castro de la Ventosa, asentó una batería en la cuesta del camino real que media entre aquel pueblo y Villafranca, y en esta actitud aguardó a los franceses.

empezó a reynar en el año de 612 y en el reverso dice: BERGIOPIUS escrito con B el nombre del lugar, que según esto fue arruinado después de la entrada de los Árabes”, *España Sagrada*, 1764, p. 30. [N. del ed.].

¹⁰ La batalla de Cacabelos tuvo lugar el 3 de enero de 1809, seis años antes de nacer Gil, de modo que el suceso estaba fresco en la memoria berciana y, sin duda, en los recuerdos infantiles del autor, “que pudo obtener ciertos detalles de testigos oculares de la acción”, dice Picoche (p. 151), quien remite la documentación histórica empleada por Gil a la *Historia del levantamiento* del Conde de Toreno. La retirada de Moore y el combate han sido estudiados por Francisco González, quien da credibilidad al relato de Gil por ser “cercano a los hechos” [*Batalla de Cacabelos*, Ayuntamiento de Cacabelos, 2002]. [N. del ed.].

Al frente de su vanguardia venían unos cuantos escuadrones mandados por el hermoso y gallardo general Colbert. Receloso algún tanto del número del enemigo y de su ventajosa posición, mandó a pedir refuerzo al mariscal; pero éste le contestó secamente que avanzase sin aguardar a más. Herido en lo vivo con semejante respuesta, arremetió Colbert con furioso arranque, atropelló y volcó cuanto encontró al paso y desembocó como un torbellino por el puente del Cúa. Los ingleses que en esta embestida no cayeron prisioneros, se reunieron al punto a los que la previsión de su general había apostado en los viñedos que ciñen por ambos lados el camino y rompieron un vivo fuego a quemarropa, La artillería comenzó a jugar por su parte y los aldeanos, que con sus párrocos se habían encaramado a las alturas vecinas y que desde la guerra de Sucesión tal vez no habían oído disparar un fusil, aguardaban con la consternación pintada en el semblante el desenlace de aquel sangriento drama. Con el repentino y mortífero fuego que sufrían por el frente y los costados, desconcertáronse y arremolináronse un poco los franceses. Colbert, caracoleando en su caballo expuesto a las balas, a cuerpo descubierto y con el semblante colorado por la ira y el despecho, comunicaba las órdenes oportunas, exhortaba a todos con la voz y con el ejemplo y, para aparentar la calma y sangre fría que distaban de su agitado corazón, acariciaba una perra de aguas que no se apartaba de su lado. Algunos de los asustados espectadores de esta escena, que con la ayuda de los anteojos podían observarla minuciosamente, convienen en que la briosa actitud, denuedo y distinguida belleza del oficial francés merecían un pincel inspirado. Ordenados los suyos por fin, volvió a la carga con temerario arrojo y se encaminó en derechura a la batería; pero al llegar a la cuesta cayó muerto. Sobrevino a poco la división de infantería del general Merle, pero la batería que sin cesar jugaba y la noche que se venía encima a más andar, le estorbaron pasar adelante. Recogió, pues, el cuerpo de su malogrado y gentil compañero y acampó a la falda de aquellas eminencias.

Moore, en cuanto entró la noche, reconcentró sus fuerzas en la explanada del castro de la Ventosa, armó porción de tiendas, encendió sus fuegos y pareció dispuesto a mantener sus posiciones en el siguiente día. Los nietos de César pudieron oír entonces desde sus sepulcros el relincho de los caballos britanos y los acentos de la lengua del norte resonaron en los mismos sitios que habían escuchado los versos de Virgilio y las cláusulas de Cicerón. A las pocas horas, el general inglés mandó cebar de nuevo las hogueras y, sin alzar las tiendas, emprendió con tanto sigilo su retirada, que

las rondas del ejército francés sólo al amanecer la conocieron, cuando ya les llevaban considerable delantera. Trece días más tarde exhalaba sir John Moore su último aliento en La Coruña, después de haber peleado noblemente y salvado los indisciplinados restos del ejército que su país le confiara.

Este es el último suceso notable de que ha sido teatro el antiguo *Bergidum*. En el día ya son muy contados los trozos que quedan en pie de la muralla que ceñía la plataforma. De los edificios nada absolutamente se conserva, ya por haberse empleado el terreno en viñas y ya más especialmente por el abuso de autoridad de los monjes de Carracedo que, según informes de personas respetables, demolieron a fines del siglo pasado lo poco que todavía restaba, para utilizar la piedra. De sus reliquias se guarda aún en uno de los patios del monasterio un magnífico pilón de piedra berroqueña de una pieza, con un genio sobre su pedestal que tiene asidos dos cántaros. El color de la piedra y la corrección del dibujo claramente dan a conocer su origen. El tazón tendrá como seis varas de circunferencia.

Castros

Del camino que conducía desde *Bergidum* a *Interamnium Flavium* y Astorga, y al mismo tiempo lo ligaba con los fuertes o campos atrincherados que estaban sobre Columbrianos, San Andrés de Montejos y Finolledo perseveran todavía trozos muy lucidos en el campo de San Bartolo junto a Cacabelos, a la vera de la dehesa de Fuentes Nuevas y entre los pueblos de Cortiguera y Cubillos. Estos fuertes conservan todavía con poca alteración el nombre latino pues a todos los llaman *castros*. Perfectamente enlazados y en situación eminentemente militar, sin duda estaban destinados a celar y guardar la frontera de los belicosos astures y a mantener el país en obediencia. Aun desde lejos se nota una especie de corona alrededor de su cumbre, formada por sus fosos y trincheras que en lugares altos, poco frecuentados y menos expuestos a la acción de los raudales llovedizos de invierno han podido mantenerse sin graves alteraciones. En algunos de estos picos se distingue claramente todavía un recinto cuádruplo de cavas y paredes.

La construcción parece ruda y puramente bélica. El terreno está por nivelar y las piedras medio enterradas que guardan la forma de muro, no tienen liga ni argamasa de ninguna especie. La vista que desde estas alturas se descubre, se acomoda a la naturaleza del sitio, pues si bien de la parte de la llanura presenta una perspectiva risueña y agradable, del lado de los montes sólo ofrece un paisaje silvestre, solitario y oscuro.

Por lo que hace al pueblo de *Interamnium Flavium* que el *Itinerario* de Antonino sitúa en El Bierzo, sólo por conjeturas se puede venir en conocimiento de él. Vadeando al Boeza frente a la ermita de San Blas y caminando a Molina Seca, se encuentra a la izquierda un sitio llamado vulgarmente El Castro, plantado en el día de viñedo, pero que pudo muy bien ser en otro tiempo la *Interamnium* de que nos habla el *Itinerario*. El cultivo de las viñas, que en todo el país es esmeradísimo, ha alterado algún tanto la forma rigurosa de cono truncado en cuya planicie debió de estar la población, pero todavía se conoce claramente.

Desde *Bergidum* se divisa también este sitio y los que hayan observado el cuidado con que buscaban los romanos esta circunstancia que tanto favorecía su sistema de comunicaciones rápidas y seguras, no dejarán de dar importancia a este dato. Por otra parte, la cualidad de *interamniense* o 'entre ríos', cuadra perfectamente a este terreno por hallarse situado entre el Boeza y Valtejada. Y últimamente, la distancia a que el *Itinerario* lo coloca de Astorga, puede ser muy bien la que conviene a nuestro propósito, pues si es cierto que por el camino actual median entre ambos puntos algo más de ocho leguas, no lo es menos, según todas las probabilidades, que la antigua vía romana no seguía la misma dirección sino la de Paradosolana, que a la ventaja de mayor suavidad y abrigo reunía la de ahorrar distancia, en cuyo caso parece natural que fuera ésta la que señala el emperador de treinta millas o siete leguas y media. Sentimos que semejantes conjeturas, en nuestro entender no desprovistas absolutamente de fundamento, no encuentren más sólida confirmación en algún monumento arqueológico que las diese mayor grado de consistencia; pero, de todas maneras, el objeto de este trabajo se lograría por entero si la curiosidad de los inteligentes se despertase y se corrigiesen en provecho de la ilustración general los yerros que en él se hayan cometido¹¹.

¹¹ Noticias posteriores y una inspección más detenida del terreno nos han dado una certidumbre moral de que el pueblo en cuestión no podía ocupar otro sitio. Por una

Y ciertamente no sería menor premio llamar la atención de la Academia de la Historia y de su digno presidente sobre un país donde el general olvido y abandono le habrá impedido tal vez extender su correspondencia. Si así fuere, urgente es remediar la falta, y por nuestra parte estamos seguros de que encontrará personas que secunden sus miras con calor. Bien conocida nos es la escasez de medios a que está reducida esta corporación respetable, pero cuando no alcanzase más que atajar con su influencia el espíritu de vandalismo que puede desatarse aquí, como se ha desatado ya en otros puntos de la provincia, debemos creer que lo miraría como galardón cumplido de sus afanes. De ello avisamos aquí a sus individuos, como en lugar más oportuno daremos cuenta a los redactores y colaboradores de la *España monumental y artística* de otras cosas que sin duda cumplen a su noble propósito.

En un próximo artículo hablaremos de otras antigüedades romanas, enteramente distintas, que contiene El Bierzo en más abundancia quizá que ningún otro distrito de España.

Ponferrada y agosto de 1842.

coincidencia singular, ningún cerro del Bierzo se apellida castro sino los que tuvieron población romana y esto confirma nuestra conjetura, amén de la raíz latina del nombre. Además de *Bergidum*, descúbrese desde allí el castro de Columbrianos, por encima del Montearenas, con cuya circunstancia se añadía un eslabón más a la cadena de comunicaciones. Y por último, una porción de personas respetables nos han asegurado haber visto varias medallas romanas encontradas en aquella eminencia y por nuestros mismos ojos hemos examinado piedras y sillares que, aunque mutilados por el tiempo, todavía hablaban de los edificios a que habían pertenecido.

II. Aventura en las cuevas y pasadizos de Las Médulas

Prometimos hablar en el anterior artículo de un género nuevo de antigüedades romanas que abundan infinito en El Bierzo. Estas antigüedades son los restos que nos quedan de los trabajos empleados en beneficiar las minas de Las Médulas, que bien claro dicen la importancia que sus dueños sabían darles y el gran provecho que de ellas sacaban. Hablando Plinio de las riquezas que producía la España, dice lo siguiente: “De esta manera dijeron algunos que daban las Asturias, Galicia y Portugal, veinte mil libras de oro; pero que las Asturias producen la mayor parte. Y en ninguna parte del mundo por tantos siglos ha habido esta fertilidad de oro”¹². *Aurífera* llama también Floro la naturaleza de estas regiones y es cualidad que hasta el día no ha dejado de poseer.

Aunque, según la opinión más acreditada, los límites de la provincia *Asturica*, a quien Plinio atribuye tanta abundancia del precioso metal, no llegasen sino hasta la vertiente oriental de la cordillera de Foncebadón, no estamos distantes de creer que para su aserción incluyó en sus términos Las Médulas, por más que entonces perteneciesen a Galicia. No hemos recorrido los montes de Asturias, ni sabemos los vestigios que en ellos ha dejado la civilización romana, si alguna vez sus águilas volaron por sus más ásperas y enriscadas cimas, pero no hemos leído ni menos oído que ofrezcan un espectáculo semejante al de las montañas que por el lado del mediodía parten términos entre El Bierzo y Cabrera. Sin querer dar a nuestra ignorancia sobre el particular un peso que no tiene, porque sobrado se nos alcanza que en último lugar no pasaría de una prueba negativa, debemos creer de todos modos que una no pequeña parte de las veinte mil libras de oro que menciona Plinio salía de nuestras montañas.

El viajero que se dirija a Orense por la orilla izquierda del Sil, después de atravesar los fértiles pueblos de Toral, Villalibre, Priaranza, Santalla y Borrenes, se encuentra con un lugar de pobre y mezquina apariencia, situado en una especie de llano sembrado de innumerables montones de

¹² “*Vicena milia pondo ad hunc modum annis singulis Asturiam atque Callaeciam et Lusitaniam proestare quidam prodiderunt, ita ut plurimum Asturia gignat. Neque in alia terrarum parte tot saeculis perseverat haec fertilitas*”, Plinio, *Hist. Nat.*, lib. XXXIII, cap. 4, 78. [Véase Paz Díez, p. 165].

canto rodado negruzco y musgoso y a la raíz de una montaña de la más caprichosa forma que imaginarse puede. Cortada, en general, como a pico, revestida en su mayor parte de robles y castaños silvestres, surcada de profundísimos barrancos, descubiertos a veces sus costados de un encarnado vivo y crudo y coronada por picachos y torreones del mismo color, que ofrecen a la vista tantas figuras y accidentes como la fantasía puede forjarse, nada tiene de común con los montes circunvecinos: y se asemeja a un monumento levantado por la mano de una raza de gigantes, que sólo ha podido conservar algunos restos dignos de su grandeza en su lucha desesperada con la naturaleza y el tiempo. La miserable aldea es la que tiene el nombre de *Las Médulas* y la montaña es probablemente el *Monte Medúleo*, uno de los más ricos almacenes de oro que la naturaleza abrió a los romanos en este suelo testigo de su grandeza y de sus crímenes.

En pocas partes ha dejado el pueblo rey un testimonio más vivo y elocuente del atrevido espíritu, en cuyas alas volaba su pensamiento. Fecundas eran, sin duda, las entrañas de aquellos cerros, purísimo el oro que les brindaba, sano y templado el país que los cercaba y sereno el cielo que los cubría; pero la naturaleza se había empeñado en poner a su codicia un valladar insuperable, si alguno hubiera para ella. En el estado de las ciencias naturales, en aquel entonces, la mineralogía era tal vez la que más se resentía del común atraso. Plinio nos describe prolijamente en el lugar ya citado el método de que en su tiempo se usaba para obtener el oro; método verdaderamente primitivo pues tenía por base y principio el mismo lavado que si no en la forma, por lo menos en la esencia, emplean aún en el día las muchas mujeres que en el valle de Valdeorras ganan su vida sacando oro de las arenas del Sil.

Los *carriles* o canales romanos

Pero ¿dónde buscar las corrientes de agua necesarias para semejante procedimiento en un paraje alto y sin más raudales que los diminutos de las fuentes de los valles? ¿Aprovecharían los caudales del Sil que corre a bastante distancia, separado por alturas y hondonadas y a una profundidad extraordinaria? Esta era una empresa superior a las fuerzas mismas de los romanos. ¿Pondrían los ojos y la atención en el Oza, que riega el hondísimo Valdueza, o en el río de Cabrera, que poco más abajo desemboca en el Sil, ambos divididos por escabrosas cordilleras y a un

espantoso desnivel del lugar en cuestión? Pero este parecería un loco intento al que apenas podría dar cima el poder humano. Sin duda, los romanos no hubieron de calcular de la misma manera, antes remontando el curso de estos ríos, registrando las curvas y proyecciones del terreno y midiendo exactamente las alturas, hallaron que sus aguas podían venir a pulimentar y laborar cuanto mineral sacasen del seno de Las Médulas. Entonces contaron, sin duda, los rebaños de sus esclavos y la población que por fuerza habrían de diezmar los espantosos trabajos que iban a emprender, y tomaron el camino de las montañas de Cabrera y de la Aquiana.

Si alguno de los lectores ha cruzado estas cordilleras y visto su naturaleza peñascosa y ruda, las tajadas quiebras y profundos valles que las surcan, conocerá la penalidad infinita con que debieron abrirse los canales que, colgados en escarpadísimas pendientes, todavía hoy nos suspenden y hielan de pasmo. Sujetos a seguir en su dirección todas las inflexiones y desigualdades de los cerros, sus rodeos son mayores de lo que a primera vista parece y una distancia que por el aire apenas llegaría a dos leguas, tal vez pase de ocho o diez en la forma actual. ¡Dichosos los trabajadores cuando en aquellas agrestes y empinadas cuestas tropezaban con una veta de tierra por donde no se extendían los enormes bancos de piedra viva que las pueblan! Donde quiera que estos se presentaban, despedazábalos el pico lentamente hasta abrir paso al cauce por sus entrañas y en muchas partes se encuentran tan enteras las señales de estos trabajos, como si del día antes estuvieran concluidos.

Dividíanse ambas líneas en varios ramales, sin duda con el objeto de aprovechar cuantos manantiales encontrasen en su tránsito. Cuéntanse en Cabrera, según nos han informado, hasta siete cauces escalonados en la vertiente de las montañas que mira al norte y desde un punto que domina el pueblo de Orellán se divisan algunos todavía. La otra línea, repartida en menos conductos por llevar también algo menor cantidad de aguas, arrancaba de las alturas que dan cima al Oza, pasaba por encima del monasterio de San Pedro de Montes, torcía más adelante el paso por el valle de Villanueva y, después de seguir todavía algunos recodos, iba a desembocar en los lavaderos de las minas. Agradable debía ser la vista de todos estos raudales que como otras tantas cintas de plata culebreaban perdiéndose y volviendo a aparecer en los senos de aquellas montañas tan ásperas, solemnes y silenciosas. Desde las negruzcas y peladas rocas de

Ferradillo que enseñorean a la vez el apacible lago de Carucedo, las montañas y llanura de las minas y los sitios por donde venían aquellos milagrosos canales, debería aparecer este espectáculo en toda la deformidad y grandeza que imprimían a sus escenas y a sus obras las naciones antiguas que abrigaban la esclavitud como un síntoma necesario de vitalidad.

Semejantes empresas una vez llevadas a cabo debían agotar al parecer el ánimo y las fuerzas de los mismos señores del mundo; pero la naturaleza les disputaba sus dones con tal tesón que hubieron de continuar su esfuerzo todavía. El reducido llano que se extiende al pie de los montes y donde hoy está asentado el pueblo de Las Médulas, es una especie de cuenca circunvalada de montañas y que no ofrecía salida a las aguas que servían para el lavado del mineral. Forzoso fue, por lo tanto, abrírsele, y la profunda y terrible garganta de Balouta, cortada a pico como todavía lo publican sus paredes llenas de recortes y esquinas vivas y salientes, vino a coronar sus inmensas obras preparatorias.

Entonces fue sin duda, cuando, desembarazados de todos los cuidados preliminares, volvieron sus ojos al objeto de tantos desvelos y emprendieron la explotación de las minas en su acostumbrada escala. Los infelices que al morir extenuados de cansancio podían respirar el aire fresco de las cañadas y mirar por última vez el claro sol de España, sin duda encontraron más triste y estrecho sepulcro en las entrañas de los montes.

Por las galerías con *Ferrascús*

Gran parte de las galerías que los taladraban se han hundido, pero todavía quedan enteras y prolongadas infinidad de ellas marcadas con el mismo sello. La tierra parece de bermellón puro según lo encendido del color, y todas las señales son de un criadero abundantísimo de oro.

La última vez que visitamos estos lugares fue en el otoño de 1840¹³. El guía que debía conducirnos por los enmarañados laberintos subterráneos, era un hombre no menos extraño por su traza que por sus discursos. Pasaba ya de los sesenta, era seco, andaba un poco encorvado y en su semblante se traslucía aquella malicia y sutileza que viene a ser la cualidad dominante de los aldeanos de este país. Todo su atavío consistía en unos pantalones de

¹³ En otoño de 1840 Gil estaba en Madrid. Pudo ser en otoño de 1839 o, más probable, en primavera de 1840. Véase nota 3.

lienzo blanco, una chaqueta que llevaba echada por encima de los hombros y un pañuelo rodeado a la cabeza. Iba descalzo y, aunque cuando le mirábamos se apoyaba con más fuerza en su palo y deslizaba alguna indirecta sobre el estado de sus pies, el hecho es que con ellos desnudos caminaba sobre los erizos de las castañas y los garranchos de las malezas, como si pisara una mullida alfombra turca. El equipaje de su entendimiento no tenía menos de extraño que el de su persona, porque era hombre que sin duda con alguna expresión que había atrapado al vuelo a las pocas gentes instruidas que han ido a examinar estos parajes y con los consejos y cuentos de las viejas, había llegado a formar el más descomunal maridaje que imaginar se puede.

Hablaba del emperador Plinio que había tenido su corte en aquellos cotarros y barajaba moros y romanos en la más chistosa confusión del mundo. Díjonos su nombre de bautismo que a causa de las hazañas y diabluras de su juventud, un digno tío suyo su protector y maestro había trocado en el de Ferragús, que él por su parte, con su acostumbrado respeto a la exactitud histórica, había convertido en el de *Ferrascús*, más sonoro y significativo en su entender. Por muy dado que fuese a los estudios de la Historia, según se dejaba traslucir, algo más aficionado se mostraba a la metalurgia y, sobre hallazgos preciosos y sobre ocasiones de hacerse rico tontamente desaprovechadas, nos ensartaba a cada parada sendas y curiosas mentiras.

En compañía de este digno personaje y de algunos amigos, y bien provistos de luces y cordeles por si fallaba la ciencia topográfica del valeroso *Ferrascús*, comenzamos a trepar la montaña en una hermosa y clara mañana. Poco tardamos en vernos encerrados entre barrancos profundísimos, flanqueados de altas y tajadas murallas de barro colorado, coronadas con remates de caprichosas formas. Aquí se levantaba un castillete de la estrellada figura moderna, allí una atrevida pirámide redonda, elevada y aguda, acullá un torreón arruinado de un alcázar de la Edad Media y, algo más lejos, grietas y aberturas puntiagudas que se asemejaban a las afiligranadas ventanas de una catedral gótica. La tierra parecía profundamente atormentada: crecían los castaños silvestres en aquellas laderas inaccesibles y apenas se conocía más huella que la de los jabalíes que venían a roer su fruto. Preguntamos a nuestro guía la causa de este fenómeno y nos lo explicó tanto más lisa y sencillamente cuanto que no tuvo que implorar la ayuda del *emperador Plinio*. Las galerías que se

han ido hundiendo, han ofrecido a los torrentes de invierno un cauce tan estrecho que, aprisionados en él, han doblado su fuerza y cavado al fin unas cárcavas de extraordinaria profundidad; pero como las cepas de las bóvedas subterráneas quedaban en pie, ha resultado que ganaban en elevación lo que los barrancos en hondura y que, modificados sus restos por los diversos accidentes del hundimiento y luego por el sol, el viento y la lluvia, han llegado a presentar el fantástico aspecto que hoy las distingue.

Reconocido de esta suerte el terreno, entramos en las galerías que aún se conservan y las examinamos atentamente. Son la mayor parte de gran altura y algunas tienen una forma puntiaguda que les da cierto aire de semejanza con las naves de las catedrales góticas. La montaña está surcada y abierta en mil direcciones distintas y estos trabajos guardan cabal consonancia de atrevimiento y de grandeza con lo que ya conocen los lectores.

Cansados por fin de vagar por aquellos oscuros callejones, dirigímonos a una claridad que se advertía en el fondo de uno. Era una abertura de forma irregular con una mata de roble en su orilla por donde entraba el sol del otoño. El que iba delante se asomó a la rústica ventana, pero retrocedió sin color y turbado no sin razón, a la verdad, porque había visto a sus plantas el abismo. Era un despeñadero de más de doscientos pies perpendicularmente cortado, y los castaños del valle parecían albahacas, cabras los bueyes y muchachos los hombres que se ocupaban en recoger la castaña. El costado del derrumbadero que teníamos enfrente y a pocas varas de distancia, se asemejaba al nuestro pero las lluvias le habían adornado con labores confusas de barro que parecían unas plantas exóticas incrustadas en él. En el marco de aquel extraordinario mirador estaban grabados varios nombres, de sujetos conocidos del país y algún otro extranjero pero casi todos borrados ya. A instancias de *Ferrascús*, pusimos también los nuestros que las lluvias del invierno siguiente no dejarían de lavar, privándonos así del consuelo de que algún pastor los rayase con su cayado después de deletrearlos torpemente.

Frustrado así nuestro propósito de encontrar salida por esta parte, tuvimos que deshacer lo andado y buscarla por algunos agujeros prolongados, estrechos y en cuesta que un amigo llama con cabal exactitud buzones. Arrastrando como culebras salimos uno por uno a ver la luz, pero esta natural satisfacción se enturbió no poco a vista de un sendero de dos pies escasos de anchura, flanqueado de dos precipicios semejantes al de la

ventana que era preciso atravesar. Atravesámoslo por fin, no sin temor de que algún perdiguero de los que llevábamos nos hiciese dar un esguince que pudiera conducirnos al fondo en no muy grandes pedazos y nos sentamos en un ribazo a descansar y disfrutar del magnífico panorama que delante de nosotros se desplegaba.

Vista panorámica

Teníamos a nuestra derecha la risueña llanura del Bierzo que, cubierta por una ligera neblina y terminada por una cadena de azuladas montañas, parecía al primer aspecto el mar con un horizonte de nubes. Observando un poco más, se divisaban sus pueblos y sus ríos, sus praderas y viñedos, sus llanos y colinas, la explanada del antiguo *Bergidum* y los conventos de Carracedo y de Cabeza de Alba con sus contornos y perspectiva general extraordinariamente suavizados por aquel transparente vapor que los envolvía.

Casi a nuestros pies, el tranquilo lago de Carucedo parecía un verdadero espejo pues en sus aguas se pintaban las blandas colinas y encinas viejísimas que lo cercan, con sus naturales formas y colores, sin que el soplo más fugaz viniese a alterar su esmaltada y reluciente superficie. Y luego, enfrente y como para contrastar con estas escenas tan sosegadas y llenas de quietud, veíamos de perfil y como en esqueleto las despeñadas cárcavas de las minas, sus tonos crudos y ensangrentados, sus senos cuarteados y rotos y las naturales fortificaciones de sus picos, que todavía parecen sobrevivir a la ruina universal para abrigo y morada de los espíritus errantes de sus antiguos amos, verdadera raza de Nemrod que desafiaban al tiempo con sus obras y al cielo con sus delitos. Los destrozos causados por la mano de los siglos realzan la escena y la miseria, soledad y abandono presentes corresponden a la pasada opulencia, animación y vida. Aquel Mario tan grande entre los últimos romanos, sentado en las ruinas de Cartago, se nos vino a la imaginación y el tropel de reflexiones amargas, que siempre inspiran las severas lecciones de la Providencia y del tiempo, nos atajó por muchos minutos el uso de la palabra.

Todavía teníamos por ver la ruina llamada de Orellán por estar abierta en una montaña que domina este pueblo. Echamos a andar por un canal seco que venía por el costado de la cordillera y que todavía está a trozos tan

entero como el del Manzanares. Más de medio cuarto de legua caminamos por él, no sin admirarnos de su solidez, e internándonos en un país enteramente áspero y montaraz, llegamos por fin a la boca de la mina. Desde ella se alcanzaban a ver todavía otros dos o tres cauces de los que traían las aguas de Cabrera, llamados impropriamente carriles por los naturales, abiertos a diversas alturas y que se perdían en uno de los muchos recodos de aquellos cerros. Como la entrada de la mina estaba casi del todo obstruida, tuvimos que emplear para introducirnos el mismo medio que habíamos usado para salir de la anterior, es decir, el de arrastrarnos. Encendimos las luces y procedimos a un registro.

De las galerías que se conservan, ésta es, con razón, la más famosa por su extraordinaria extensión y anchura. La bóveda es perfectamente semicircular y el piso está formado de una arcilla ligeramente humedecida que proporciona un pavimento cómodo y mullido. Las infinitas gotas de agua filtrada que pendían de la bóveda o asomaban a las paredes, heridas por las luces, asemejaban una inmensa pedrería compuesta de diamantes, esmeraldas, zafiros y rubíes, y la oscilación de las velas y nuestros continuos movimientos les prestaban unos cambiantes y colores que robaban la vista.

El aire era grueso y húmedo, la oscuridad semejante a la que nos pinta lord Byron en su poema de las *Tinieblas*¹⁴, y el buen *Ferrascús*, que con su escaso traje blanco y su cuerpo compuesto al parecer de raíces, según era de flaco, iba delante a cierta distancia con una vela encendida en la mano y envuelto en su moribundo resplandor, parecía el alma en pena de algún hambriento esclavo que andaba en busca de las sobras del festín de sus señores.

El buen hombre, que hasta entonces había tenido la prudencia de no mentar fantasmas ni apariciones, hablaba entonces de ellas con frecuencia y, en el estudiado desprecio con que las trataba y en las bravatas que vertía, mostraba bien a las claras y con gran diversión nuestra que no las llevaba

¹⁴ “El mundo estaba vacío, lo abundante y lo poderoso era un terrón, / sin estaciones, sin hierba, sin árboles, sin hombres, sin vida / un terrón de muerte, un caos de dura arcilla (...) los vientos se marchitaron en el aire paralizado, / y perecieron las nubes: no las necesitaban / las tinieblas: ellas eran el universo”, *Darkness*, lord Byron, 1816. Enrique Gil era lector devoto de Byron, a quien cita con frecuencia y cuando viaja a Berlín lleva consigo el *Childe Harold*. Este poema apocalíptico describe el futuro de la humanidad cuando el sol se extingue. Comienza con el verso *I had a dream...* y ha inspirado a poetas, músicos y cineastas. [N. del ed.].

todas consigo. Por nuestra parte, aunque de cierto hubieran salido, acostumbrados a la facha grotesca de nuestro guía, ninguna impresión nos hubieran hecho.

Durante un largo trecho la galería no tiene más que un ramal, pero al fin de éste se encuentra una plazoleta, desde la cual arrancan varios, que luego se subdividen por su parte. Aquí atamos nuestro cordel a un canto grande con suma desaprobación de *Ferrascús* que llevaba muy a mal la poca fe que poníamos en sus protestas y experiencia; pero había entre nosotros quien se acordaba de una aventura sucedida a ciertas personas conocidas del país, que, después de andar todo un día perdidas por aquellos laberintos con su guía, sólo debieron su restitución al mundo de los vivos a un pastor que acertó a pasar por un despeñadero al cual daba una abertura de la mina y que, según sus instrucciones, trajo todo un lugar en su auxilio.

La escena nos parecía mejor para contada que no para pasada y por eso fiábamos más del expediente de Ariadna, que no de nuestro hombre. Echamos por el ramal de la derecha y, después de recorrer muchos subalternos, llegamos por fin al que tuerce en dirección a Orellán y que está enteramente inundado. No pudimos calcular su extensión, pero nos aseguró nuestro cicerone que se oía desde él el canto de los gallos del pueblo en cuyo caso deberá ser muy largo. Atajados así en nuestras investigaciones, hubimos de volvernos por los pasos que habíamos traído, y ya a la boca de la mina se nos ocurrió experimentar la elasticidad del aire con nuestras escopetas. Disparamos, en efecto, varias veces y cada explosión parecía la de una pieza de artillería, que, perdiéndose y quebrándose a lo lejos por aquellas concavidades, figuraba un sordo temblor de tierra. Salimos enseguida a la luz, que ya teníamos ganas de ver y, después de haber comido con apetito, bajamos por una senda de cabras que era un zigzag, continuando a la aldea de Las Médulas, que cruzamos de largo en busca de otra mina llamada la Palomera, cercana a Salas de la Ribera.

La Palomera

Está abierta en peña viva y ha sido bautizada con el nombre que tiene a causa de la infinidad de palomas que en ella se albergan. Dícese en el país que era de plata, pero como el agua que la encharca llega hasta la entrada misma, nuestras observaciones no fueron de provecho alguno. Sólo vimos y tomamos un poco de ocre finísimo del que había bastante abundancia a

orilla del agua. Cerca de la Palomera y en el terrible desfiladero de Balouta, hay una gruta llena de bellísimas estalactitas que figuran gran porción de musgos y otras plantas petrificadas, teñidas todas de frescos y vivos matices.

Aquí tuvimos el disgusto de separarnos de nuestro buen *Ferrascús* que nos hacía muchas protestas de agradecimiento por haber provisto a la desnudez de sus pies, aunque no faltaba entre nosotros algún descreído que afirmaba que la perspectiva de la taberna era la que así le desataba la lengua y alegraba el corazón.

Los restos de la población romana han desaparecido enteramente y ni aun por tradición se sabe exactamente su sitio; pero, además de las obras ya mencionadas, hay vestigios que no se borrarán tan pronto. Los inmensos montones de canto rodado que cubren la corta llanura de Las Médulas, atestiguan el ahínco y constancia de aquellos trabajos y no menos lo prueban los amontonamientos de tierra hechos cerca de la orilla meridional del lago de Carucedo. A poca atención que se ponga, fácilmente se conoce que aquella especie de collados no son de formación geológica, sino artificial, porque como las capas no tienen entre sí cohesión natural alguna, las aguas invernizas las han minado fácilmente, separándolas por zanjas profundas que en ninguna de las colinas cercanas se observan.

Con estas señales dejó marcado su tránsito por esta tierra el pueblo rey. El tiempo ha revestido sus ruinas de su severa y tremenda majestad y en el día tan curioso estudio ofrecen al mineralogista y al geólogo, como desconocidas y sublimes escenas al dibujante. La vista de las minas por detrás tendrá poco semejante en el mundo entero porque no es fácil reunir todos los accidentes naturales y artificiales que han concurrido a darle su raro aspecto. Por nuestra parte, no hemos leído ni oído cosa igual.

Y ya que la ocasión se brinda tan oportunamente, llamaremos sobre este país la atención de las infinitas gentes que van a buscar en las entrañas de la tierra el aumento de su fortuna y el ventajoso empleo de sus capitales. Sepan, porque muchos habrá que lo ignoren, que en este país son infinitos los manantiales de aguas minerales; que sólo de las arenas auríferas que el Sil arrastra, se alimentan muchísimas personas y que las minas de las Médulas, de la Chana y la Palomera, abundantísimas en sus respectivos metales, están dentro de un radio de una legua. El sol no sale en Cartagena para ponerse detrás de Sierra Almagrera.

Desde los romanos acá nadie ha escarbado siquiera la superficie de esta tierra; a poco tiempo se encontrarían obreros en abundancia y jornales baratos y, en nuestro entender, no tendrían motivos para arrepentirse. Piénsenlo bien y vengan a cerciorarse por sus ojos de que cuanto llevamos dicho no es más que una parte de lo que hay y tal vez no la mayor. El distrito se lo agradecería muchísimo pues sólo a la sombra de grandes empresas puede remediarse el grave síntoma de postración que le aqueja, la dispersión y subdivisión infinita de los capitales. De esta suerte podrían abrirse los caminos y comunicaciones, de que tanta necesidad tiene un país a quien su misma fertilidad ahoga y empobrece, y la provincia entera ocuparía el lugar a que la llama su situación, las propiedades de su suelo y el natural despejo de sus habitantes.

NOTA. Recientemente se ha formado en El Bierzo una sociedad minera a la cual, sin excepción, todos han prestado su apoyo. La idea no ha podido ser más popular. ¡Ojalá que los resultados correspondan a esta idea tan noble como beneficiosa para el país!¹⁵

¹⁵ Las minas de plata de Sierra Almagrera también fueron explotadas por los romanos; pero la cita de Gil no es ociosa: sus lectores de *El Sol* sabían que en aquellos años la actividad minera había renacido en Almagrera y era reciente una ley del Gobierno prohibiendo la exportación de galena, por lo que el asunto estaba de actualidad, como prueba la nota regeneracionista con la que nuestro autor cierra su artículo. La empresa minera a la que se refiere Gil era *Sociedad Berciana*, “que explotó, a partir de 1842, una mina de plata que abandonó pronto por ser el mineral de mala calidad” [Picoche, pp. 182-183]. Al año siguiente, en 1843, el empresario ponferradino José Fernández Carús –“sujeto de instrucción y talento nada comunes”, dice Enrique Gil en el primer artículo del *Bosquejo*– inicia la explotación de carbón en Vitoria. Cincuenta y cinco años después, en 1897, Castaño Posse reitera la idea de Gil y abandera una nueva explotación del oro nativo con gran optimismo: “Hace pocos días un muchacho encontró en Ancares una pepita de oro puro que pesó cuatro onzas”. [*Cuatro palabras sobre El Bierzo*, eBooksBierzo, 2013]. Pero el “ensueño de Gil”, como dice Picoche, no se cumplirá hasta la *Nueva Vizcaya* de Julio Lazúrtegui, en 1918.

III. El Valle del Silencio y la Tebaida berciana

Las memorias que los bárbaros sucesores de los romanos dejaron en El Bierzo son también numerosas, si bien en su mayor parte se ligan al orden religioso. El monasterio de Compludo, el primitivo de San Pedro de Montes y el de San Félix Visuniense fueron fundados por San Fructuoso, vástago de la estirpe real de los godos; y de otra porción de monumentos de esta clase y de santos que los poblaron e ilustraron con sus virtudes, se conservan recuerdos bastante claros. Pero las devastaciones consiguientes a la irrupción de los moros, la ausencia de los sacerdotes y la fuga y espanto de los fieles, fueron causa de que viniesen al suelo todas las obras levantadas por la piedad de los príncipes y señores godos. Nada de este período se conserva que pudiera suministrar alguna luz sobre sus artes y cultura y, a no ser por los instrumentos que en los archivos de la catedral de Astorga y de los monasterios restaurados se guardan, ni sospecharíamos quizá su existencia.

Cuando los españoles arrinconados en las montañas del norte volvieron en sí y, despertando el innato valor, fueron reconquistando con el acero la herencia de sus padres, todo el territorio actualmente comprendido en la provincia de León fue el primero tal vez que se arrancó de las manos de los infieles; pero en tan azarosa época era muy común ganar y perder sucesivamente varias veces una plaza en un breve espacio de tiempo. En cada una de estas vicisitudes, la población o perecía bajo la cuchilla del vencedor o solía en gran parte emigrar cuando las capitulaciones se ajustaban sobre bases más humanas; pero de todos modos, alternativas tan dolorosas y frecuentes hacían mediar generalmente mucho tiempo entre la reconquista de un territorio y su repoblación.

Por todas estas razones, El Bierzo debió de estar mucho tiempo en manos de la soledad y del abandono bastantes de por sí para dar al traste con obras en que probablemente la rudeza de la edificación no había asegurado duración dilatada. Aun recobrada esta tierra y asentado en ella con alguna solidez el poder de los cristianos, ocupados los ánimos exclusivamente por las artes de la guerra, mal podían emplearse en las que son hijas de la paz y del orden; de manera que hasta el siglo IX y X la arquitectura no comenzó a dar señales de vida.

Nadie duda en el día que, sin la providencial organización del catolicismo, el caos de la Edad Media se hubiera prolongado indefinidamente y que en el altar se encendían las luces que iban guiando al mundo por la obstruida senda del progreso. Nadie duda que la unidad teocrática, única posible en aquel revuelto orden de cosas, fue el estandarte y la lumbrera del mundo; pero si alguno hubiera que vacilase todavía en adoptar semejante opinión (dado que nombre de tal merezca un axioma histórico), fácilmente disiparía toda clase de incertidumbre la vista de este país. Los monasterios fueron los centros de su resurrección moral y material; a su sombra se alzaron los pueblos, a su impulso se desmontaron los bosques, se abrieron caminos, se cruzaron ríos y se animaron los desiertos.

Ponferrada se formó en un principio alrededor de un puente fabricado por el obispo Osmundo sobre el Sil en el siglo X y luego llegó a ser población y fortaleza de importancia bajo los templarios. Villafranca nació de una ermita levantada por unos sacerdotes de Cluny que administraban los sacramentos a los infinitos peregrinos que iban a Santiago. Carracedo, Vega de Espinareda, San Pedro de Montes, Peñalba y otros pueblos han crecido a la raíz de sus monasterios como otros tantos retoños; y si montañas inaccesibles y valles desiertos abrieron su seno a la cultura, si las artes y el saber han derramado sus resplandores divinos aun en medio de sus oscuras soledades, es porque las órdenes religiosas desenvolvían ya entonces, aunque imperfectamente y atendiendo principalmente al orden moral, las milagrosas fuerzas hijas del espíritu de asociación.

Del siglo IX hasta el XI datan los monumentos más notables de este país. San Genadio, obispo de Astorga, reedificó a San Pedro de Montes en 895. Salomón, su sucesor, levantó la iglesia de Peñalba por los años de 933. La bailía de los templarios de Ponferrada llegó en el siglo XII a un esplendor extraordinario y en el mismo siglo el rey Alonso VII y su hermana la infanta doña Sancha fundaron de nuevo y ensancharon el monasterio de Carracedo con su bella iglesia. Las de igual género que se ven en Corullón, Villafranca y Otero de Ponferrada tienen todas sin duda la misma fecha. Hablaremos de estos monumentos, aunque brevemente, según su orden cronológico.

Valle del Silencio

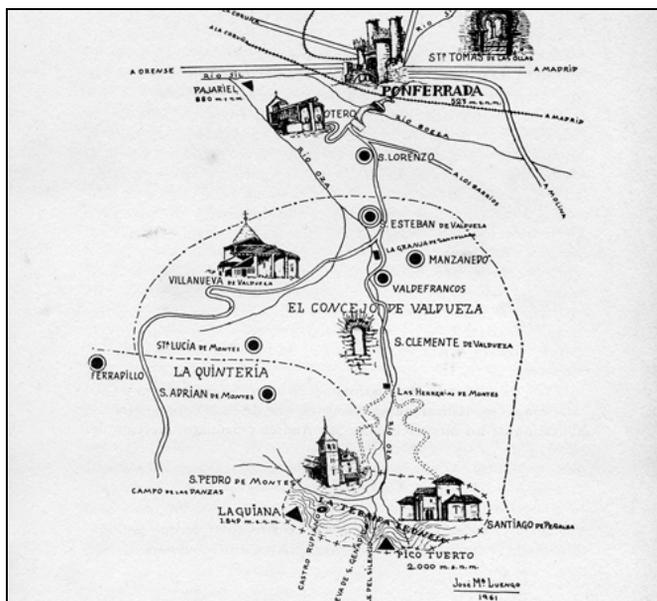
El camino que conduce desde Ponferrada a San Pedro de Montes está adornado de todas las bellezas y accidentes graves, terribles y risueños propios de un país montañoso. El Valdueza o valle de Oza, por cuyo fondo corre este río, presenta desde San Esteban una faja de frondosidad y frescura infinita, pero sumamente estrecha, flanqueada en ambas orillas por dos cordilleras que le aprisionan hasta su fin.

Las huertas y prados, los frutales y árboles silvestres, los emparrados, que a veces extienden sobre el camino su rústico dosel, y los pueblecitos que a cada paso se encuentran a la margen de aquel río tan cristalino donde se ven las truchas deslizarse sobre las guijas y ocultarse en las raíces de los árboles, entretienen agradablemente al viajero. Pero si por casualidad alza la vista, la estrechura del paisaje le acongoja y conoce que, aunque embalsamado, respira al cabo el aire de una prisión. Afortunadamente semejante reflexión rara vez ocurre al que cruza de paso estas honduras, porque son tantas sus gracias y variedad que la vista se da por satisfecha con tan lindos cuadros.

En el último tercio del valle el camino se aparta de él y sube a la montaña. Allí comienza la soledad con sus peculiares escenas y sensaciones. Los ruidos del valle se apagan, desaparecen los pájaros de sus jardines, el silencio es el único señor de aquellos ásperos collados y solamente se percibe, confuso y quebrado por los ecos, el rumor sordo y monótono del Oza que corre por aquella angostísima garganta a una profundidad tremenda. Crecen los matorrales con pujanza y el camino que en las revueltas de los cerros y bajo sus sombras se oculta, da al país el aspecto ciego y enmarañado de aquella *selva selvaggia ed aspra e forte* que Dante encontró en la mitad del camino de su vida. El *Valle del Silencio* que a la izquierda se extiende es el único paisaje por donde puede espaciarse la vista del viajero pero al punto desaparece y los mismos empinados montes y el mismo río con su voz lejana y doliente vuelven a derramar en su alma la anterior impresión de melancolía.

Por este desierto a la sazón horrible, dirigió sus pasos en el siglo VII un godo de sangre real en busca de aquella quietud interior que aun en el monasterio de Compludo, fundación suya reciente, huía de su ánimo. Cerca de las fuentes del Oza, en el seno más apartado de aquellas asperezas, en un precipicio colgado sobre el río y debajo de un fuerte o castillo

romano destinado a proteger las líneas de canales que ya dimos a conocer en el artículo anterior, encontró por fin san Fructuoso un paraje acomodado a su intento y allí fundó el monasterio de San Pedro de Montes. Con la irrupción mahometana, abandonado de los fieles, se vino a tierra y, cuando tres siglos después quiso volverlo a su antigua fama y santidad san Genadio, obispo de Astorga, sólo encontró un montón de escombros, zarzas y malezas en el antiguo jardín de la esposa del Señor. Reedificó el convento y la iglesia, “más con el sudor propio y de sus compañeros que con la opresión del pobre”¹⁶, y no contento con esto levantó más tarde otro mejor y más digno templo.



17

La elección del sitio no podía ser en verdad más acertada para los pensamientos severos de aquellos anacoretas, y la sensación que produjo en nosotros el monasterio con su aldea en una tarde nublada y lluviosa es de aquellas que tarda mucho en borrar la mano del tiempo. A vista de aquellas montañas enrisgadas, en aquella soledad triste y oscura donde, al rasgarse las nubes del invierno, tal vez se mostraron los cielos a los contemplativos monjes en todo su esplendor y majestad, sobran en verdad los devaneos mundanos y las frágiles esperanzas terrenas.

¹⁶ Testamento de San Genadio.

¹⁷ Mapa de la Tebaida berciana, original del historiador José María Luengo (1961).

Aprovechamos lo que nos quedaba de tarde en examinar las cercanías del monasterio y su huerta, que es una verdadera escalera cultivada, y por último bajamos a la iglesia edificada por San Genadio y bendecida en 919. Es de tres naves y bastante alta y espaciosa, pero tan ruda y tosca en su fábrica, que bien se descubre el atraso del arte. Las naves están compartidas por una especie de pilares gruesísimos de los cuales arrancan unos arcos tan tenues y delgados, que más que otra cosa parecen unos puentecillos de madera con dos enormes peñascos por estribos. Ninguna especie de labores adornan sus ventanas y puertas y toda ella es un embrión arquitectónico confuso en que ningún estilo se presenta claro y determinado.

Entre los retablos hay uno pintado con unas tablas pertenecientes sin duda a la escuela alemana, en que resaltan todas las bellezas y defectos propios de sus autores: gran corrección en el dibujo, vivo sentimiento en las cabezas y extraordinaria prolijidad y esmero en los pormenores junto con un colorido desmayado y lánguido, una composición poco hábil, unas formas prolongadas y flacas y un plegar duro y esquinado. El resto de los altares no sólo es inferior, sino de un gusto detestable y churrigueresco. El convento asimismo no ofrece nada notable, porque el de San Genadio hace tiempo que había venido a tan ruinoso estado que hubieron de levantar los monjes el nuevo.

Ascensión a la Aquiana

Bajo su techo hospitalario [el de San Pedro de Montes], pasamos la noche y muy de madrugada emprendimos nuestra caminata a la ermita de Nuestra Señora de la Aquiana, que si bien muy inmediata a nosotros, apenas habíamos visto despojada de su ropaje de nubes el día anterior a causa de su extraordinaria altura. La atmósfera se había ido despejando después de la tormenta de la noche y un viento del norte iba barriendo rápidamente sus vapores hacia el mediodía. El olor de las jaras y tomillos humedecidos por la lluvia embalsamaba el aire y sus infinitas gotas, pendientes de los brezos y relucientes a los primeros rayos del sol, fingían por donde quiera aderezos de diamantes y pedrería de formas caprichosas.

Cuanto tiene de vestido y frondoso el paisaje hasta llegar al convento, otro tanto tiene de desnudo y estéril hasta el pico de la Aquiana. Las plantas más crecidas que se encuentran son brezos y una especie de retamas

espinosas, pero en cambio aquellas laderas son abundantísimas en yerbas medicinales. La subida es tan penosa que cerca de su mitad hubimos de detenernos a tomar aliento al pie de unas altísimas peñas de líneas muy hermosas y agradables tonos. Brotan a su raíz unas fuentes con cuyo jugo se alimenta una pradera en donde paraba un rato la procesión y descansaba la Virgen cuando peregrinaba del monasterio a su santuario. Allí nos sentamos, cuando una perdiguera nueva que llevábamos, asombradiza a fuer de tal, ladró espantada probablemente de tanto silencio y al punto salió de las rocas otro ladrido distinto, luego otro más apagado, otro más débil y, por último uno casi imperceptible. El animal, encolerizado y asustado a un tiempo, repitió los ladridos y eran tantos los que devolvían los peñascos que parecían contestación de una numerosa trailla.

Sorprendidos con este fenómeno, acallamos nuestro animal como pudimos y empezamos a gritar palabras de tres o cuatro sílabas, que el eco repetía fielmente. Disparamos, por último, un escopetazo y la explosión, perdiéndose en aquellas quiebras innumerables y sonoras, parecía una descarga hecha por una extensa línea de infantería detrás del monte. Al estrépito salieron de ellas las águilas y aves de rapiña que las habitan y poblaron el aire con sus ásperos y desacordes chillidos¹⁸.

Sin ver huella humana, ni oír más voz que la de estos pájaros carnívoros, continuamos nuestro camino. A medida que subíamos, el aire se iba haciendo más frío y agudo, de manera que, a dos tercios de la altura, tuvimos que envolvernos en nuestras capas, sin embargo de ser aquel día el 3 de agosto. Seguía el viento impeliendo las nubes, y la ermita, tan pronto cubierta con ellas como descubierta, parecía una nave combatida por la tempestad. Llegamos por fin a la cumbre y las postreras se estrellaron a nuestros pies, envolviéndonos por unos instantes en su manto húmedo, Sólo una que parecía la reina de todas por su majestuoso contorno y su masa blanquecina y densa, venía flotando lentamente hacia nosotros, semejante al casco desarbolado de un navío de nácar. Pasó por fin a nuestro lado con extraño ruido y entonces todo quedó sosegado y sereno presentándose a nuestra vista un espectáculo maravilloso. Al principio

¹⁸ Junto a Montes nos enseñaron una roca aislada e inaccesible a donde un águila arrebató un niño a vista de su madre y lo devoró con todo desahogo. Todavía hay testigos oculares de este suceso espantoso y la peña se llama desde entonces la Peña del Águila.

estuvimos un buen rato como mareados y desorientados de todo punto; pero pasada esta primera impresión de aquel aire sutilísimo y ordenadas algún tanto nuestras ideas, pudimos disfrutar de las escenas que nos rodeaban.

Mirador del Bierzo

A nuestros pies teníamos el monasterio que acabábamos de dejar y el Oza con su despeñado curso que a un tiempo veíamos nacer y morir en la hermosa vega de Toral de Merayo por donde va a perderse en el Sil. A nuestra derecha descollaban los picos blancos y altísimos de Peñalba y más allá se extendía un horizonte extensísimo en donde se descubre hasta La Bañeza. A la izquierda da toda la parte de Valdeorras hasta el valle de Monterrey, por espacio de muchas leguas. A nuestra espalda La Cabrera agreste, altísima y erizada de montañas. Y a nuestro frente El Bierzo en toda su extensión, desde Villafranca hasta Manzanal, desde nuestro sitio hasta las montañas de Ancares, con su variada y vistosísima escala, con las cordilleras que lo surcan, los ríos que lo bañan, los castillos que lo decoran, los monasterios e iglesias que lo santifican, las poblaciones que lo adornan, las arboledas que lo refrescan y los campos, praderas y viñedos que derraman en él sus raudales de abundancia.

La ribera de Bembibre se presentaba risueña con su fértil llano de linares y trigo, las graciosas ondulaciones de sus laderas y el convento de la Peña que la enseñoera como una atalaya desde su escarpada altura. Ponferrada, aunque casi la mirábamos a vista de pájaro, ofrecía en un bellissimo escolzo su orgulloso alcázar templario y el alegre mosaico de sus tejados encarnados y azules. Cacabelos y Carracedo aparecían rodeados de verdes parques a la margen del Cúa y el collado de *Bergidum*, semejante a un estrecho terrado, apenas se distinguía.

Las orillas de los ríos parecían otras tantas alamedas y frondosos paseos, según las masas de verdura que las sombreaban, y las montañas lejanas, las últimas gradas de aquel soberbio anfiteatro natural. Por desgracia, el lago de Carucedo y los montes y barrancos de Las Médulas se escondían detrás de las oscuras rocas de Ferradillo, pero aun a pesar de estas sensibles faltas, estamos seguros de que será una de las vistas mejores de la Península.

Desde aquella altura se distingue claramente la extraña figura geológica del Bierzo, pues se ven los tres grandes estanques que en otro tiempo la

dividieron y las estrechas gargantas que fueron dando paso a las aguas. Desde allí se divisa también la excelente línea militar con que los romanos ponían a cubierto este rico distrito de las invasiones de los astures y algunos restos de sus trabajos mineros. Desde allí se descubren, por último, los sitios ilustrados por los godos y por los templarios y en medio de este círculo de recuerdos, en el centro de todas estas grandes ruinas, el hombre reconoce por su padre al barro y por su única fortaleza y esperanza al Dios que le animó con su soplo divino. ¡Dichoso aquel que lleva limpias y sin amargos borrones las páginas del libro de la memoria a semejantes sitios! ¡Dichoso aquel para quien el porvenir es el crepúsculo de la mañana! ¡Venturoso mil veces porque la voz de las muertas alegrías no le murmurará al oído aquellos dolorosísimos versos de un amigo cuya imagen querida jamás se apartará de nuestro corazón!

¡Ay de aquel que vive sólo en lo pasado!

¡Ay del que su alma nutre en su pesar!

¡Las horas que huyeron llamará angustiado!

¡Las horas que huyeron jamás tornarán!...¹⁹

Nos habíamos propuesto dirigirnos a Peñalba siguiendo la ceja de las montañas, pero hubimos de desistir de semejante propósito no sólo por el frío penetrante que sentíamos a tamaña elevación, sino porque hubiéramos tenido que emplear cinco horas de camino, que sobre las dos gastadas ya en subir, hubieran acabado con nuestras fuerzas. Recogimos, pues, nuestro anteojo y bajamos de aquella eminencia, cuya altura no pudimos calcular por no llevar barómetro ni instrumento alguno²⁰. Deshicimos lo andado hasta Montes y, cruzando el Oza, nos internamos en el Valle del Silencio estrecho y escarpado no menos que el que dejábamos, aunque más solitario y silvestre todavía.

A su cabecera hay un pequeño altozano con su linda planicie, que, saliendo de tan lóbregas angosturas, parece muy iluminado y alegre. Tres montañas paralelas, blancas y desnudas, se levantan junto a él y abren paso a otros dos reducidos pero graciosos valles. En vano el corzo buscaría la sombra de los arbustos en sus descarnadas laderas: ni plantas ni yerbas crecen entre sus grietas blanquecinas y sólo en uno de ellos vimos tal cual

¹⁹ Espronceda, *El Estudiante de Salamanca*, [parte IV, vv. 865-868].

²⁰ El pico de la Aquiana tiene 1846 mts., superado en la comarca por Catoute, 2117 mts.; Valdeiglesias, 2136; y Cabeza de Yegua, 2143, entre otros. [N. del ed.].

pie de encina menguado, raquítrico y medio seco. Una maldición misteriosa pesa al parecer sobre estos picos, calcinados y trastornados quizá por algún antiquísimo volcán y condenados a perpetua esterilidad en medio de una naturaleza pomposa y llena de lozanía.

En el seno de estas rocas hay varias cuevas donde san Genadio y sus monjes se retiraban por la Cuaresma y Adviento a hacer rígida y severa penitencia. Los senderos que a ellas conducían se han borrado y apenas las cabras mismas pueden frecuentarlos; pero la del santo conserva su camino que la devoción persevera en trillar. Es bastante espaciosa, aunque no ofrece cosa notable de cristalizaciones y estalactitas. En el medio hay una cruz de madera que todavía vimos coronada con una guirnalda de azucenas puesta por mano de los romeros en el día de san Juan. Era, como dejamos dicho, el 3 de agosto y, sin embargo, las flores conservaban algo de su cándida hermosura, debido sin duda a la frescura y retiro del sitio.

Peñalba

El paisaje es tan grave y ascético que el espíritu religioso de aquellos tiempos no podía menos de elegirle para teatro de sus contemplaciones, si alguna vez acertaba a verlo. San Genadio, que vivió a últimos del siglo IX y principios del X, lo amó con particular afición y fundó la iglesia de San Andrés, el monasterio de Santiago de Peñalba, otro monasterio llamado solamente de Peñalba y un oratorio, además, a santo Tomé en el sitio dicho Silencio, como el mismo santo refiere. Probablemente semejantes fábricas no tenían toda la solidez que era de desear, pues en el día nada queda de ellas, si se exceptúan las cuevas que la naturaleza labró por su mano, el nombre del *Silencio* dado al río, más por las calladas y solemnes escenas que presenciaba en su origen que no por su retorcido y despeñado curso y, por último, la iglesia levantada por el obispo de Astorga, Salomón, segundo sucesor de san Genadio y su discípulo.

Ocupa ésta, con el actual pueblo, la linda rinconada que hace el valle en su principio. Por fuera nada la recomienda, pues su pórtico está compuesto de una tosca galería cubierta que la ciñe y que desde muchos siglos acá sirve de cementerio. Pero ¿cuál no debió ser nuestro asombro cuando al abrir las puertas nos encontramos con una entrada de dos arcos de herraduras, con una columna enteramente árabe de mármol en el centro y otras dos de

De todas maneras, semejante monumento bello, airoso y construido de materias preciosas, enclavado en las montañas tal vez más salvajes y rudas, pero de seguro las menos frecuentadas de España, es un peregrino hallazgo, una verdadera sorpresa para el viajero. No es este el lugar propio de las muchas reflexiones a que da margen, pero nos contentaremos por ahora con decir que si la historia de los monumentos de un país es la historia de su civilización, su historia, en fin, escrita en las más bellas páginas posibles, muy amargo y desconsolado es ver que se van borrando las más elocuentes sin que haya una mano benéfica que se ocupe en sacarlas a la luz pública.

Sabemos que existe una honrosa excepción de esta regla y no queremos dejar pasar esta ocasión sin que nuestra pluma le haga aquí la misma justicia que nuestra memoria le hizo en las soledades de Peñalba. Hablamos de la *España monumental y artística*, a cuyos redactores y colaboradores prometimos un aviso que de seguro convendría a su honra y tal vez no estaría reñido con sus intereses. Este aviso va ya envuelto en el presente artículo y en los sucesivos se pondrá más de manifiesto.

Los recuerdos artísticos que quedan de los siglos medios en toda la provincia de León y muy particularmente en el distrito del Bierzo merecen la atención de cuantos se interesen en las glorias españolas. Si su publicación, según parece, aspira a ser eminentemente nacional, cometería una gran falta de lógica en prescindir de los monumentos de un país que abrigó en su infancia a la nacionalidad española muerta en el Guadalete y resucitada en las montañas de Asturias y León. Alguno de los colaboradores de esta interesante obra, que personalmente nos conoce, debe saber que nuestro amor al arte no se mide por la pobreza de nuestros conocimientos y que, si escasos como son pueden contribuir al brillo del país en algún modo, siempre los tendrán a su servicio. Volvamos ya a nuestro viaje.

El vicario de Peñalba nos enseñó entre varias reliquias de San Genadio una especie de bolos con que el Santo se entretenía en sus horas de recreo, la reja de hierro en que dormía en su cueva y una argolla del mismo metal que sin cesar traía rodeada al cuerpo; pero lo que más nos llamó la atención fue un cáliz de aquel tiempo de extraña y tosca figura, con la patena exactamente ajustada a la boca y que alrededor tiene el nombre del donador.

Como la tarde iba entrando y, sobre las tres leguas de perverso camino que traíamos andadas a pie, todavía teníamos que andar otras tantas del

mismo modo para llegar a Ponferrada, nos despedimos del buen vicario dándole gracias por su cordial acogida y bajamos al Valdueza por una senda mala aun para los jabalíes y corzos. La vista de este valle que habíamos cruzado el día antes en una lluviosa y oscura mañana y que ahora desplegaba todas sus galas y pomposa vegetación a la dorada luz de una tarde clara y serena, nos hizo dar por bien empleadas todas nuestras fatigas. Las casas que entre los árboles se veían, parecían otros tantos nidos, el río tenía un murmullo más bullicioso y alegre que nunca y los pájaros se despedían de la luz con armoniosos cantares. Por fin, un poco molidos y un mucho satisfechos de nuestra expedición, llegamos a Ponferrada, donde pudimos descansar a nuestro sabor.

IV. Monasterios bercianos

Hasta ahora sólo hemos hablado de las iglesias de San Pedro de Montes y Peñalba, que más estrechamente que ningún otro monumento de este país se ligan a la restauración de la monarquía, si bien la segunda, como dejamos dicho, apenas puede contarse entre los destellos del arte cristiano. Los monumentos que van a ocupar ahora nuestra atención, pertenecen a una época en que la arquitectura gozó de robustísima vida y pobló el mundo de obras marcadas con el sello de una maravillosa y fuerte unidad.

Sabido es que en el siglo X la Lombardía se elevó a un grado de ilustración y poder que con justicia le ha granjeado la admiración de los hombres y el aplauso de la historia. La arquitectura que sucedió inmediatamente a la bizantina y se esparció por la Europa con prodigiosa rapidez, llevaba su nombre y, sin duda, forma el más ilustre cuartel de su escudo de armas.

La rara asociación de los *francmaçons* o albañiles libres, su espíritu sacerdotal, sus numerosas afiliaciones en todos los países, su ciencia y habilidad en la edificación, no podían menos de lograr preponderancia, riqueza y extraordinario influjo en aquella época ignorante y dislocada, que no presentó por cierto corporación más compacta y rigurosamente subordinada y que, por lo mismo, estuviese con mejor título en posesión de los recursos y medios que ofrece y desenvuelve el espíritu de asociación. Apoyados por un lado en la Iglesia y particularmente en las órdenes religiosas, en cuyo seno contaban numerosos afiliados, y por otro en los reyes, que a porfía les otorgaban privilegios y franquicias, por todas partes extendieron su poderío y en todas dejaron huellas de su ciencia y portentosa organización.

Mal podía librarse de tan universal influencia un país como El Bierzo, asiento de reyes o de personas de la real estirpe, teatro de glorias para el cristianismo por los muchos santos que ilustraban sus valles y montes, tránsito forzoso para Santiago de Galicia, tan frecuentado entonces de toda la Europa, y más en especial de sus potentados, y depósito por fin de los vivos recuerdos que no dejan de acompañar a un país donde el culto de los mayores se ha restablecido en campos bañados de sangre enemiga.

Corullón

En el amenísimo pueblo de Corullón se conservan en muy buen estado dos iglesias con la advocación de san Esteban y san Miguel, que tal vez serán las primeras del género lombardo de las que aún quedan en pie. No hemos tenido el necesario espacio para averiguar exactamente su fecha, pero del género ninguna duda nos cabe, así porque reúne todos los caracteres distintivos, como porque la ejecución da a entender claramente que el arte distaba todavía de aquella perfección de detalles que en alguna de las iglesias que a poco debieron de seguirlas se advierte. La de San Esteban aventaja a la compañera en regularidad y esmero de los pormenores y tiene un sello todavía más pronunciado del carácter y espíritu de las artes en aquella época. Dos estatuas vimos en su pórtico que revelan suma antigüedad y, si no fuera por el místico espiritualismo de su expresión, fácil sería tenerlas por dos figuras egipcias, tan flacas y prolongadas son sus formas, tan atormentada su actitud, tan rígido y estirado el dibujo. Quizá más notables son todavía los modillones que sostienen el tejado, extraordinaria serie de figuras, extravagantes y caprichosas las más y no muy decente alguna de ellas; muestras claras de aquel eterno simbolismo que en casi todas las iglesias lombardas se nota y que sin duda venía a ser el signo y cifra más concreta del espíritu del arte.

Villafranca

Ya hemos dicho que la villa actual de Villafranca se formó poco a poco a la sombra de una iglesia levantada por unos monjes de Cluny que administraban los sacramentos a los franceses pobladores del tiempo del rey Alonso VI y a los peregrinos de Santiago. El monasterio de Nuestra Señora de *Cluniaco*, que vulgarmente vino a llamarse *Cruniago*, ha desaparecido enteramente, aunque se conserva memoria suya del año 1247 en Astorga; pero ha quedado de aquellos tiempos la iglesia de Santiago, monumento, si reducido, no por eso menos esmerado del arte lombardo. Cerca de ella, según tradición recibida, había un pequeño hospital, donde se asistía y cuidaba a los peregrinos enfermos y de donde, una vez restablecidos y curados, salían a recibir el pan eucarístico en el cercano templo, entrando por una puerta llamada sin duda por esto el *Arco del Perdón*.

Mucho tiene de notable este arco, porque si alguno puede marcar el tránsito del género lombardo al gótico apuntado u ojival, como fuera de

España se denomina, éste parece ser el destinado. La iglesia es perfectamente lombarda en su conjunto tanto como en sus pormenores, si se exceptúa la torre, pegote moderno de muy mal gusto y piedra de diverso color; pero el arco de la portada, que por su arranque parece encaminarse al semicírculo, remata al cabo de una punta poco airosa, bien distante por cierto de la esbelteza y gallardía de las ventanas que vienen calando casi hasta el suelo los muros laterales de la catedral de León. No es imposible que esta puerta sea obra posterior, comenzada y acabada en los primeros albores del gótico y añadida al edificio para solemnizar más el uso a que se la destinaba, pues realmente los dibujos y labores son de un gusto tan prolijo y aun acabado si se atiende a la época, que apenas dejan que desear. Lástima será en verdad que la degradación y deterioro que comienzan a sufrir pasen adelante, sin que el lápiz y el cincel les aseguren vida más duradera. Las demás iglesias de Villafranca, incluso la Colegiata, son de fecha reciente y no ofrecen, en nuestro entender, nada notable.

Carracedo

En la margen izquierda del río Cúa, poco más abajo de Cacabelos y en un sitio fértil, risueño y deleitoso tal vez en demasía para la austeridad y recogimiento de la vida monástica, está asentado el monasterio de Carracedo, el más sobresaliente del Bierzo y que antes de la caída de las órdenes religiosas gozaba en la de san Bernardo de una consideración y riqueza de primer rango. Cércanle por todas partes praderas y huertas fertilísimas, frondosos arbolados y campos de pan de maíz y de lino surcados por arroyos puros y cristalinos que mantienen en ellos una perpetua verdura. Es allí el cielo tan sereno y claro, tan benigno y templado el aire, tan fecunda la tierra y tan variada la armonía de los infinitos pájaros que cantan en sus sotos, que el buen rey don Bermudo II el Gotoso que lo fundó en 990, no pudo buscar marco menos a propósito para un cuadro grave y religioso.

Lo que en un principio fuese este monasterio no es fácil averiguarlo aunque, si se atiende a los tiempos azarosísimos que alcanzó aquel monarca, fácil es conocer que no pasaría de una muy alta esfera. Por entonces, el terrible Almanzor igualó con el suelo la ciudad de León después de una heroica resistencia, extendió su devastación a Astorga y sembró el terror por todas partes. Época miserable y desdichada fue aquella

entre las más desdichadas que pudo contar la Cruz en su lucha con la Media Luna. Esto nos hace creer que el nuevo monasterio crecería poco, combatido de tantos males y desasosiegos y, por otra parte, la circunstancia de no haberse enterrado en él don Bermudo, a pesar de haberle fundado para su sepultura, nos confirma en nuestra opinión. Murió el gotoso monarca en El Bierzo y descansó una porción de años en Villabuena, residencia en otro tiempo de los merinos de este país, aldea miserable en el día, hasta que más adelante fue trasladado al panteón real de San Isidoro de León.

Dos siglos más tarde, acabadas las turbulencias del reinado de doña Urraca y empuñado el cetro de León por su hijo Alonso VII, llamado el Emperador, creció este monasterio en riquezas y consideración. La infanta doña Sancha, que con su talento, dulzura y piedad contribuyó tanto al brillo de este glorioso reinado, gobernaba El Bierzo por este tiempo como lo acreditan numerosas escrituras. Era la época en que San Bernardo por sus luces, virtudes y elevado carácter, venía a ser el objeto de la veneración de Europa, y como la Borgoña, su patria, éralo asimismo de Ramón de Borgoña, primer marido de doña Urraca y padre del rey, mostrábale éste afición y respeto particulares y deseaba honrarle propagando por sus estados la orden del Císter, de que era el Santo principal fundador. Ayudábale su piadosa hermana doña Sancha y nuestro Mariana cita una carta del ilustre abad de Claravalle a esta señora. Volvió, pues, los ojos al monasterio de Carracedo y, con intento de ensancharle, de acuerdo con el emperador su hermano trasladó a él el convento de Santa Marina de Valverde, junto a Corullón, y allí, mudado el hábito negro en blanco, quedaron todos monjes cistercienses.

Al entrar en el monasterio actual, confuso amontonamiento de claustros y paredes blancas sin orden ni unidad alguna, se encuentra a la mano izquierda una torre redonda en su principio y cuadrada en su remate, que por el color de la piedra parece muy antigua y que flanquea un resto de muro del mismo color y calidad con un rosetón bellamente labrado a los dos tercios de su altura. No se sabe qué quiere decir, porque la iglesia, cuya continuación parece ser, tiene forma grecorromana y muy reciente; pero dentro se aclara el misterio tan pronta como desagradablemente. Un monje que vivía en el convento como particular después de su extinción y que tuvo la bondad de acompañarnos por aquellos claustros, sólidos sin duda, pero en que las artes apenas han derramado uno de sus reflejos divinos, condescendiendo con nuestras instancias, nos llevó a ver la iglesia de doña

Sancha. ¿Quiere saber el lector lo que queda de ella? Pues es ni más ni menos que la torre, muro y rosetón que se encuentran al entrar y un poco de las paredes laterales con dos de sus semicirculares ventanas. Más allá se extiende la iglesia nueva, fábrica grecorromana, con sus arcos y pilastras estriados, su cenefa alegrita de plantas y lazos por debajo de la cornisa y, por carácter general, una insignificación exquisita si se compara con el aspecto severo que ofrecen los mutilados restos de la iglesia antigua. Es de advertir que la moderna no está más que cubierta y en esqueleto. Así es que no ha recibido consagración. Entonces no pudimos menos de preguntar al anciano religioso si algún terremoto había echado por tierra el templo de aquella ilustre princesa:

—No señor —respondió—, la iglesia estaba como hecha de ayer, pero los monjes la tiraron a fines del siglo pasado.

—¿Quién dice usted, los monjes?

—Los monjes, sí, señores —contestó él—, porque como el presbiterio era muy reducido no se podía celebrar bien de pontifical y así hubo que tirarla y hacer en su lugar esta otra, que es más bonita y sobre todo moderna.

A tan victoriosa respuesta, ¿qué se había de hacer? Callar, morderse los labios y guardarse las reflexiones para mejor ocasión. Así sólo para tener un presbiterio más ancho se derriba un monumento lombardo que la severidad de las líneas, en lo poco que nos queda, y la delicada crestería del rosetón y ventanas, dan a conocer como bellísimo. Triste es el vandalismo de las guerras y revoluciones, pero el que se oculta detrás de las corbatas y hopalandas, es cien veces más odioso y repugnante. La pérdida de este templo es tanto más sensible en nuestro entender, cuanto que, sin salir de la índole y carácter de la arquitectura a la sazón dominante, ofrecía en los detalles un no sé qué de lujo arabesco que debía ser una media tinta de particular efecto.

Preguntamos a nuestro buen cicerone por los restos del antiguo convento y supimos que habían corrido la misma fortuna que la iglesia. Por fin, temblando de miedo le hablamos de la habitación de la infanta gobernadora, pero tuvimos el gusto de saber que todavía se conservaba parte de ella y bajamos a un patio desde el cual se veía una fachadita muy graciosa. Una escalera sin barandilla y llena de zarzas, pero de muy suave acceso, guiaba a una especie de galería reducida, pero de labores muy finas, que servía de vestíbulo a la habitación de la infanta.

Los arcos y columnas que la sostienen, participan tanto de lo gótico como de lo árabe y la puerta está flanqueada de una ventana estrecha y alta, dividida por una columna redonda, y de un rosetón pequeño primorosamente trabajado. La habitación es un salón cuadrado bastante espacioso, muy alto y sostenido por columnas muy delgadas, de donde arrancan arcos apuntados de tan grande sutileza que sobre cada columna vienen a descansar cuatro. A la derecha de la entrada hay una chimenea enorme; enfrente otro lindo rosetón, en el día ciego, y a la izquierda una puertecilla que da a una escalera secreta. El techo es de madera y, aunque deshecho en gran parte, todavía da a entender el esmero y coste del artesonado, sobre todo en una especie de cúpula que se eleva en el centro y en que todavía parecen notarse algunos preciosos embutidos.

El conjunto es tan proporcionado y regular, los arcos y columnas tan esbeltos y airosos, los techos tan bien labrados, las ventanas y puertas de un acabado tan completo y todo ello tan delicado y gallardo que involuntariamente trae a la imaginación los buenos restos arquitectónicos de los cultos árabes andaluces. Y si con el pensamiento ataviamos este aposento de todas las galas y esplendor que durante el ilustre reinado del emperador hicieron declarar al rey Luis de Francia²², que ni en Europa ni en Asia había visto corte tan lucida como la de León, naturalmente ocurre la idea de que la habitación de una princesa tan esclarecida debiera merecer respeto y cuidado de los monjes sus favorecidos. No contentos con empotrar en el convento moderno esta hermosa reliquia, privándola así de una gran parte de sus luces, fueron a destinarla ¿a qué dirá el lector piadoso? ¡Ni más ni menos que a panera!

He aquí dónde habían venido a parar las tradiciones piadosas y el recuerdo de una señora que fue el adorno de sus tiempos. He aquí en lo que habían venido a parar el gusto de lo bello y el amor al arte. Porque hay que añadir que, sin darse por satisfechos con esta profanación, a la vez histórica y artística, hicieron una escalera que bajaba desde el claustro, de mano de albañil por supuesto, y además entre las elegantes columnas pusieron alguna división de tabique que mutila horrorosamente el salón.

²² El rey Luis, considerado el arreo, atuendo y atavío, así de los grandes como del pueblo, que acudió en tan gran número cuanto en la ciudad real se vio antes... dijo no haber en Europa ni en Asia visto corte más lucida, ni arreada: en las cuales provincias se hallara en el tiempo que fue a la guerra de la Tierra Santa. Mariana, *Historia de España*, lib. XI, cap. III.

Fundó también doña Sancha en la feraz ribera de Bemibre, al pie del Montearenas, el monasterio de monjas bernardas llamado de San Miguel de las Dueñas. La situación también es amenísima, pero la vecindad del monte contribuye a darle un aspecto más austero y monacal. La actual fábrica es reciente, pues como en 1550 las inundaciones del Cúa obligasen a las monjas de San Guillermo de Villabuena a abandonar su monasterio, refundióse éste en el de San Miguel. Entonces, con la necesidad de ensancharle, vino sin duda al suelo la fábrica antigua que, si atendemos a la muestra de Carracedo, debería tener no poco que la recomendase como parto que era de un espíritu naturalmente elevado.

Algún otro resto queda todavía en El Bierzo del estilo lombardo, pero los que llevamos mencionados encierran lo único notable que ofrece. Con él murió la arquitectura en este país, pues el género llamado gótico no tiene en él un solo monumento que lo represente, y lo perteneciente al estilo gregorromano que se inauguró en la época llamada del Renacimiento no merece elogios ni mención aparte. Trasladada definitivamente a León o Castilla la residencia de las personas reales y extinguidos por otra parte los caballeros templarios, faltóle al arte la vitalidad y energía que encontraba en estos manantiales de ilustración y riqueza y pereció de consunción. Los monumentos posteriores, sin embargo, si no se recomiendan por su mérito arquitectónico no por eso están perdidos para las artes, pues la mayor parte reúnen accidentes de que un pintor del país pudiera sacar sin duda gran partido.

V. De Bembibre a Cornatel por los castillos del Bierzo

No menos notables que las iglesias y monasterios, son los restos militares de la Edad Media que se conservan en El Bierzo. En Ponferrada, en Corullón, en Bembibre, en el Valcárcel y sobre el pueblo de Río Ferreiros, existen en el día otros tantos castillos que, si bien desiguales en posición e importancia, no dejan de llamar, sin embargo la atención del curioso viajero. En todos ellos la parte interior destinada a vivienda está completamente desmoronada y aun en alguno, como el de Bembibre, tienen las murallas brechas y portillos muy grandes, pero en los demás el esqueleto y las obras puramente militares se mantienen en pie.

Si por una de aquellas desgracias que inevitablemente acompañan a la guerra, no se hubiesen quemado por entero los archivos de Carracedo y del marqués de Villafranca, todavía podrían reunirse datos muy estimables para ilustrar la historia de la época en que los señores de estas fuerzas desempeñaban importantes papeles en el drama político de la nación, pero en el día es cosa ciertamente difícil rastrear noticias relativas a estos tiempos. Los archivos particulares contienen mucho menos que aquellos grandes depósitos y los de los ayuntamientos no están mucho mejor surtidos y ordenados; de manera que, por ahora, más partido pueden sacar de estas reliquias los estudios artísticos que no los históricos.

Los templarios

Es tradición válida en el país que los caballeros templarios levantaron todos los castillos que vemos en el día y, a juzgar por la exterioridad, no va enteramente descarriada esta opinión, pues todos guardan cierta analogía arquitectónica con el de Ponferrada, que indudablemente perteneció a aquella noble orden tan valerosa como desdichada. Ya quedan señaladas en uno de los anteriores artículos algunas de las huellas que dejaron en este país vivo testimonio de su piedad, grandeza y poderío; justo será que hablemos ahora de los restos de sus pompas mundanas y de sus alcázares orgullosos. Las artes y la historia descansan con gusto al pie de las ruinas, porque en ellas brota la fuente de una inspiración solemne y triste y en su breve compendio se amontonan lecciones severas y útiles enseñanzas.

Para que todo lleve el sello de la variedad en este país pintoresco y rico, hasta las ruinas tienen por su situación y accidentes un carácter marcado de diversidad. El castillo de Bembibre, por ejemplo, que domina la pequeña villa de este nombre en una colina de suave acceso y pequeña altura y situado a la cabecera de una cuenca amenísima que lleva su nombre, más que otra cosa, parece un puesto elegido para descanso de las marciales fatigas. Por la espalda y a su izquierda, le cercan las cordilleras del puerto de Manzanal y las montañas donde tiene su nacimiento el Boeza.

Enfrente y a su derecha, se extienden los linares y praderas del pueblo limitados por el río y por las vistosas eminencias desde donde se divisa Calamocos y otros pueblos de hermosos términos y suave degradación, y los campos fértiles y laderas plantadas de viñedo de Almázcara y San Miguel de las Dueñas, que ofrece la masa de su monasterio en el fondo del valle, como un candado de esta deliciosa cadena. El aire militar de esta fortaleza guarda perfecta consonancia con el país que la rodea y nada tiene de imponente ni de terrible, pero, sin embargo, según hemos oído a una persona bien informada, presencié en el siglo XV escenas trágicas y lastimosas en que figuraron como víctimas dos jóvenes ilustres de la comarca. Actualmente sólo conserva algo de sus murallas y los encantos de una situación llena de perspectivas halagüeñas.

Cornatel

El castillo de Cornatel o Cornatelo parece imaginado para contrastar vivamente con el que acabamos de mencionar. Siguiendo la orilla izquierda del Sil y atravesando los pueblos de Toral de Merayo Villalibre, Priaranza y Santalla, el camino tuerce a la izquierda al llegar a éste y el viajero se despide de las frondosas riberas del río para entrar en una garganta angosta a cuya mitad se encuentra una miserable aldea llamada Río Ferreiros. Murmura un riachuelo en el fondo de estos barrancos y, por encima de las casas y como corona de una altura peñascosa, inaccesible y tajada, asoma sobre el fondo del cielo un lienzo de muralla con almenas que, por de pronto, suspende y embaraza el ánimo.

Desde semejantes honduras no puede gozar la vista del espectáculo de aquel fuerte encubierto por los peñascos, pero a medida que se trepa por la agria cuesta en donde serpea el camino va cobrando formas regulares y, por último, presenta en los dos lienzos de mediodía y occidente dos líneas

rectas, franqueada la más larga por un torreón cuadrado que ocupa su centro. El que desde abajo veía en él un nido de aves de rapiña y no la morada de guerreros, califica su juicio de temerario y hasta penetrar en su recinto no se convence de que el primer pensamiento era el acertado.

Hase borrado todo camino y sólo escalando rocas y abriéndose paso por medio de matorrales puede tomarse la vuelta del castillo hasta dar con la entrada que está a la parte del norte. Aquí todo muda de aspecto como se cambia a la señal convenida una decoración teatral. Precipicios espantosos erizados de peñas negruzcas y de horrorosa profundidad defienden este costado y el de oriente, rematado por una aguda punta; y tal es la escarpa del terreno, que la fortificación pierde toda forma regular y se reduce a seguir las curvas y sinuosidades de aquellos derrumbaderos. Aún en varios parajes no hay más defensa que la natural y el único trabajo del ingeniero se redujo a establecer una línea de continuidad rellenando de muralla tal cual portillo que ofrecían las rocas y aislaba algunas partes del fuerte. Lo interior corresponde exactamente a este carácter salvaje y bravío y es de lo más rústico y tosco que puede figurarse nadie.

Los torreones que deberían servir de vivienda a la guarnición, no manifiestan en su construcción primor alguno y aún carecen relativamente de solidez; la plaza de armas ni está nivelada ni nunca lo estuvo según las enormes peñas que asoman la cabeza, y, finalmente, las escaleras que conducen a la muralla no son sino unas grandes piedras empotradas en ella y que, colocadas en plano inclinado y sin ninguna trabazón entre sí, presentan una subida tan incómoda como difícil.

El castillo estuvo en otro tiempo reducido a la parte oriental y esta fábrica revela antigüedad notable por su color y, sobre todo, por sus torreones redondos. Posteriormente se le añadió todo el cuerpo occidental y ésta sin duda debe ser obra de los caballeros templarios, porque materiales, forma cuadrada y género de su construcción son en todo iguales a los de la fortaleza de Ponferrada.

La posición eminentemente militar para la época en que sólo con flechas se podía ofender de lejos, es insostenible enteramente en el día y aún debió de serlo desde el momento en que comenzaron a usarse los cañones, porque de ambas partes le enseñorean alturas cercanas. Por lo demás, lo grueso de las murallas por una parte y lo inaccesible del terreno por otra, convertían este alcázar en un punto importante para asegurar las

comunicaciones con Galicia y poner una gran parte del Bierzo a cubierto de cualquier embestida.

La última visita que hicimos a estos parajes fue en el verano de este año²³. Comenzamos a recorrer la muralla y a disfrutar aquel espectáculo que tan extrañas sensaciones produce bajo el sol ardoroso de julio. A nuestros pies teníamos el miserable lugar de Valdeviejas, empozado en un hoyo reducido, y el riachuelo que dejamos ya mencionado, cuyos ecos repetidos por las innumerables quebras de los riscos formaban un clamor sordo, monótono y lamentable que llenaba el silencio de aquellas soledades.

Quisimos asomarnos a la punta oriental del castillo, pero era imposible sostener la vista de aquel abismo que causaba un vértigo tremendo y sólo arrastrando pudimos sacar la cabeza y medir la extensión de aquel despeñadero fatal que, erizado de puntas y matas de encina, bajaba hasta la orilla del arroyo. A la izquierda y por la garganta que dejábamos recorrida, se divisaba un trozo pintoresco de las riberas del Sil, la mayor parte de las del Cúa, las dehesas de Fuentes Nuevas y Camponaraya, los viñedos de Sorribas, el convento de Carracedo y, por último término, las montañas del Burbia medio borradas por la canícula.

A nuestra espalda los pueblos de Lago y Carucedo vislumbraban con sus tejados azules a las márgenes de aquel lago sosegado transparente y dormido, por cuyas aguas no se deslizaba ningún barquichuelo, ni discurría la más ligera brisa que empañase aquel espejo en que los cielos serenos y diáfanos se miraban. ¡Contraste peregrino y que más de una vez debió elevar las almas de los soldados del Temple que, semejantes a las águilas, se anidaban en aquellas alturas, como ahora elevaba la nuestra! ¡Escenas elocuentes adornadas de una tristeza santa y augusta en que la aridez de lo presente se reverdece con las aguas de la esperanza, a la manera que los lagos, ríos y praderas del Bierzo vistos en lontananza deliciosa, templaban las agrestes y sombrías escabrosidades de Cornatel!

Antes de dejarlo, llamó poderosamente nuestra atención un accidente revestido de un misterio vago y terrorífico. En donde más pendiente está el precipicio, se desprende de la muralla una especie de aposento cuadrado sin pavimento alguno y cuyo techo descendía en un plano rapidísimamente inclinado. Una ventana que da al abismo lo alumbra y, por mucho que fue el cuidado que pusimos, no pudimos descubrir restos de goznes para las

²³ Se refiere a julio a 1842.

maderas ni, menos, agujeros donde encajasen los hierros de alguna reja. El destino más natural de este extraño apartamento parece ser el de prisión, pero ¿qué significa en tal caso aquella ventana fatal sin defensa ni resguardo alguno? ¿Era para proporcionar a la desesperación del preso los medios de intentar una fuga, en cuyo término estaba de seguro la muerte, o desde allí se ejecutaban sentencias semejantes a las de la roca Tarpeya y la peña de Martos? No es fácil saberlo; pero la tradición del país confirma estas tristes ideas y no hay aldeano que no atribuya tan terrible servicio a la misteriosa ventana.

Al salir buscamos con especial cuidado sobre la puerta el escudo de armas; pero la piedra que debía contenerlo ha sido arrancada sin duda por alguno que pensó encontrar detrás un montón de doblas de oro. Como quiera, su tamaño nos confirmó en la idea de que los templarios debieron ser los fundadores de esta fuerza, porque lo más que podía caber en tan reducido espacio era su cruz de ocho puntas, tan profusamente sembrada en las paredes de la bailía de Ponferrada.

Corullón

El castillo, que dominaba el estrecho valle de Valcárcel, tiene toda la aspereza y ninguno de los accidentes pintorescos que hermocean el de Cornatel, pero el de Corullón posee tantos atractivos, ya mirado desde lejos, ya cuando desde él se extiende la vista por los vecinos campos, que verdaderamente es de lamentar que nuestros paisistas no hayan sacado partido de su ventajosa situación. Corullón y su término pasan con razón por el terreno más pingüe y feraz del Bierzo pero el anfiteatro por donde están derramadas sus casas en agraciado desorden, que empieza en las orillas del Burbia y acaba en el castillo de que hablamos, es de lo más variado frondoso y risueño que la imaginación puede concebir. Figúrese, pues, el lector, cuál será la situación de este alcázar, que no sólo domina la fértil y amena pendiente, sino también los prados y sotos de Vilela, los viñedos de Valtuille y Villafranca, el collado del antiguo *Bergidum* y, a lo lejos, la villa y fortaleza de Ponferrada y los últimos lindes del país. No hay aquí como en Cornatel, precipicios horribles, riscos escarpados, ni arbustos silvestres: colinas de declive manso y suave, huertas de esmerado cultivo, praderías de verdor eterno, sotos de castaños y frutales, las higueras de Canaán, los olivos de Atenas y las vides de Chios, forman el marco de este

hermoso castillo que sólo a su espalda tiene una cordillera de silvestre aspecto y que, en lugar de afean, hermosea con su contraposición tan halagüeño paisaje.

Las murallas se conservan en muy buen estado y su semejanza arquitectónica con las de Ponferrada descubren su origen templario. En una de sus paredes interiores vimos unas armas que no eran las de esta milicia ilustre, pero la yedra, que por varias partes lo envuelve como una mortaja, cubrirá sin duda la cruz del Temple, que no dejaría probablemente de asegurar por este medio su preponderancia militar en El Bierzo con el establecimiento de un puesto importante que, en cierto modo, cerraba la entrada de Galicia y dominaba un país rico y abundante.

Ponferrada

Ya sólo nos queda por describir la fortaleza de Ponferrada, emporio de su grandeza en este país, monumento que aún ahora nos habla con su silencio elocuente de las glorias que pasaron y que no ha podido deslucir la mano del tiempo. Está asentado el castillo en una colina situada en la confluencia de los ríos Sil y Boeza y domina todo El Bierzo bajo dando a la villa que se extiende por el oriente, un aspecto de majestad antigua que en gran manera la realza. El primero de aquellos ríos lame la falda de la eminencia: enfrente de su puente levadizo se levanta el monte Pajariel y más allá las sierras de la Aquiana; por el lado de oriente termina el horizonte el Montearenas; un poco hacia el norte el castro de Columbrianos y, por la parte del poniente, los llanos y, a lo lejos, el arco de las montañas del Burbia y la Somoza.

El castillo en un principio se reducía a los dos torreones que dan a la plaza del pueblo, de forma redonda y descomunal altura, pero cuando pasaron a manos del Temple, creció sobremanera y adquirió las colosales dimensiones que aún conserva. Entonces edificaron aquellas elegantes agujas coronadas de vistosos chapiteles que sostenían las plataformas, desde donde se defendía la entrada y se echaba el puente levadizo; entonces se labraron las afiligranadas ventanas de lo interior, se esculpieron los escudos de armas, cruces y misteriosos signos que adornan las paredes y se pintaron de encarnado y oro los aposentos de tan ilustres huéspedes.

El único blasón que adorna la puerta principal es la cruz de ocho puntas, símbolo de la orden; pero la segunda entrada que cerraba el rastrillo muestra el escudo de armas, abierto por desgracia en una piedra deleznable

y borrado todo él de consiguiente. De suponer es, sin embargo, que consistiese en los dos caballeros montados en un mismo caballo, emblema significativo de la primitiva humildad y pobreza de esta milicia, que más tarde debía comprar los reinos a dinero contante y morir víctima de su opulencia antes que de sus crímenes. Como quiera, todavía se distingue en el cuartel interior central la indispensable cruz y en la orla superior las primeras palabras de aquel versículo de los *Salmos*, que dice: “*Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam*”²⁴, lema piadoso que revela el espíritu religioso que presidió la formación de esta falange heroica, terror del islamismo y brazo derecho de la cristiandad.

Templarios y francmasones

En la gran plaza de armas, en medio de las dos ventanas primorosas que debían pertenecer a las mejores piezas del castillo, hay otra lápida aislada con los siguientes versículos: “*Nisi Dominus edificaverit domunt, in vanum laboraverunt qui edificant eam. Dominus mihi custos, et ego disperdam inimicos meos*”. Nada de singular ofrece esto que tan estrechamente ligado está con el carácter de la asociación; pero en el patio de las principales habitaciones hay una puerta principal coronada por un signo extraño. Redúcese a dos cuadrados perfectos que se intersecan en ángulos completamente iguales y que de un lado flanquea un sol y del otro una estrella.

Si algo representa la igualdad, esta figura debe ser mejor que ninguna otra su emblema; pero ¿cuál podía ser la igualdad de los caballeros templarios, si no significaba la consagración absoluta a favorecer el crecimiento y gloria de su orden y el sacrificio de todo impulso individual en provecho suyo? ¿Daban a entender, por ventura, el sol y la estrella que, de día y de noche, en sus pensamientos o en sus sueños, estaban obligados a velar por su templo místico y a no dejar apagar su lámpara sagrada? No lo sabemos los profanos que hemos perdido la clave de su liturgia oscura y el sentido de sus tremendas ceremonias²⁵.

²⁴ Esta inscripción y la siguiente pertenecen al salmo 126 y aparece también en *El Señor de Bembibre* [véase Picoche, pp. 137-138 y Paz Díez, p. 168].

²⁵ Este párrafo requiere un estudio detallado en otro momento. Donde Gil lee signos iniciáticos, Picoche afirma rotundo que “esa interpretación no es seria. Son signos solares que constituyen amuletos destinados a proteger a los guerreros”, teoría que

Amargas en extremo son las reflexiones que asaltan al ánimo en este lugar de desolación, entre estas ruinas, albergue otro tiempo de la religión y del valor, morada ahora de la soledad y del silencio. ¿Cuáles debieron de ser las de los templarios cuando para no volver atrás besaron estos umbrales? Jerusalén y el Asia toda perdida para siempre, sus hermanos abandonados en Francia por un papa sin fe, a merced de un verdugo coronado sediento de sus riquezas, y quemados en las plazas públicas, la Europa concitada en contra suya y ellos mismos emplazados como reos de nefandos crímenes ante un tribunal eclesiástico. ¿En esto habían venido a parar dos siglos de combates y tanta sangre vertida en la Palestina y en España? Sin duda, con el corazón oprimido volvieron los ojos a su escudo glorioso y con un ahogado suspiro exclamaron en voz baja: “¡Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vela el que la guarda!”

Y el santo de Israel abrió su mano,
y los dejó y cayó en despeñadero
el carro, y el caballo y caballero²⁶.

¡Triste destino por cierto el de las cosas humanas sujetas a la ley inexorable de la decadencia cuando su objeto se ha cumplido! El Temple era el símbolo vivo ardiente y eterno de la cruzada; para sus guerreros, ni la gloria mundana del soldado, ni el sosiego del monje, sino el sacrificio más absoluto. La Europa entera se había afanado por premiarlos y en 180 años de existencia habían llegado a ser la congregación más rica, temida y poderosa del mundo; pero cuando las voces de Pedro *el Ermitaño* y de san Bernardo enmudecieron y se acabaron las cruzadas y tornaron los Santos Lugares a poder de infieles, los templarios, burlados en su fe, engañados en su esperanza, despojados de la que miraban como su segunda patria, irritados, opulentos y soberbios, ya nada representaban y la supresión de su orden en la Europa fue una medida sumamente política y cuerda. España era la que más se hubiera resentido de ella en su cruzada de siete siglos, si

procede de José María Luengo quien, en apéndice a su obra *El castillo de Ponferrada* (1929), afirma que “en los cascos de los [guerreros] galos aparecía esta representación como signo profiláctico de los peligros bélicos” [Picoche, p. 138; Luengo, p. 373]. Pero la *enigmática* afirmación de Gil, «no sabemos los profanos... la clave de su liturgia oscura» quizás esté escrita también para iniciados. [N. del ed.].

²⁶ *Canción I. Por la pérdida del rey don Sebastián* de Fernando de Herrera, vv. 24-26. Sobre las influencias literarias en el *Bosquejo*, véase en este volumen el ensayo de Paz Díaz-Taboada, p. 135 y ss.

en Castilla no tuviese por compañeras esta ilustre orden las de la Caballería Nacional, Calatrava, Santiago y Alcántara, y si en Aragón y Portugal no se hubiesen creado para sucederla las de Montesa y Jesucristo.

Por lo demás, sabido es que en España los templarios alcanzaron en todas partes absolución completa y que no fue posible probarles ninguno de los crímenes imputados, que tal vez mancharían a algunos individuos, pero que por respeto a la naturaleza debemos creer distantes de la orden.

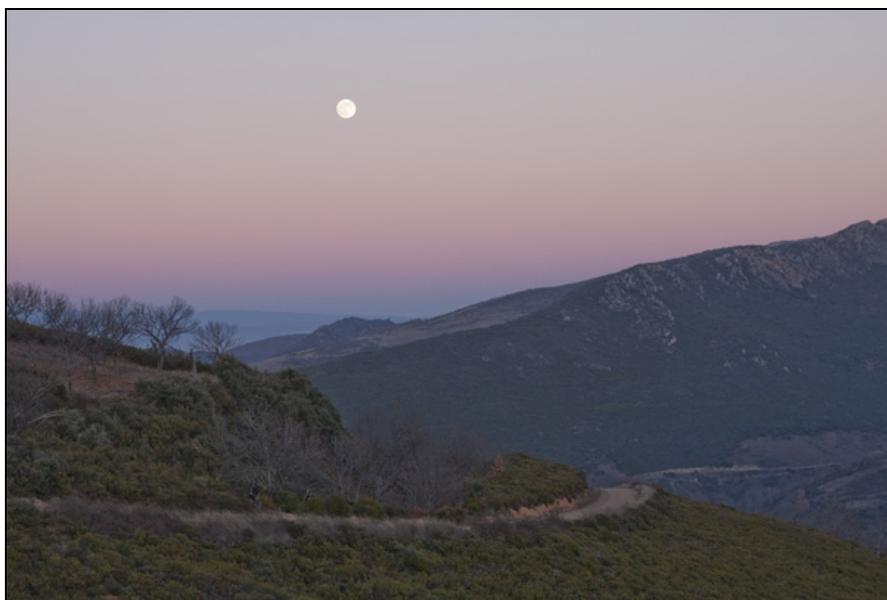
Extinguida ésta, el castillo de Ponferrada, que Mariana y Salazar²⁷ mencionan, pasó a poder de don Pedro Fernández de Castro, conde de Lemus, por merced que en 1340 le hizo el rey don Alonso y lo conservó esta casa hasta 1492 en que de nuevo tornó a la jurisdicción real por excesos y tropelías del conde, que sin duda debieron de ser bien grandes, cuando una real cédula de 1510 manda “que los concertadores y escribanos mayores de las confirmaciones, confirmen los privilegios y mercedes de esta villa, sin embargo de los bullicios y escándalos acaecidos en ella por el conde de Lemus”.

De este alcázar tan rico en recuerdos ya sólo se conservan las murallas y obras sólidas, pero aún en una de las paredes se ven los restos de un mosqueado de encarnado y oro que ni el sol ni la lluvia han podido borrar del todo. Aun así, su extensión colosal, su situación aventajada, el Sil que rueda por su pie con sus arenas de oro, el dilatado país que desde sus torreones se enseñoa y que despliega las galas del más extremado y vario panorama y aquella impresión vaga de respeto que causan siempre las grandes ruinas, le comunican un encanto irresistible y misterioso.

Hemos concluido un desaliñado bosquejo de un país de casi todos desconocido a pesar de sus bellezas, al cual están ligados los recuerdos de nuestra infancia, las puras alegrías del hogar doméstico, las ilusiones generosas de la primera juventud, a vueltas de memorias de pesar y de pérdidas dolorosas harto mayores en número. A medida que los pensiles del alma van perdiendo sus hojas y sus flores, sus valles se revisten a nuestros ojos de formas de una hermosura casi mística, y los murmullos de sus aguas y arboledas despiertan los ecos adormecidos del corazón con música inefable y melancólica. Acepte pues el espíritu de estas soledades, acepten los amigos de nuestra infancia este homenaje de afecto desinteresado y puro como la edad en que nació y como las escenas que lo han alimentado.

²⁷ Salazar, *Reparos hist.*, núm. 252. Mariana, *Historia de España*, lib. XV, cap. X.

4. El Bierzo en *El Señor de Bembibre*



En una tarde mayo...

En una tarde de mayo de uno de los primeros años del siglo XIV, volvían de la feria de San Marcos de Cacabelos tres al parecer criados de alguno de los grandes señores que entonces se repartían el dominio del Bierzo. El uno de ellos, como de cincuenta y seis años de edad, montaba una jaca gallega de estampa poco aventajada, pero que a tiro de ballesta descubría la robustez y resistencia propias para los ejercicios venatorios, y en el puño izquierdo cubierto con su guante llevaba un neblí encaperuzado. Registrando ambas orillas del camino, pero atento a su voz y señales, iba un sabueso de hermosa raza. Este hombre tenía un cuerpo enjuto y flexible, una fisonomía viva y atezada, y en todo su porte y movimientos revelaba su ocupación y oficio de montero.

Frisaba el segundo en los treinta y seis años, y era el reverso de la medalla, pues a una fisonomía abultada y de poquísima expresión, reunía un cuerpo macizo y pesado, cuyos contornos de suyo poco airosos, comenzaba a borrar la obesidad. El aire de presunción con que manejaba un soberbio potro andaluz en que iba caballero, y la precisión con que le obligaba a todo género de movimientos, le daban a conocer como picador o palafrenero, y el tercero, por último, que montaba un buen caballo de guerra e iba un poco más lujosamente ataviado, era un mozo de presencia muy agradable, de gran soltura y despejo, de fisonomía un tanto maliciosa y en la flor de sus años. Cualquiera le hubiera señalado sin dudar porque era el escudero o paje de lanza de algún señor principal.

Llevaban los tres conversación muy tirada, y como era natural, hablaban de las cosas de sus respectivos amos, elogiándolos a menudo y entreverando las alabanzas con su capa correspondiente de murmuración.

[Capítulo I]

Puesta de sol

Estaba poniéndose el sol detrás de las montañas que parten términos entre El Bierzo y Galicia, y las revestía de una especie de aureola luminosa que contrastaba peregrinamente con sus puntos oscuros. Algunas nubes de formas caprichosas y mudables sembradas acá y acullá por un cielo hermoso y purísimo, se teñían de diversos colores según las herían los rayos del sol. En los sotos y huertas de la casa estaban floridos todos los rosales y la mayor parte de los frutales, y el viento que los movía mansamente venía como embriagado de perfumes. Una porción de ruiseñores y jilgueros cantaban melodiosamente, y era difícil imaginar una tarde más deliciosa. Nadie pudiera creer, en verdad, que en semejante teatro iba a representarse una escena tan dolorosa.

Doña Beatriz clavaba sus ojos errantes y empañados de lágrimas ora en los celajes del ocaso, ora en los árboles del soto, ora en el suelo; y, don Álvaro, fijos los suyos en ella de hito en hito, seguía con ansia todos sus movimientos. Ambos jóvenes estaban en un embarazo doloroso sin atreverse a romper el silencio. Se amaban con toda la profundidad de un sentimiento nuevo, generoso y delicado, pero nunca se lo habían confesado. Los afectos verdaderos tienen un pudor y reserva característicos, como si el lenguaje hubiera de quitarles su brillo y limpieza. Esto cabalmente es lo que había sucedido con don Álvaro y doña Beatriz, que, embebecidos en su dicha, jamás habían pensado en darle nombre ni habían pronunciado la palabra amor. Y sin embargo, esta dicha parecía irse con el sol que se ocultaba detrás del horizonte, y era preciso apartar de delante de los ojos aquel prisma falaz que hasta entonces les había presentado la vida como un delicioso jardín.

[Capítulo II]

Castillo de Ponferrada

Todavía se conserva esta hermosa fortaleza, aunque en el día solo sea ya el cadáver de su grandeza antigua. Su estructura tiene poco de regular porque a un fuerte antiguo de formas macizas y pesadas se añadió por los templarios un cuerpo de fortificaciones más moderno, en que la solidez y la gallardía corrían parejas, con lo cual quedó privada de armonía, pero su conjunto todavía ofrece una masa atrevida y pintoresca. Está situado sobre un hermoso altozano desde el cual se registra todo El Bierzo bajo, con la infinita variedad de sus accidentes, y el Sil que corre a sus pies para juntarse con el Boeza un poco más abajo, parece rendirle homenaje.

Ahora ya no queda más del poderío de los templarios que algunos versículos sagrados inscritos en lápidas, tal cual símbolo de sus ritos y ceremonias y la cruz famosa, terror de los infieles; sembrado todo aquí y acullá en aquellas fortísimas murallas; pero en la época de que hablamos era este castillo una buena muestra del poder de sus poseedores.

[Capítulo III]

La ribera del Boeza

En esto ya volvía él con la yegua aderezada, y sacándola por la puerta trasera de la huerta para meter menos ruido, montó en ella poniendo a Martina delante, y después de decir a su mujer que antes de amanecer estarían va de vuelta, se alejaron a paso acelerado. Era la torda animal muy valiente; y así es que a pesar de la carga tardaron poco en verse en la fértil ribera de Bembibre, bañada entonces por los rayos melancólicos de la luna que rielaba en las aguas del Boeza, y en los muchos arroyos que como otras tantas venas suyas derraman la fertilidad y alegría por el llano. Como la noche estaba ya adelantada, por no despertar a la ya recogida gente del pueblo, torcieron a la izquierda y por las afueras se encaminaron al castillo, sito en una pequeña eminencia y cuyos destruidos paredones y murallas tienen todavía una apariencia pintoresca en medio del fresco paisaje que enseñorean. A la sazón, todo parecía en él muerto y silencioso; pero los pasos del centinela en la plataforma del puente levadizo, una luz que alumbraba un aposento de la torre de en medio y esmaltaba sus vidrieras de colores y una sombra que de cuando en cuando se pintaba en ellos, daban a entender que el sueño no había cerrado los ojos de todos. Aquella luz era la del aposento de don Álvaro, y su sombra la que aparecía de cuando en cuando en la vidriera. El pobre caballero hacía días que apenas podía conciliar el sueño a menos de haberse entregado a violentas fatigas en la caza.

Capítulo IX

Camino de Cornatel

Don Álvaro salió de su castillo muy poco después de Martina, y encaminándose a Ponferrada subió el Montearenas, torció a la izquierda, cruzó el Boeza y sin entrar en la bailía tomó la vuelta de Cornatel. Caminaba orillas del Sil, ya entonces junto con el Boeza, y con la pura luz del alba, e iba cruzando aquellos pueblos y valles que el viajero no se cansa de mirar y que a semejante hora estaban poblados con los cantares de infinitas aves. Ora atravesaba un soto de castaños y nogales, ora un linar cuyas azuladas flores semejaban la superficie de una laguna, ora praderas fresquísimas y de un verde delicioso, y de cuando en cuando solía encontrar un trozo de camino cubierto a manera de dosel con un rústico emparrado. Por la izquierda subían, en un declive manso a veces y a veces rápido, las montañas que forman la cordillera de la Aquiana con sus faldas cubiertas de viñedo, y por la derecha se dilataban hasta el río huertas y alamedas de gran frondosidad. Cruzaban los aires bandadas de palomas torcaces con vuelo veloz y sereno al mismo tiempo; las pomposas oropéndolas y los vistosos gayos revoloteaban entre los árboles, y pintados jilgueros y desvergonzados gorriones se columpiaban en las zarzas de los setos. Los ganados salían con sus cencerros, y un pastor jovencillo iba tocando en una flauta de corteza de castaño una tonada apacible y suave.

Si don Álvaro llevase el ánimo desembarazado de las angustias y sinsabores que de algún tiempo atrás acibaraban sus horas, hubiera admirado sin duda aquel paisaje que tantas veces había cautivado dulcemente sus sentidos en días más alegres; pero ahora su único deseo era llegar pronto al castillo de Cornatel y hablar con el comendador Saldaña, su alcaide.

Por fin, torciendo a la izquierda y entrando en una encañada profunda y barrancosa por cuyo fondo corría un riachuelo, se le presentó en la cresta de la montaña la mole del castillo iluminada ya por los rayos del sol, mientras los precipicios de alrededor estaban todavía oscuros y cubiertos de vapores. Paseábase un centinela por entre las almenas, y sus armas despedían a cada paso vivos resplandores. Difícilmente se puede imaginar mudanza más repentina que la que experimenta el viajero entrando en esta profunda garganta: la naturaleza de este sitio es áspera y montaraz, y el castillo mismo cuyas murallas se recortan sobre el fondo del cielo parece

una estrecha atalaya entre los enormes peñascos que le cercan y al lado de los cerros que le dominan. Aunque el foso se ha cegado y los aposentos interiores se han desplomado con el peso de los años, el esqueleto del castillo todavía se mantienen en pie y ofrece el mismo espectáculo que entonces ofrecía visto de lejos.

(...)

Quedáronse entonces entrambos en silencio como embebecidos en la contemplación del soberbio punto de vista que ofrecía aquel alcázar reducido y estrecho, pero que, semejante al nido de las águilas, dominaba la llanura. Por la parte de oriente y norte le cercaban los precipicios y derrumbaderos horribles por cuyo fondo corría el riachuelo que acababa de pasar don Álvaro, con un ruido sordo y lejano que parecía un continuo gemido. Entre norte y ocaso se divisaba un trozo de la cercana ribera del Sil lleno de árboles y verdura, más allá del cual se extendía el gran llano del Bierzo poblado entonces de monte y dehesas, y terminado por las montañas que forman aquel hermoso y feraz anfiteatro. El Cúa, encubierto por las interminables arboledas y sotos de sus orillas, corría por la izquierda al pie de la cordillera, besando la falda del antiguo *Berdigum* y bañando el monasterio de Carracedo. Y hacia el poniente, por fin, el lago azul y transparente de Carucedo, harto más extendido que en el día, parecía servir de espejo a los lugares que adornan sus orillas y a los montes de suavísimo declive que lo encierran. Crecían al borde mismo del agua encinas corpulentas y de ramas pendientes parecidas a los sauces que aún hoy se conservan, chopos altos y doblegadizos como mimbres que se mecían al menor soplo del viento, y castaños robustos y de redonda copa. De cuando en cuando una bandada de lavancos y gallinetas de agua revolaba por encima describiendo espaciosos círculos, y luego se precipitaba en los espadañales de la orilla, o levantando el vuelo desaparecía detrás de los encarnados picachos de Las Médulas.

Capítulo X

Beatriz en Villabuena

Era la tarde purísima y templada, y la brisa que discurría perezosamente entre los árboles apenas arrancaba un leve susurro de sus hojas. El sol se acercaba al ocaso por entre nubes de variados matices, y bañaba las colinas cercanas, las copas de los árboles y la severa fábrica del monasterio de una luz cuyas tintas variaban, pero de un tono general siempre suave y apacible. Las tórtolas arrullaban entre los castaños, y el murmullo del Cúa tenía un no sé qué de vago y adormecido que inclinaba el alma a la meditación. Difícil era mirar sin enternecimiento aquella escena sosegada y melancólica, y el alma de doña Beatriz, tan predispuesta de continuo a esta clase de emociones, se entregaba a ellas con toda el ansia que sienten los corazones llagados.

Cierto era que con pocas alegrías podía señalar los días que había pasado en aquel asilo de paz; pero al cabo, el cariño con que había sido acogida y el encanto que derramaba en su pecho la santa calma del claustro, tenían natural atractivo a sus ojos. ¿Quién sabe lo que le aguardaba el porvenir en sus regiones apartadas?... Doña Beatriz se sentó al pie de un álamo, y desde allí, como por despedida, tendía dolorosas miradas a todos aquellos sitios, testigos y compañeros de sus pesares, a las flores que había cuidado con su mano, a los pájaros para quienes había traído cebo más de una vez, y a los arroyos en fin, que tan dulce y sonoramente murmuraban. Embebecida en estos tristes pensamientos no echó de ver que el sol se había puesto y callado las tórtolas y pajarillos, hasta que la campana del convento tocó a las oraciones. Aquel son que se prolongaba por las soledades y se perdía entre las sombras del crepúsculo, asustó a doña Beatriz...

Capítulo XI

Otoño en El Bierzo

El otoño había sucedido a las galas de la primavera y a las canículas del verano, y tendía ya su manto de diversos colores por entre las arboledas, montes y viñedos del Bierzo. Comenzaban a volar las hojas de los árboles, las golondrinas se juntaban para buscar otras regiones más templadas, y las cigüeñas, describiendo círculos alrededor de las torres en que habían hecho su nido, se preparaban también para su viaje. El cielo estaba cubierto de nubes pardas y delgadas por medio de las cuales se abría paso de cuando en cuando un rayo de sol, tibio y descolorido. Las primeras lluvias de la estación, que ya habían caído, amontonaban en el horizonte celajes espesos y pesados, que adelgazados a veces por el viento y esparcidos entre las grietas de los peñascos y por la cresta de las montañas, figuraban otros tantos cendales y plumas abandonados por los genios del aire en medio de su rápida carrera. Los ríos iban ya un poco turbios e hinchados, los pajarillos volaban de un árbol a otro sin soltar sus trinos armoniosos, y las ovejas corrían por las laderas y por los prados recién despojados de su yerba, balando ronca y tristemente. La naturaleza entera parecía despedirse del tiempo alegre y prepararse para los largos y oscuros lutos del invierno.

(...)

Como en El Bierzo está y estuvo siempre muy diseminada la población, la proximidad de las aldeas hace que sus campanas se oigan distintamente de unas a otras. La hora de la oración, que sorprende al cazador en algún pico elevado y solitario, tiene un encanto y solemnidad indefinible, porque los diversos sonidos, cercanos y vivos los unos, confusos y apagados los otros, imperceptibles y vagos los más remotos, derramándose por entre las sombras del crepúsculo y por el silencio de los valles, recorren un diapasón infinito y melancólico y llenan el alma de emociones desconocidas.

Caminaban nuestros dos viajeros de día, muy claro, y de consiguiente carecía el paisaje y la música de las campanas de aquel misterio que la proximidad de la noche comunica a toda clase de escenas y sensaciones, pero según el profundo silencio que guardaban, no parecía sino que aquellos lentos y agudos tañidos, que semejantes a una sinfonía fúnebre y general por la ruina del mundo venían de todos los collados de las llanuras y de los precipicios, embargaban profundamente su alma. ¿Quién sabe de

dónde venían aquellos dos forasteros y si eran nativos de aquella tierra? ¿Quién sabe si aquellas voces de metal, que ahora solo hablaban de la muerte, habían entonado un himno de alegría el día de su nacimiento, les habían despertado en los días de fiesta con sus repiques, y les traían entonces al pensamiento mil pasadas historias y recuerdos? Tal vez eran estas las ideas que en ellos se despertaban, pero no se las comunicaban uno a otro; y callados y absortos en sus meditaciones, caminaban a largo y tendido paso sin reparar en las miradas de aquellos sencillos campesinos. Por fin doblaron la cuesta de Congosto y siguieron el camino del Bierzo abajo.

Capítulo XVIII

La fortaleza de Ponferrada

Algunos ritos que se observan en las modernas sociedades secretas, sobre todo en la admisión de socios, se dicen derivados de los templarios. Cualquiera que pueda ser su verdadero carácter y procedencia, lo que no admite duda es que aquellos caballeros practicaban algunas ceremonias cuyo sentido simbólico y misterioso era hijo de una época más poética y entusiasta que la que en sus postreras décadas alcanzaban.

En el castillo de Ponferrada se conservan todavía entallados encima de una puerta, dos cuadrados perfectos que se intersecan en ángulos absolutamente iguales, y al lado derecho tienen una especie de sol, con una estrella a la izquierda. La existencia de tan extrañas figuras, de todo punto desusadas en la heráldica, basta para probar que la opinión que en su tiempo se tenía de sus prácticas misteriosas y tremendas no carecía absolutamente de fundamento. Una entre todas era particularmente chocante, a saber: las injurias que se hacían al crucifijo, y cuya significación no era otra sino la rehabilitación del pecador, a partir de la impiedad y del crimen para subir por los escalones de la purificación y del sacrificio a las santificadas regiones de la gracia; rito fatal que, sin diferenciarse en la esencia de la *fiesta de los locos* y algunos otros usos de la antigua Iglesia, fue causa principal de la ruina del Temple, cuando su sentido místico se había perdido ya entre las nieblas de una generación más sensual y grosera. A explicar, por lo tanto, a su sobrino semejantes enigmas, vedados a los ojos del vulgo, se encaminaron los esfuerzos del maestre en los días que precedieron a su profesión.

Capítulo XXII

Las Médulas

Toda esta gente acampó a la falda del antiguo monte *Medullium*, tan celebrado por su extraordinaria abundancia de criaderos de oro durante la dominación romana en la Península Ibérica. Esta montaña, horadada y minada por mil partes, ofrece un aspecto peregrino y fantástico por los profundos desgarrones y barrancos de barro encarnado que se han ido formando con el sucesivo hundimiento de las galerías subterráneas y la acción de las aguas invernizas y que la cruzan en direcciones inciertas y tortuosas. Está vestida de castaños bravos y matas de roble, y coronada aquí y allá de picachos rojizos de un tono bastante crudo, que dice muy bien con lo extravagante y caprichoso de sus figuras. Su extraordinaria elevación y los infinitos montones de cantos negruzcos y musgosos que se extienden a su pie, residuo de las inmensas excavaciones romanas, acaba de revestir aquel paisaje de un aire particular de grandeza y extrañeza que causa en el ánimo una emoción misteriosa. De las galerías se conservan enteros muchos trozos que asoman sus botas negras en la mitad de aquellos inaccesibles derrumbaderos y dan la última pincelada a aquel cuadro en que la magnificencia de la naturaleza y el poder de los siglos campean sobre las ruinas de la codicia humana y sobre la vanidad de sus recuerdos.

Al pie de la montaña está fundada la aldea de Médulas, poco considerable en el día, pero que en la época de que hablamos era mucho más pobre y ruin todavía. Aquí asentó el conde sus reales rodeado del trozo más florido y mejor armado de su gente, y la que no pudo ampararse de las pocas chozas que allí había se repartió por las minas y cuevas para buscar un abrigo contra la intemperie de la estación. La caballería se ladeó hacia la izquierda y se extendió por las orillas del lago de Carucedo que le brindaban abundosos pastos y forrajes. De esta suerte repartidos, púsose el sol turbio y triste de diciembre, y estableciendo sus guardias y precaviéndose como lo pedía la vecindad de un enemigo audaz y temible, aguardaron alrededor de sus hogueras la venida del nuevo día.

Amaneció este, y al punto los clarines, gaitas y tamboriles saludaron sus primeros resplandores. Los relinchos de los caballos a la orilla del lago, los ecos de los groseros instrumentos, las voces de mando y los romances guerreros de aquellas alegres y animadas tropas resonaban con extraordinario ruido entre aquellas breñas y precipicios, y los corzos y

jabalíes huían asustados por las laderas con terribles saltos y bufidos. Semejante estruendo y algarabía formaba raro contraste con el reposo y silencio del castillo, cuyos caballeros, inmóviles como estatuas, reflejaban en sus bruñidas armaduras los tempranos rayos del sol. El ronco murmullo que se oyó entre ellos fue el de los salmos y oraciones matutinas que entonaron a media voz, de rodillas, con la cabeza descubierta, las lanzas y espadas inclinadas al suelo, y el rostro vuelto hacia el oriente.

Capítulo XXV

Al pie de Cornatel

Buen rato antes de que asomase por entre las nieblas del oriente la aurora pálida y descolorida de aquel día en que debían suceder tantos casos lastimosos, don Álvaro, seguido de una gran tropa de caballeros, bajó por aquella escalera que sola otra vez y con tan distintas esperanzas había pisado. Los caballos llegaron también sin trabajo a la orilla del torrente, que entonces corría con tremendo estrépito, muy a propósito para ocultar su marcha. Emprendieronla callados y atentos al inminente riesgo que les cercaba, porque caminaban por una ladera gredosa y escurridiza y por una senda estrecha y tortuosa al borde mismo de los enormes barrancos que excava aquel regato poco antes de entrar en el Sil. Desfilaban uno por uno con gran peligro de ir a parar al fondo al menor resbalón y con otro no menor de ser descubiertos en tan apretado trance por el relincho de un caballo; pero estos generosos animales, como si conociesen la importancia de la ocasión, no solo anduvieron el difícil camino sin dar un paso en falso, sino que apenas soltaban tal cual corto resoplido. Por fin salieron de aquellas angosturas, y antes de que amaneciese ya estaban emboscados en el monte de acebuches que linda con el pueblo de San Juan de Paluezas, y llegaba muy cerca del campamento de la caballería del conde de Lemos. Allí, cuidadosamente escondidos, aguardaron la convenida señal.

Poco tardaron en colorearse débilmente los húmedos celajes del oriente, y los clarines, gaitas y tamboriles de los sitiadores despertaron a los que todavía dormían al amor de la lumbre. Levantáronse todos ellos alborzados y, dando terribles gritos, se formaron al punto bajo sus enseñas. El conde Lemos salió de su tienda, y en un caballo blanco...

Capítulo XXVI

El campamento en Médulas

La vista que ofrecía el campamento del conde en medio de aquellas profundísimas cárcavas, cuyo color rojizo resaltaba más y más con el trémulo resplandor de las hogueras, era sumamente pintoresca. La mayor parte de los soldados estaban resguardados del frío en las cuevas y restos que quedaban de las antiguas galerías subterráneas; pero los que velaban para impedir todo rebato, encaramados en aquellos últimos mogotes, visibles unas veces e invisibles otras, según las llamas de los fuegos lanzaban reflejos más vivos o apagados, pero siempre inciertos y confusos, parecían danzar como otras tantas sombras fantásticas en aquellas escarpadas eminencias. La forma misma de aquellos picachos, caprichosa y extraña, y la oscuridad de los matorrales imprimían en toda la escena un sello indefinible de vaguedad enigmática y misteriosa.

(...)

La extraña configuración del terreno a que desde luego tuvo que sujetarse la fortificación, imposibilitada de dominarla, prolonga extraordinariamente el castillo de ocaso a naciente. La niebla, que tanto favorecía los pensamientos y propósitos del de Lemos, encubriendo su peligroso asalto, no favorecía menos a don Álvaro, que en aquel ángulo tan apartado desaparecía bajo su velo de las miradas de los suyos. El torreón, edificado en un peñasco saliente, forma una especie de rombo de pocos pies cuadrados y comunica con el resto de la fortaleza por una estrecha garganta franqueada por dos terribles despeñaderos. En este tan reducido espacio sin embargo, iba a decidirse la suerte de dos personas igualmente ilustres por su prosapia, sus riquezas y su valor, pero de todo punto diferentes a más no poder por prendas morales y sentimientos caballerescos.

Capítulo XXVIII

La tristeza de Beatriz

Por tan raros modos, el soplo del infortunio había disipado en el cielo de sus pensamientos los postreros y tornasolados celajes que en él quedaban después de puesto el sol de su ventura, y para colmo de tristeza, todos los sitios que recorrían sus ojos estaban llenos de recuerdos mejores y poblados de voces que continuamente traían a sus oídos palabras desnudas ya de sentido, como está desnudo de lozanía el árbol que ha tendido en el suelo el hacha del leñador. De esta suerte perdida su alma y errante por el vacío inconmensurable del mundo, levantaba su vuelo con más ansia hacia las celestes regiones, pero tantos combates y tan incesante anhelo acababan con las pocas fuerzas que quedaban en aquella lastimada señora. El aire puro y oloroso de la primavera tal vez hubiera reanimado aquel pecho que comenzaba a oprimirse y devuelto a su cuerpo algo de su perdida lozanía, pero el invierno reinaba despiadadamente en aquellos campos yertos y desnudos, y el sol mismo escaseaba sus vivificantes resplandores.

Desde las ventanas y celosías del monasterio, veía correr el Cúa turbio y atropellado, arrastrando en su creciente troncos de árboles y sinnúmero de plantas silvestres; los viñedos plantados al pie de la colina donde todavía se divisaban las ruinas de la romana *Berdigum*, despojados de sus verdes pámpanos, dejaban descubierta del todo la tierra rojiza y ensangrentada que los alimenta, y en las montañas lejanas una triste corona de vapores y nublados oscilaba en giros vagos y caprichosos al son del viento, cruzando unas veces rápidamente la atmósfera en masas apiñadas y descargando recios aguaceros, y entreabriéndose otras a los rayos del sol para envolverle prontamente en su pálida y húmeda mortaja. No faltaban accidentes pintorescos en aquel cuadro, pero todos participaban abundantemente de la tristeza de la estación, del mismo modo que los pensamientos de doña Beatriz, bien que varios en sus formas, todos tenían el mismo fondo de pesar.

Como frecuentemente acontece, en el estado a que la había conducido la profunda agitación de espíritu unida a la debilidad de su cuerpo, al paso que esta iba poco a poco aumentándose, cada día iba también en aumento la exaltación de su espíritu.

El arpa en sus manos tenía vibraciones y armonías inefables, y las religiosas, que muchas veces la oían, se deshacían en lágrimas de que no acertaban a darse cuenta. Su voz había adquirido un metal profundo y lleno de sentimiento, y en sus canciones parecía que las palabras adquirían nueva significación, como si viniesen de una región misteriosa y desconocida, y saliesen de los labios de seres de distinta naturaleza. A veces tomaba la pluma y de ella fluía un raudal de poesía apasionada y dolorida, pero benéfica y suave como su carácter, ora en versos llenos de candor y de gracia, ora en trozos de prosa armoniosa también y delicada.

Todos estos destellos de su fantasía, todos estos ayes de su corazón, los recogía en una especie de libro de memoria, forrado de seda verde, que cuidadosamente guardaba, sin duda porque algún rasgo de amargura vecino a la desesperación se había deslizado alguna vez entre aquellas páginas llenas de angélica resignación. A vueltas de sus propios pensamientos, había pasajes y versículos de la Sagrada Escritura, que desde que volvió al monasterio era su libro más apreciado y que de continuo leía; y aquellas memorias suyas comenzaban con un versículo en que hasta allí parecía encerrarse su vida, y que tal vez era una profecía para lo venidero: *Vigilavi et factus sum sicut passer solitarius in tecto*²⁸.

Tal era el estado de doña Beatriz cuando una mañana le pasaron recado de que el abad de Carracedo quería verla.

Capítulo XXIX

²⁸ “Velo y me encuentro como pájaro solitario en el tejado”. Salmos, 102, 7.

Esplendor del Bierzo

La comitiva cruzó el Sil por la misma barca de Villadepalos que en otros tiempo más felices debió conducirla en brazos de su amante a un puerto de seguridad y de ventura. Fatalidad y no pequeña era encontrar por todas partes memorias tan aciagas, pero aquel reducido país había servido de campo a tantos sucesos que más o menos de cerca le tocaban, que bien podía decirse que sus pensamientos y recuerdos lo poblaban, y de dondequiera salían al encuentro de sus miradas.

Pasado el río hay una cuesta muy empinada, desde la cual a un tiempo se divisan entrambas orillas del Sil, todo el llano que forma su cuenca, el convento de Carracedo con su gran mole blanca en medio de una fresquísima alfombra de prados, y los diversos términos y accidentes de las cordilleras que por dondequiera cierran y amojonan aquel país.

Comenzaba a desprenderse la vegetación de los grillos del invierno; el Sil, un poco crecido, pero cristalino y claro, corría majestuosamente entre los sotos todavía desnudos que adornaban sus márgenes; el cielo estaba surcado de nubes blanquecinas en forma de bandas, por entre las cuales se descubría un azul purísimo, y una porción de mirlos y jilgueros, revoloteando por entre los arbustos y matas, anunciaban con sus trinos y piadas la venida del buen tiempo.

Del otro lado descollaban las sierras de la Aquiana con sus crestas coronadas de nubes a la sazón, y los agudos y encendidos picachos de Las Médulas remataban su cadena con una gradación muy vistosa. Casi al pie se extendía el lago de Carucedo, rodeado de pueblos, cuyos tejados de pizarras azules vislumbraban al sol siempre que se descubría, y terminado por dos montes, de los cuales el que mira a mediodía estaba cubierto de árboles, mientras el que da al norte formaba extraño contraste por su desnudez y peladas rocas.

Doña Beatriz se sentó a descansar un rato en el alto de la cuesta, y desde allí tendía la vista por entrambas perspectivas, levantando de vez en cuando sus ojos al cielo, como si le rogase que los recuerdos de amargura y las pruebas de su juventud quedasen a su espalda, como la tierra de Egipto detrás de su pueblo escogido, y a orillas de aquel lago apacible y sereno comenzase una nueva era de salud, de esperanza y de alegría que apenas se

atrevía a fingir en su imaginación. Después de descansar un rato, subió la comitiva en sus caballos y se encaminó silenciosamente a la hermosa quinta en que doña Beatriz debía aguardar el fallo de su vida y de su suerte.

Era esta un edificio con algunas fortificaciones a la usanza de la época, pero sobrado primoroso para fortaleza, porque todos los frágiles adornos y labores del gusto árabe se juntaban en sus afiligranadas puertas y ventanas y en los capiteles que coronaban sus almenas. Habíanla labrado los templarios en tiempos de su mayor esplendor, y para su asiento escogieron una colina poco elevada y de suavísimo declive que está debajo del pueblo de Lago y domina la líquida llanura en cuyos cristales moja sus pies. Forma el lago junto a ella un lindo seno, y allí se abrigaban algunos esquifes ligeros en que los caballeros acostumbraban a solazarse con la pesca de las anguilas, de que hay gran abundancia, y cazando con ballesta algunas de las infinitas aves acuáticas que surcan la resplandeciente superficie. Como las áridas cuevas del monte del norte, que los naturales apellidan de los Caballos, hacían espaldas a la quinta, resultaba que de aquel paisaje agraciado y lleno de suavidad únicamente se ocultaban los términos áridos y yermos. Lo restante era y es todavía un panorama de variedad y amenidad grandísima que, repelido por el espejo del lago, figura a veces, cuando lo agita blandamente la brisa, un mar confuso de rocas, árboles, viñedos y colinas sin cesar divididos y juntados por una mano invisible. Tiene el lago más de una ensenada, y la que se prolonga entre oriente y norte, perdida entre las sinuosidades de un valle, parece dilatar su extensión, y los juncos y espadañas que la pueblan sirven de abrigo a infinitas gallinetas de agua y lavancos de cuello tornasolado.

No lejos de esta ensenada está el pueblo de Carucedo, sentado en una fresca encañada, y a su extremo una porción de encinas viejísimas y corpulentas, cuyas pendientes ramas se asemejan a las de los árboles del desmayo, sirven de límite a las aguas, mientras en la orilla opuesta occidental un soto de castaños enormes señala también su término a los caudales del lago.

Doña Beatriz, que tenía un alma abierta, por desgracia suya en demasía, a todas las emociones puras y nobles, no pudo menos de admirar la belleza del paisaje cuando las laderas de los montes que descienden al lago y su hermosa tabla comenzaron a desplegarse a sus ojos desde las alturas de San Juan de Paluezas. A medida que se acercaba, íbase descogiendo un nuevo pliegue del terreno, y ora un grupo de árboles, ora un arroyo que

serpenteaba en alguna quiebra, ora una manada de cabras que parecían colgadas de una roca, a cada paso derramaban nuevas gracias sobre aquel cuadro. Cuando por fin llegó a la quinta y se asomó al mirador, desde el cual todos los contornos se registraban, subieron de punto a sus ojos todas aquellas bellezas.

El sol se ponía detrás de los montes dejando un vivo rastro de luz, que se extendía por el lago y a un mismo tiempo iluminaba los diversos terrenos, esparciendo aquí sombras y allí claridades. Numerosos rebaños de ganado vacuno bajaban mugiendo a beber moviendo sus esquilas, y otros hatos de ovejas y cabras y tal cual piara de yeguas con sus potros juguetones venían también a templar su sed, triscando y botando, mezclando relinchos y balidos. Los lavancos y gallinetas, tan pronto en escuadrones ordenados como desparramados y solitarios, nadaban por aquella reluciente llanura. Una pastora, que en su saya clara y dengue encarnado mostraba ser joven y soltera y en sus movimientos gran soltura y garbo, conducía sus ovejas cantando una tonada sentida y armoniosa, y como si fuera un eco, de una barca que cruzaba silenciosa, costeando la orilla opuesta, salía una canción guerrera entonada por la voz robusta de un hombre, pero que apagada por la distancia perdía toda su dureza, no de otra suerte que si se uniese al coro armonioso, templado y suave que al declinar el sol se levantaba de aquellas riberas.

Por risueños puntos de vista que ofrezcan las orillas del Cúa y del Sil, fuerza es confesar que la calma, bonanza y plácido sosiego del lago de Carucedo no tiene igual tal vez en el antiguo reino de León. Doña Beatriz, casi arrobada en la contemplación de aquel hermoso y rutilante espejo guarnecido de su silvestre marco de peñascos, montañas, praderas y arbolados, parecía engolfada en sus pensamientos. Para un corazón poseído de amor como el suyo, la creación entera no parece sino el teatro de sus penas o su felicidad, de sus esperanzas o sus dudas, y esto cabalmente sucedía a aquella interesante y desgraciada señora.

Capítulo XXXI

El lago de Carucedo

El lago había recobrado la verdura de sus contornos y la serenidad de sus aguas; los arbolados de la orilla, de nuevo cubiertos de hoja, servían de amparo a infinidad de ruiseñores, palomas torcaces y tórtolas que poblaban el aire de cantares y arrullos; los turbios torrentes del invierno se habían convertido en limpios y parleros arroyos; los vientos templados ya y benignos traían de los montes los aromas de las jaras y retamas en flor; los lavancos y gallinetas revoloteaban sobre los juncales y espadañales en donde hacían sus nidos, y el cielo mismo, hasta entonces encapotado y ceñudo, comenzaba a sembrar su azul con aquellos celajes levemente coloreados que por la primavera adornan el horizonte al salir y ponerse el sol.

La Aquiana había perdido su resplandeciente tocado de nieve y solo algunas manchas quedaban en los resquicios más oscuros de las rocas, formando una especie de mosaico vistoso. La naturaleza entera, finalmente, se mostraba tan hermosa y galana, como si del sueño de la muerte despertase a una vida perdurable de verdor y lozanía.

A la manera que el agua de los ríos se tiñe de los diversos colores del cielo, así el espectáculo del mundo exterior recibe las tintas que el alma le comunica en su alegría o dolor. Los acerbos golpes que doña Beatriz había recibido y su retraimiento en el monasterio habían trocado la natural serenidad de su alma en una melancolía profunda que, estimulada por el mal, tendía sobre la creación un velo opaco. Antes eran sus pensamientos un cristal rutilante que esmaltaba y daba vida y matices a todos los objetos al parecer más despreciables, porque el amor derramaba en su imaginación el tesoro de sus esperanzas más risueñas, y ella a su vez las vertía a torrentes sobre las escenas que a sus ojos se ofrecían, pero deshecho el encanto y deshojadas las flores del alma, todo se había oscurecido. El mundo, mirado desde las playas de la soledad y a través del prisma de las lágrimas, solo tiene resplandores empañados y frondosidad marchita.

Una tarde que estaba entregada a semejantes pensamientos en el mirador de la quinta, paseando por el cristal de las aguas distraídas miradas, llegose su padre a ella a tiempo que sus ojos se fijaban en el castillo de Cornatel, plantado a manera de atalaya en la cresta de sus derrumbaderos. No advirtió ella la aproximación de don Alonso y siguió engolfada en sus meditaciones.

—¿Qué piensas, Beatriz —le preguntó con su acostumbrado cariño—, que no has reparado en mí?

—Pensaba, señor —le respondió ella, llevando su mano a los labios—, que mi vida no es de dieciocho años, sino tan larga como la vuestra. Yo tenía un amante y lo he perdido, tenía una madre y la he perdido, tuve un esposo y allí lo he perdido también —añadió señalando el castillo con el dedo—. Dos veces me he visto desterrada del techo paterno; don Álvaro, desposeído de sus esperanzas, se acogió al claustro guerrero de una Orden poderosa y helo ahí por el suelo. ¿Cómo en el breve espacio de un año se han amontonado tantos sucesos sobre la endeble tela de mi vida? ¿Qué es la gloria del hombre que así se la lleva el viento de una noche? Mi ventura se fue con las hojas de los árboles el año pasado, ¡ahí están los árboles otra vez llenos de hojas!, yo les pregunto: ¿qué hicisteis de mi salud y de mi alegría?, pero ellas se mecen alegremente al son del viento y si alguna respuesta percibo en su confuso murmullo es un acento que me dice: «El árbol del corazón no tiene más que unas hojas y cuando llegan a caerse se queda desnudo y yerto, como la columna de un sepulcro»²⁹.

Capítulo XXXIII

²⁹ Éxodo, 17, 6.

Tristeza de doña Beatriz

Las esperanzas de doña Beatriz venían a ser con tan raros sucesos como las flores del almendro, que apresurándose a romper su capullo a las brisas de la primavera, y abriendo su seno a los rayos del sol, desaparecen en una sola noche al soplo mortífero de la helada. Su alma cansada de sufrir y su salud postrada a los embates del dolor, no bien sintieron flojas las rigurosas ataduras, cuando se abalanzaron ardientemente a la fuente del bien y la alegría, para templar su hidrópica sed, bien ajenas de encontrar el acíbar de nuevas tribulaciones, donde tan regalada frescura y suavidad se imaginaban.

No era muy del agrado del cuerdo don Alonso aquella imprudente seguridad en que se adormecía su hija, pero gracias a ella sus fuerzas se restauraban tan visiblemente y hasta su memoria parecía purificarse de los pasados trágicos recuerdos de tal modo que no tenía valor para destruir aquel hermoso sueño que le libraba de su más terrible recelo.

El anciano médico de Carracedo se manifestaba sumamente satisfecho del sesgo que la enfermedad iba tomando, y como las noticias que de Salamanca llegaban solo traían anuncios de un porvenir próspero, nada había que detuviese la naturaleza en su benéfico movimiento.

Había entrado de lleno la primavera, y su influjo contribuía también poderosamente al alivio de la enferma pintando en su imaginación las risueñas escenas de aquellos contornos y regalando su pecho con su amoroso ambiente. Aquel cuadro ganaba cada día en belleza y amenidad, y en él encontraba el alma tierna y apasionada de doña Beatriz un manantial inagotable de dulcísimas sensaciones.

Una mañana que, unas veces a pie y otras embarcada, había recorrido con su padre y su doncella gran parte de las orillas del lago, se recostó por último al pie de un castaño para descansar un poco de su fatiga. Arrullaba tristemente una tórtola en las ramas de aquel árbol; un leñador, descargando recios golpes con su hacha en el tronco de un acebuche no muy distante, acompañaba su trabajo con una tonada muy dulce, y en el medio del lago, menudamente rizado por un vientecillo ligero, se balanceaba una barquilla con un solo aldeano. El cielo estaba puro; el sol, recién salido, alumbraba con una luz purísima el paisaje, y únicamente en un recodo algo más sombrío de aquella líquida llanura una neblina azul y delgada parecía esconderse de sus rayos.

Capítulo XXXV

Un paisaje de agonía

Don Álvaro, atento como nunca a sus menores ademanes, se quedó, como de ordinario, en pie delante de ella. El abad, que había sorprendido el gesto de mal agüero del físico, se apartó con él al otro extremo de la ligera embarcación para interrogarle, y Martina, por su parte, se sentó junto a los remeros que, sin aguardar a más, hicieron volar la barca por la azulada espalda del lago, rápida y serena como una de las muchas aves que por allí nadaban.

Estaba el cielo cargado de nubes de nácar que los encendidos postreros rayos del sol orlaban de doradas bandas con vivos remates de fuego; las cumbres peladas y sombrías del monte de los Caballos enlutaban el cristal del lago por el lado del norte, y en su extremidad occidental pasaban con fantasmagórico efecto los últimos resplandores de la tarde por entre las hojas de los castaños y nogales, reverberando allá en el fondo un pórtico aéreo, matizado de tintas espléndidas y enriquecido con una prolija y maravillosa crestería.

El lago, iluminado por aquella luz tibia, tornasolada y fugaz, y enclavado en medio de aquel paisaje tan vago y melancólico, más que otra cosa parecía un camino anchuroso, encantado, místico y resplandeciente que en derechura guiaba a aquel cielo que tan claro se veía allá en su término. Por un efecto de la refracción de la luz, una ancha cinta de cambiantes y visos relumbrantes ceñía las orillas del lago, y la falúa parecía colgada entre dos abismos, como un águila que se para en mitad de su vuelo.

Con semejante escena, el fugaz relámpago de alegría que había iluminado el alma de doña Beatriz, se disipó muy en breve. Siempre había dormido en lo más recóndito de su alma el germen de la melancolía producido por aquel deseo innato de lo que no tiene fin; por aquel encendido amor a lo desconocido que lanza los corazones generosos fuera de la ruindad y estrechez del mundo en busca de una belleza pura, eterna, inexplicable, memoria tal vez de otra patria mejor, quizá presentimiento de más alto destino. A este secreto y sobrehumano impulso había sacrificado doña Beatriz lo que más caro podía serle en el mundo: la libertad y el culto exterior que pensaba rendir a la memoria de su amante cuando lo imaginaba muerto; solo por presentarse algún día a los ojos de su madre

adornada con la aureola del vencimiento de sí propia. Los azares de su vida, sus continuos vaivenes entre la esperanza y la desdicha, los dolores de su alma y de su cuerpo y la perspectiva de una muerte próxima, presente por tanto tiempo a sus ojos, habían fecundado estas terribles semillas y ahondado más y más el cauce que la tristeza había labrado en su alma hasta trocarlo en un verdadero abismo, donde iban a parar todos sus pensamientos.

Por lo mismo, la escena que se ofrecía a su vista, naturalmente engolfó su imaginación en aquel mar sin límites, donde bogaba hacía tanto tiempo. Por fin, después de haber dirigido llorosas miradas al cielo, al lago, a las montañas lejanas y a aquella quinta donde tanto había aguardado y sufrido, como si de todos ellos se despidiera y tuviesen un alma para comprenderla, dijo al apenado caballero:

—Don Álvaro, ¿no veis cuán vanas son las alegrías de la tierra? ¿Quién nos dijera hace un año que nos habíamos de encontrar en estos escondidos parajes solo para una eterna despedida?

El joven, que con pesadumbre indecible había observado el rumbo que desde la salida de la quinta iban tomando sus ideas, le contestó:

—¿Es posible, doña Beatriz, que cuando comenzaba a fortaleceros vuestro antiguo valor, así le desechéis de vuestro pecho?

—¡Valor! —respondió ella—. ¿Y pensáis que necesito poco para dirigiros mis últimas palabras y apartarme de vos?

Capítulo XXXVII

En el jardín

El reposo de la joven tuvo poco de largo y menos de sosegado, pero, tal como fue, bastó a disipar las nubes que oscurecían su razón para hacer más dolorosos de este modo sus postreros momentos y derramar al mismo tiempo un fulgor divino sobre la caída de aquel astro, en cuyos benéficos resplandores tantos infelices habían encontrado alivio y consuelo. Cuando abrió los ojos, comenzaban a entrar por la entreabierta ventana las pálidas claridades del alba, junto con aquel ligero cefirillo que parece venir a despertar las plantas adormecidas antes de la salida del sol. En el jardín de la quinta gorjeaban jilgueros alegres, calandrias y un sinfín de pajarillos, y las flores, abriendo sus cálices, llenaban el aire de perfumes. Desde la cama de doña Beatriz se divisaba el oriente, donde una porción de caprichosos celajes se coloreaban y esmaltaban con indecible pompa y esplendor a casi todo el lago, cuya transparente llanura, reflejando los accidentes del cielo, parecía de oro líquido y encendida púrpura. Los lavancos y gallinetas revoloteaban tumultuosamente por su superficie, levantando a veces el vuelo con alegres aunque ásperos graznidos y precipitándose enseguida con sonoro ruido entre los juncos y espadañas. En suma, el día amanecía tan risueño y alegre que nadie pudiera creer que en medio de su claridad hubiera de eclipsarse una obra tan perfecta y hermosa.

Este fue el espectáculo que encontraron, al abrirse, los ojos de doña Beatriz, y en él se clavarón ávidamente. Tenían una especie de cerco ligeramente azulado a su alrededor, con lo cual resaltaban más los rayos que despedían; el semblante, aunque algo ajado, manifestaba la misma pureza de líneas y angelical armonía que en sus mejores tiempos.

—¡Hermoso día! —exclamó en fin con voz melancólica, aunque bastante entera.

Capítulo XXXVIII

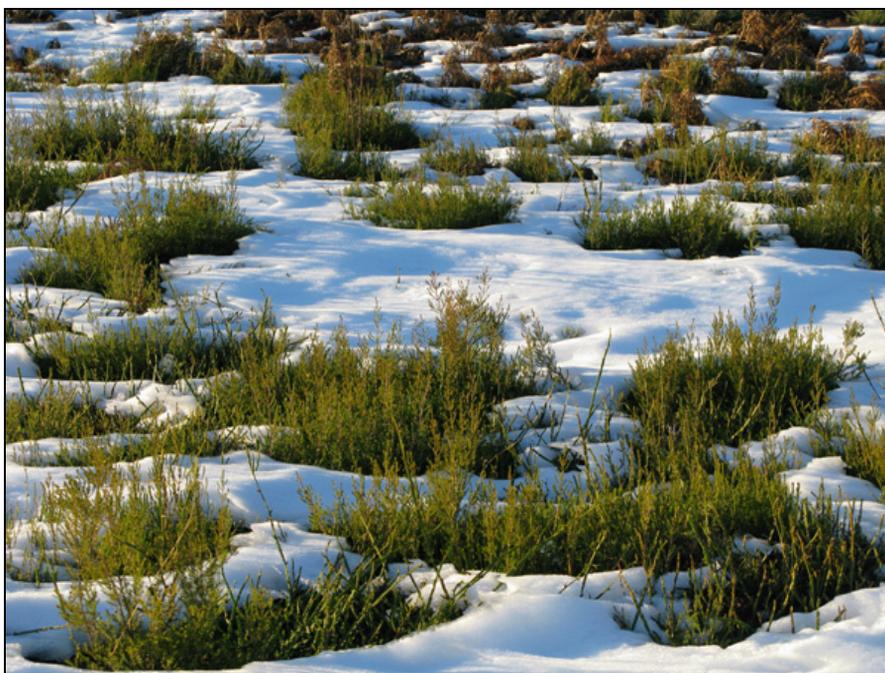
El Valle del Silencio

El monasterio de San Pedro de Montes es antiquísimo, pues se remonta su origen a San Fructuoso y San Valerio, santos ambos de la época gótica, y su restauración después de la invasión sarracénica pertenece a San Genadio, obispo de Astorga, cuya es la iglesia que aún en día se conserva, con traza de durar no pocos años. Su situación, en medio de las asperísimas sierras que ciñen El Bierzo por el lado de mediodía, revela bien el terrible ascetismo de sus fundadores, pues está montado sobre un precipicio que da al riachuelo Oza y por todas partes le cercan montes altísimos, riscos inaccesibles y oscuros bosques. El rumor de aquel arroyo, encerrado en su hondísimo y peñascoso cauce, tiene un no sé qué de lastimero, y los pájaros que comúnmente se ven son las águilas y buitres que habitan en las rocas. El pico de la Aquiana, cubierto de nieve durante siete u ocho meses y el más alto de todos los del Bierzo, domina el monasterio casi a vista de pájaro y dista poquísimo por el aire, pero son tales los derrumbaderos que por aquel lado lo cercan, que el camino para llegar allá tiene que serpentear en la ladera por espacio de más de una legua y tomar además grandes rodeos. Esta montaña es muy pelada, pero está cubierta de plantas medicinales y tiene en su misma cresta una ermita medio enterrada a causa de las nieves y ventarrones, en que se adoraba, hasta la extinción del monasterio, la imagen de Nuestra Señora de la Aquiana, cuya función se celebraba el 15 de agosto y era concurridísima romería.

La vista que desde aquella altísima eminencia se descubre es inmensa, pues domina la dilatada cuenca del Bierzo llena de accidentes a cual más pintorescos y hermosos, y desde allí se extiende la mirada hasta los tendidos llanos de Castilla por el lado de oriente, y por el occidente hasta el valle de Monterrey, semiadentro de Galicia. La Cabrera, altísima y erizada de montañas, le hace espalda, y es en suma uno de los puntos de vista más soberbios de que puede hacer alarde España, a pesar de que el lago de Carucedo y los barrancos y picachos encarnados de Las Médulas, adornos de los más raros y preciosos que El Bierzo tiene, desaparecen detrás de las vecinas rocas de Ferradillo. Este, sin embargo, es pequeño inconveniente, porque están situadas a corta distancia de la ermita, y con un paseo se puede gozar de la perspectiva de entrambos objetos.

[Conclusión]

5. Diario de Viaje Madrid-París-Berlín [evocaciones del Bierzo]



Coblenza, martes 10 de septiembre, a las once de la noche

En este mismo instante vuelvo de una expedición que me ha ocupado desde mediodía de una manera muy agradable. Por la mañana visité de paso la ciudadela Ehrenbreitstein, cuyas defensas, si terribles son por fuera, no lo parecen menos por dentro. Una gran parte de las obras están acasamatadas y las baterías y fosos interiores no dejan nada flaco ni desatendido. La vista es la misma que disfruté ayer tarde, aunque desde algunos fuertes destacados se disfruta mejor que desde la plataforma. Como quiera, siempre se presenta como cosa nueva, tan deliciosamente diversificado está este terreno. Cuando lord Byron vio esta fortaleza, estaba completamente arruinada; si ahora la viese, diferentes serían, sin duda, sus versos.

A las once acabé mi visita y salí en un vapor de la compañía de Dusseldorf río abajo hasta Andernach, travesía de menos de una hora, tal es la fuerza de la corriente. En Andernach comí, y a la una y media salí en una carretela de un caballo con ánimo de visitar la abadía y el lago de Laach. El camino es bastante malo; pero el país, que da a la espalda del Rhin por aquella parte, ofrece analogías tan visibles en las desigualdades del terreno y en el color de la tierra con varios parajes del Bierzo, que para mi es muy probable que las condiciones geológicas de entrambas son iguales.

Mucho siento no poseer conocimientos en estos ramos que me hubiesen hecho sacar más partido de mi viaje. Como quiera, diré que después de dos horas de caminar, subimos una cuesta desde cuya cima el lago se presenta a los ojos del viajero. A los pocos pasos, la abadía con sus seis torres parece salir del dichoso rincón en que está situada, a la vera de bosques frondosísimos y a la orilla de aquella tranquila y fresquísima balsa, que parece servirle de espejo. El terreno por donde se extienden sus aguas es una hondonada no muy grande, cuya forma se aproxima a la circular, y sus vertientes están vestidas de árboles hasta el borde mismo del agua.

Estos bosques, de cuya verdura y lozanía solo he hallado ejemplo en alguno de las montañas del Bierzo y sobre todo entre Peñalba y Montes, cubren completamente la tierra, de manera que solo por aquí o acullá asoma algún peñasco la cabeza, como a hurtadillas. No es fácil figurarse cuánto suavizan y animan aquellas laderas estas verdes espesuras ni con qué placer se pierde la imaginación en sus abrigos y sombras misteriosas.



La abadía [de Laach], que era de benedictinos, fue secularizada, como todas las demás, durante la dominación francesa, y últimamente ha venido a parar en granja; pero como la iglesia es una verdadera preciosidad arquitectónica, el rey de Prusia la ha comprado y ahora mismo se trabaja en ella y la restauran con mucha inteligencia. Es el ejemplar más puro y más completo que he visto del género lombardo, y en acabando su restauración interior formará una página muy interesante en la historia de la arquitectura. No tiene dos cruceros, como equivocadamente dice la guía de Murray, pero sí dos coros o semicírculos a semejanza de la iglesia de Peñalba en El Bierzo. Los capiteles están preciosamente labrados con figuras de plantas y animales; el sepulcro de su fundador es una obra delicadísima, y la estatua de madera que había sido trasladada, está otra vez en su sepulcro.

Hay además otros monumentos históricos, razón principal que ha movido a este sabio Gobierno a comprarla. El claustro, que está a la parte del Norte, de columnas muy pequeñas y arcos diminutos también, aunque sus bóvedas son altas y espaciosas, merece igualmente atención particular. Las torres redondas y labradas en sus cornisas con abundancia de pequeñas columnas, son asimismo dignas de observarse. El conjunto todo es de tan cabal armonía que la imaginación se transporta sin esfuerzo alguno a la época en que se fundó, de 1093 a 1156.

La ruina que vi en Heisterbach, en las Siete Montañas, es más gallarda y pintoresca o por lo menos atrevida, pero ya degenera de la sencillez lombarda y participa algo de lo apuntado, o por lo menos parece indicarlo. Por lo demás, la abadía de Laach aventaja a la otra en situación extraordinariamente, porque su lago es sobremanera delicioso y su apartamiento apacible en sumo grado.

Después de visitar la iglesia, me paseé un rato por sus orillas, observando el movimiento de las aguas rizadas por el viento y el raro mosaico y desvanecimiento de tintas que formaban las diferentes nubes esparcidas de trecho en trecho por el cielo en aquel espejo, que apenas cesaba el viento se unía y resplandecía como verdadero. Traíame todo esto a la memoria el lago de Carucedo y los paseos que he dado por sus orillas; pero por mucho que me complaciera el que tenía delante, recordaba con gusto el de mi país, mucho más grande, más variado, más hermoso y más lleno de recuerdos, si no tan fresco y apacible.

Sin embargo, la calma y atractivo de Laach y su abadía se pegan extraordinariamente al alma, y para acabar los días de la vida apenas acierta el deseo a pedir más sino la posesión de un terreno y retiro como este. La abadía, aunque convertida en granja de labor, está bien conservada exteriormente, y como complemento del paisaje, nada deja que desear.

San Goar, miércoles 11 de septiembre, a las nueve de la noche

Cuatro horas escasas ha empleado el vapor en llegar a este punto, durante las cuales el Rhin ha desplegado una serie de bellezas diferentes de las que lo adornan desde Bonn hasta Coblenza. Apenas se sale de este pueblo, las montañas se acercan hasta no dejar a trozos más espacio que el necesario para la corriente, cuya rapidez crece en proporción; las laderas se empinan más y más, las ruinas de castillos encaramados en las rocas y picachos se multiplican, y la Naturaleza entera toma un carácter más silvestre y montaraz.

Poco esfuerzo tiene que hacer seguramente la imaginación para trasladarse a los tenebrosos tiempos de la Edad Media a vista de tantos castillos en las montañas, de tantos pueblos amurallados debajo de ellos y sobre todo de aquel paisaje áspero y sombrío, que tan bien se aviene con las ideas que naturalmente excitan los recuerdos de aquellos días. Bajo este aspecto, el Rhin no sufre competencia de ningún otro río. Siete u ocho son los castillos que se encuentran en la corta distancia que separa a Coblenza de este pueblo, todos ellos en picos y situaciones ventajosas, pero de adherentes y circunstancias distintas. De ellos, los hay muy maltratados; de ellos, que se conservan muy bien, ya por modernas restauraciones, ya por haberse librado de destrucciones y trastornos, aunque de esto no hay más ejemplar que el de Marksburg.

Este castillo, en efecto, tiene la misma distribución que en los tiempos de su poder, y tan fielmente conserva su fisonomía que hasta hace pocos años no se

ha quitado el aparato de la tortura de un aposento destinado a tan diabólico uso. El color negruzco de la mayor parte y los extraños resortes con que se dibujan sobre el fondo del cielo los portillos y desgarrones abiertos por la mano del tiempo contribuyen poderosamente a la solemnidad del espectáculo, y tal es la disposición en que están colocados, que si de intento se hubieran edificado para enriquecer el hermoso panorama que ofrece el curso del río por estas angostas hoces, difícilmente hubieran sido distribuidas con más acierto.

La mayor parte ocupan páginas más o menos brillantes en la historia; el pueblo, por su parte, los ha engalanado o, por mejor decir, oscurecido con mil géneros de tradiciones, y el viajero que los ve al través de semejante prisma fascinador parece esforzarse por distinguir todavía la bandera feudal en la torre del homenaje y el casco del centinela entre las almenas. Vistos de noche, a la luz de la luna, deben producir una fascinación singular y completa, y no es extraño que sus medrosas historias hieran tan vivamente la imaginación un poco soñadora de suyo de estos buenos alemanes.

Las viñas, plantadas en escalones y en las grietas mismas de los peñascales, no dejan de acompañar un momento el curso del río como si con sus suaves y flexibles pámpanos intentasen templar lo despeñado de sus derrumbaderos, la dureza de sus matorrales y el temeroso aspecto de sus desmoronados baluartes. En un paraje da el río una vuelta tan grande que, terminado el horizonte por montañas, donde quiera que se mire figuraría un lago si no fuera por la rapidez de la corriente. Al llegar a este punto los fuertes se multiplican, y a menos de un tiro de cañón se encuentran las minas del castillo de Thurnberg, llamado *El Ratón*, y las de otro castillo, llamado *El Gato*, lo cual explica su hostilidad natural durante mucho tiempo, aunque sus papeles estuvieron casi siempre trocados; en la orilla derecha y en la opuesta, las vastas ruinas del castillo de Rheinfels, famoso en la historia por haber dado lugar con las rapiñas de sus dueños a la liga de las ciudades alemanas y del Rhin, que acabó al fin con casi todas estas madrigueras de bandidos; convertido después por el Landgrave de Hesse en una fortaleza moderna, que se burló de todo el poder de Luis XIV en 1692 y que en 1794 fue cobardemente entregada a los franceses, que la volaron e inutilizaron.

Estos tres fuertes y varias perspectivas agradables de los alrededores convierten a San Goar en un punto propio para detenerse veinticuatro horas. En el barco de vapor me he encontrado con los mismos ingleses que dejé en Godesberg, cosa que no esperaba, y como ya conocidos, hemos

subido juntos a Rheinfels, desde donde se goza una vista deliciosa con *el gato* y *el ratón* por delante, el río a los pies y a la espalda un valle angosto, pero lindo, con un arroyo en el fondo, que parece vivo retrato del de Agadán en El Bierzo³⁰.

Mañana continuaremos nuestra correría. Mientras estaba escribiendo las anteriores líneas han tocado diversas veces una corneta y disparado algunos escopetazos para despertar los ecos de las peñas del otro lado del río, y su variedad me ha tenido muy entretenido, pues repetían los sonidos más de una vez con más sonoridad y de una manera muy clara. De la corneta devolvían distintamente seis o siete puntos, y como el silencio de la noche era absoluto, producía un singular efecto. En esta tierra es imposible dar un paso sin tropezar con cosas peregrinas³¹.

³⁰ ¿Por qué Gil menciona en este punto justamente el valle de Agadán, que no es precisamente el más conocido o singular del Bierzo? Muy cercano a Ponferrada –se puede llegar a pie en tres horas, como seguramente hizo Gil en alguna excursión–, Agadán es un poblado de origen judío, agregado desde el siglo XVII a Valdecañada y hoy abandonado. El valle que Gil menciona es el del arroyo de Valdecañada, afluente del Oza, río de Peñalba y el Valle del Silencio. Lo llamativo de la mención del viajero es el origen judío del pueblo –véase el documental *Sefarad, caminos y vida* (2004), de Margalit Matitiahú, sobre los hebreos leoneses– y, correlacionada, la leyenda de brujería: “Hasta el Campo de las Danzas volaban periódicamente todas las brujas del contorno para bailar, al son de la chifla y en presencia de un macho cabrío. Solo se habla de una excepción: la bruja de los molinos de Agadán, de quien cuentan que desertó de su condición, porque, prendada de un joven galán, al que no conseguía enamorar, terminó implorándole ayuda a la Virgen de la Encina, y como gracias a Ella obtuvo su amor, acabó colgando la escoba.” [Andina Yanes, Jovino, *De lugares mágicos y legendarios*]. El grupo berciano *Rapabestas* le dedicó el tema *Meigas de Agadán*, himno del Campeonato Mundial de Ciclismo Ponferrada 2014, pero eso ya no tiene nada que ver con el viaje de Gil.

³¹ La curiosa anécdota recuerda cómo el propio Enrique Gil despierta “los ecos de las peñas” en su visita a Las Médulas: “Ya a la boca de la mina se nos ocurrió experimentar la elasticidad del aire con nuestras escopetas. Disparamos, en efecto, varias veces y cada explosión parecía la de una pieza de artillería, que, perdiéndose y quebrándose a lo lejos por aquellas concavidades, figuraba un sordo temblor de tierra”. [*Viaje a una provincia del interior*, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, volumen III, p. 47].

Hannover, domingo 22 de septiembre

No por el camino de hierro, como pensaba, sino en el mismo carruaje en que salí de Gotinga he seguido hasta este punto, donde llegamos a las cinco de la tarde. No me pesa de mi determinación, pues ha tenido los bastantes atractivos y variedad para no hacer molesta nuestra jornada de doce horas.

El terreno es desigual, pero suave, y las bajas cordilleras, que más cerca o más lejos siempre se divisan y acompañan el camino hasta muy cerca de aquí, ofrecen términos y vistas agraciadas, que el contraste con espaciosos valles y llanuras, y el adorno de infinitos soberbios bosques que sombrean las colinas, realzan vivamente. El país me ha parecido fértil en general; la mayor parte de los panes estaban segados, pero sembrados en gavillas todavía por las tierras, mientras otros, todavía en pie, anunciaban que la faena no estaba terminada. El camino, casi sin interrupción, está orlado de ciruelos, manzanos y perales, y en especial de los segundos, y como entre ellos abunda un género de manzana encendida como el granate, de que hay gran cosecha este año, ofrecía gran variedad de tintas con lo rubio de los panes y lo verde de las hojas.

Entre los valles y cañadas he encontrado algunos que se parecen a los del Bierzo, no en las orillas del Sil o del Cúa, sino en la parte más seca hacia Fresnedo. La ventaja sin embargo estaba por los de aquí, pues no se sabe cuán noble y aun magnífico accidente es el de estos bosques.

Al llegar aquí, las montañas quedan a la espalda y comienza la inmensa llanura, que tiene el Báltico por límite. La ciudad, que he visto a la luz ya del crepúsculo, tiene dos partes, aunque están barajadas entre sí, la nueva, que es de casas hermosas y regulares, y la antigua, más confusa, pero más pintoresca sin duda. Como lo oscuro de estos climas hace necesaria mayor iluminación, las fachadas tienen mucho más de cristal que de fábrica, y puede decirse que las ventanas ocupan cuanto no es indispensable al sostén del edificio. De aquí resultaba, sobre todo al retirarme a casa, un efecto de luz muy curioso, porque aquellas largas filas de cristales figuraban otras tantas zonas luminosas en que las tintas pálidas pero resplandecientes del ocaso reflejaban vivamente con sus cambiantes raros, mientras la parte inferior de las calles estaba cubierta de sombra, que en vano se esforzaban a disipar los faroles, incapaces de competir con el vivo fulgor de sus rivales. No añadían poco a este raro efecto de luz los rayos de la luna, que pasando

por alguna calle estrecha y donde no podían penetrar los vislumbres del horizonte, se fundían de una manera extraña en este cuadro, que por un rato me ha tenido ocupado agradablemente.

El río, que atraviesa por medio de la población, contribuye a animarlo, y en el sitio por donde entramos forma una especie de canal o balsa de traza semejante, donde la gente se pasea en botes. Los paseos, a que no pude echar sino una pasajera mirada, me parecieron muy frescos y amenos; verdad es que con un día tan claro y hermoso como el que hemos traído y a la misteriosa luz del oscurecer poco podía parecer feo. Las gentes, sobre todo mujeres, bien parecidas. Muchas de ellas gastan un tocado particular, con unas cintas que producen muy buen efecto.

No sé si me detendré mañana, pues para llegar a Berlín se necesitan catorce horas de camino de hierro y me siento un poco molido; pero por otro lado, aquí hay poco que observar y tengo ya gana de verme un poco asentado. El tren sale también tan temprano que hay que levantarse a las cuatro de la mañana si se quiere llegar a Berlín a una hora regular. Puede que adopte un término medio, llegando a Magdeburgo mañana y pasado mañana temprano a Berlín.

Índice

Nota del editor: *El Bierzo en la obra de Enrique Gil*, por VALENTÍN CARRERA7

1. Poesía: «Recuerdos de la infancia»	13
Una gota de rocío.....	15
La campana de la oración	19
La niebla	25
La mariposa.....	31
Un recuerdo de los templarios	38
El Sil	45
La violeta	51
2. El Lago de Carucedo (tradición popular)	55
Introducción	57
I. La primera flor de la vida	62
II. La flor sin hojas	75
III Yerro y castigo.....	88
Conclusión	105
3. Viaje a una provincia del interior	107
I. Bergidum	109
Prólogo del viajero	109
Hacia el regazo feliz.....	111
Vestigios romanos	113
Batalla de Cacabelos.....	116
Castros.....	118
II. Aventura en las cuevas y pasadizos de Las Médulas.....	121
Los <i>carriles</i> o canales romanos.....	122
Por las galerías con <i>Ferrascús</i>	124
Vista panorámica.....	127
La Palomera	129
III. El Valle del Silencio y la Tebaida berciana.....	132
Valle del Silencio.....	134
Ascensión a la Aquiana	136
Mirador del Bierzo	138
Peñalba	140
IV. Monasterios bercianos	144
Corullón	145
Villafranca.....	145
Carracedo	146

V. De Bemibre a Cornatel por los castillos del Bierzo.....	151
Los templarios.....	151
Cornatel.....	152
Corullón.....	155
Ponferrada.....	156
Templarios y francmasones.....	157
4. El Bierzo en <i>El Señor de Bemibre</i>.....	161
En una tarde mayo.....	163
Puesta de sol.....	164
Castillo de Ponferrada.....	165
La ribera del Boeza.....	166
Camino de Cornatel.....	167
Beatriz en Villabuena.....	169
Otoño en El Bierzo.....	170
La fortaleza de Ponferrada.....	172
Las Médulas.....	173
Al pie de Cornatel.....	175
El campamento en Médulas.....	176
La tristeza de Beatriz.....	177
Esplendor del Bierzo.....	179
El lago de Carucedo.....	182
Tristeza de doña Beatriz.....	184
Un paisaje de agonía.....	185
En el jardín.....	187
El Valle del Silencio.....	188
5. Diario de Viaje Madrid-París-Berlín [evocaciones del Bierzo]	189
Coblenza, martes 10 de septiembre, a las once de la noche.....	191
San Goar, miércoles 11 de septiembre, a las nueve de la noche.....	193
Hannover, domingo 22 de septiembre.....	196

